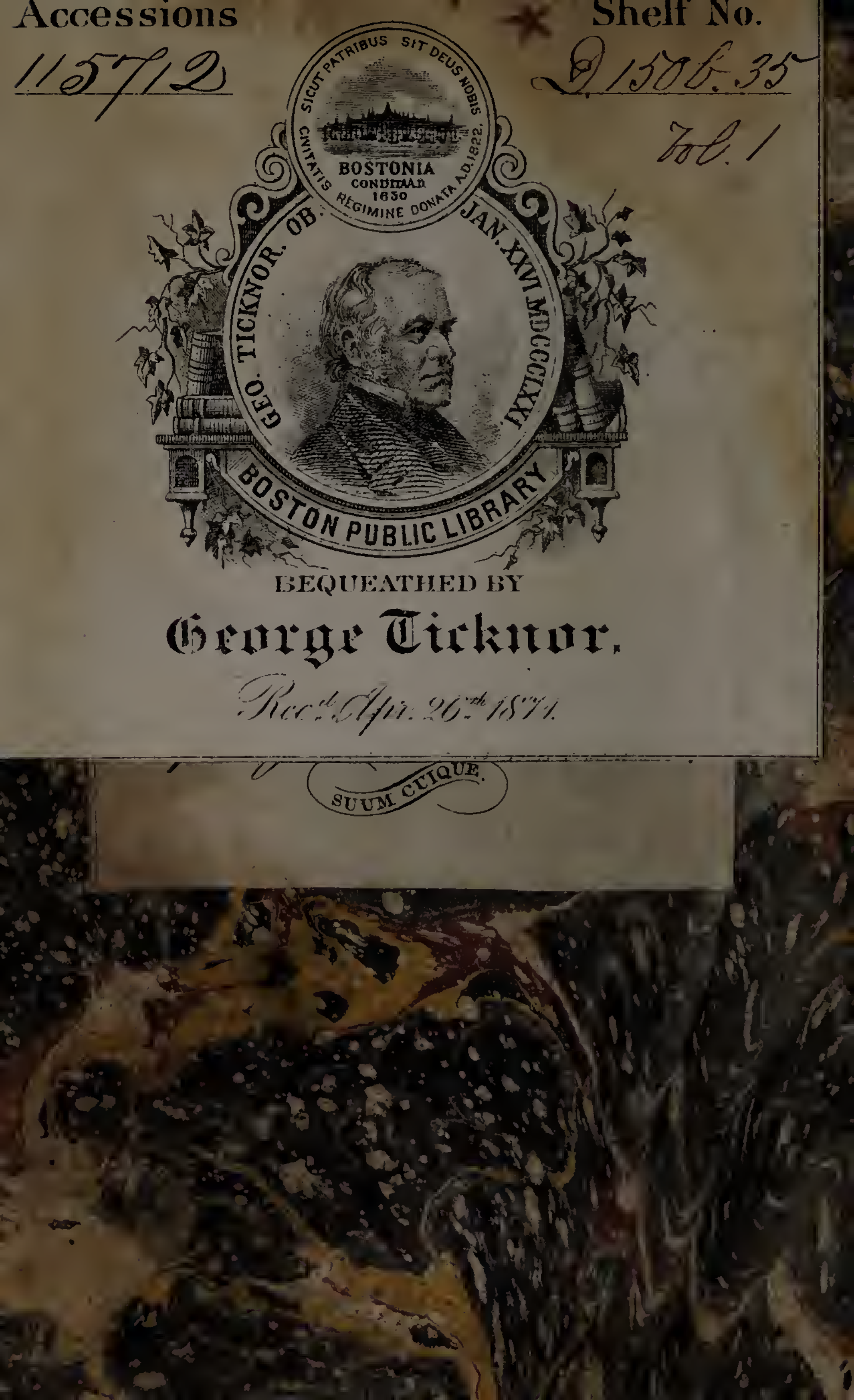




Accessions
115712
Shelf No.
D.150b.35
Vol. 1
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec'd Apr. 26th 1871.
SUUM CUIQUE.



POESÍAS

DEL CONDE DE NOROÑA.

TOMO PRIMERO.

MADRID, POR VEGA Y COMPAÑÍA,
1799.

ANACREÓNTICAS.

AL LECTOR.

Estas mis tiernas Odas,
En la niñez nacidas,
Que expresan de mi pecho
Ya rabia, ya alegría,
En donde á cada paso
Retratados se miran
El fuego de Cupido,
De Liëo la risa,
Á tí, lector amado,
Dedico, no por mías,
Sino porque son copia
De las pasiones vivas.
Sin ellas nunca Apolo
Me templara la lira,
Ni versos me dictara
La docta Poesía.
No al lírico teyano,
No á las musas latinas,
Que el amor celebraron
De Lesbia, Delia, y Cintia;
No al muchacho Villegas

En sus tiernas *Delicias*,
No á Moratin, Cadalso,
No á muchos que le imitan,
Ni menos á Melendez,
Que es la dulzura misma,
Con arrogancia vana
Á competir aspiran.
Dexan que estos su frente
De lauro inmortal ciñan,
Mientras la Fama al mundo
Su mérito publica.
Ellas, como se precian
De humildes, y sencillas,
Si agradan han llegado
Al colmo de su dicha:
Que amores, y placeres
Casi siempre fastidian
Á quien no está agitado
De las pasiones vivas.

CHASCO CRÜÉL.

Entre sueños á noche
Me figuraba un prado,
En donde unas muchachas
Un bayle concertaron;

Saltaban, y reían,
Hacía yo otro tanto;
Quando de pronto miro
Á Lisis á mi lado:
Al verla tan hermosa
Suspensos nos quedamos
Como si nos hiriera
Júpiter con su rayo.
Vuelvo del susto, busco
La causa de mi pasmo;
La encuentro, y la alegría
Retozaba en mis labios;
Voy á dar á mi Lisis
Mil besos, mil abrazos;
Despierto, y con el lecho
Encuentrome abrazado.

Á MI CRIADO.

Debaxo de este mirto
Pon la mesa, muchacho,
Bordada de mil flores,
Cercada de mil ramos.
Llamarás al convite,
No criticones sábios,
No viejos que regañan,

No ricos que son raros;
Sino niñas bonitas,
Muchachos agraciados
Con ojos habladores,
Y la risa en los labios.
No me olvides lo dicho;
Sobre todo te encargo,
Que traygas á mi Lisis,
Que venga aquí volando.
Formaremos un bayle
Con repetidos saltos,
Del modo que lo hacía
Anacrëonte anciano.
Y luego enlazaremos
Con dulzura los brazos,
En prueba de lo mucho
Que todos nos amamos.
Á mi Lisis daréla
Un beso, dos, tres, quatro,
Veinte, quarenta, ciento,
Un millon, y otros tantos,
De modo que se queden
Confusos, y admirados
Aquellos, que pretendan
Ya verlos, ya contarlos.
Volveremos al bayle,

Y luego á los abrazos;
Y al fin acabaremos
Con el licor de Baco.

DE LISIS.

Cansado ya Cupido
De ver mi resistencia,
Sentado al par de Venus
Aguzaba sus flechas,
Y mirando á su Madre
Con expresiones tiernas
La dirigía humilde
Esta triste querella:
Querida Madre mia,
Quando toda la tierra
La vëo, que postrada
Se rinde á mi potencia;
Solo un muchacho quiere
Oponerse á mis fuerzas.
¿Como quieres que viva
Con semejante afrenta?
Ó dispon que se rinda,
Ó á Júpiter le ruega
Que me quite las armas,
Y que mortal me vuelva.

Su Madre en el regazo
Le acaricia, consuela,
Y, animando su pecho,
Le responde risueña:
No se ganan las plazas
Tan pronto; y las empresas
Son mucho mas gloriosas,
Quando trabajo cuestan.
No desmayes, y busca
Al punto una belleza,
Cuyos cabellos, ojos,
Boca, y colores sëan
Los bordones del arco,
Las aladas saëtas,
El reclamo, y divisa
De tu marcial bandera.
Obedeció Cupido;
Y á Lisis me presenta
En quien se hallan grabadas
Las relevantes señas,
Que Venus le dictaba,
Y que estaban dispuestas
Para arrojar al suelo
Mi desden, y soberbia.

EXCELENCIA DE LISIS.

Mandó la Diosa Venus
Á un pintor afamado
Que un retrato tan bello
La formase en un quadro,
Que solo con mi Lisis
Pudieran compararlo:
Y aunque se halló confuso
Con empeño tan arduo,
Juntó para que fuese
Perfecto, y acabado
Quantas doncellas eran
En hermosura pasmo.
De Ina pintó la frente;
Los ojos como rayos
De Clorinda; de Elisa
Los encendidos lábios;
La naríz de Amarilis;
Los cabellos dorados
De Fílida; de Nise
Las tornëadas manos;
De Anarda la cintura;
De Dórida los brazos;
Y de la gran Florinda
El pecho levantado.

Pero viendo que Lisis
Sobresalía tanto
Como los fuertes robles
Sobre zarzales baxos,
Arrojó los pinceles,
Haciendo mil pedazos
La pintura, y la dixo
Absorto con tal caso:
Ni hay belleza en la tierra
Para hacer el retrato,
Que me pides; ni es obra
De entendimiento humano.
Sola tú, Venus, puedes,
Ser comparada en algo
Á Lisis: pero de otra
Es locura pensarlo.

DE CUPIDO Y LISIS.

En el jardin de Lisis
Cogiendo está Cupido
Mil flores, que deshace,
Jugando como niño;
Salta una mariposa,
Alarga sus deditos,
Y por pillarla dexa

Sus armas con descuido.
Lisis, que así le mira,
Se acerca de improviso,
Le toma las saëtas,
Y el arco vengativo;
Menëa la cabeza,
Mofandole infinito:
Mas él dice sereno
Con un blando sonriso:
¿Porqué tomas mis armas,
Si tus ojos divinos
Son dárdos, que atraviesan
Mucho mas que los mios?

DE AMIRA.

En el pelo de Amira
El Amor travesëa;
En sus ojuelos bulle;
En sus mexillas juega;
En sus labios se rie;
En su cuello gorgëa;
Y en su pecho palpita,
Porqué Amor vive en ella.

DE LA BOCA DE AMIRA.

Al abrirse su boca
Fragrante olor espira;
Al cerrarse parece
Ardiente clavellina;
Si se rie, en sus lábios
Las dulces Gracias triscan;
Y si canta, enmudece
El ruiseñor de envidia.
¿Para que sus saëtas
Cupido necesita,
Si esta boca á los hombres
Los rinde mas aprisa?

AL CUMPLEAÑOS DE AMIRA.

Despierta, ëa, levanta,
Ven, muchacho; ven, listo;
¿El dia de mi Amira
Te muestras tan remiso?
Esparceme el cabello
Con agraciados rizos,
Dispon que al ayre ondëe
Formando remolinos;
Llenalo de olorosos

Ungüentos exquisitos;
Y, atado levemente,
Ponlo como al descuido;
Perfuma luego al punto
Todos mis atavíos,
Buscando de entre todos
Los mejores vestidos;
Despacha, dame pronto
El sombrero, en que miro
El roxo ayroso lazo,
Obra del Amor mismo.
Aparta de mi lado
El terrible cuchillo,
El rayo fulminante,
Del fiero Marte el brío:
Que solamente quiero
Con agradable estílo
Demostrar mi ternura
Á mi adorado hechizo.
Trâe incienso á dos manos;
Y en este propio sitio
Forma un altar hermoso
De murtas, y tomillos;
Y entre llamas de flores
El incienso, que pido,
Vuelve en humo, que vaya

Al Cielo cristalino,
Vamos, porque de Amira
Es hoy el natalicio:
Y desque el mundo goza
De un bien tan peregrino,
El Sol sobre la tierra
Con un perpetuo giro
Diez y nueve veranos
Únicamente ha visto.
Por eso haz lo que mando,
Dispon el sacrificio. . . .
Mas tente, que ella solo
Quiere el corazon mio;
Y así vé, corre, dila
Que yo lo sacrifico
Á su amor, y en sus aras
En dia tan festivo.

Á UNA PALOMA.

Dulce paloma mia,
Vuela, vuela al momento,
Y, buscando á mi Amira,
Colócate en su pecho.
Tú llevas mis poderes,
Y en ellos mis deseös;

Y así llora, si llora;
Si se ríe, haz lo mesmo;
Si se muestra enojada,
Con süaves requiebros
Serena su semblante;
Alegra sus ojuelos;
Si cantar pretendiere
Con un arrullo tierno
Acompaña su canto
Mas dulce que el de Orfëo;
Si duerme, te suplíco
Que la guardes el sueño,
La cubras con tus alas,
Y defiendas de Febo;
Si escucha, dá con pompa
En torno mil paseös,
É hinchando tu garganta,
Dila quanto la quiero.
Mas si de este mensaje
Ella hiciere desprecio;
No vuelvas, que tu vista
Me diera mas tormento.

Á UNA MOSCA.

O mosca, que revuelas
En torno de mi Amira,
Que siempre la acompañas,
Que sus secretos miras;
Tú que el sueño la robas
Quando está mas dormida
Con tus sutiles alas,
Haciendola cosquillas;
Tú que su mano tocas;
Tú que su pecho picas;
Que en su cabello juegas;
Que besas sus mexillas;
Y que chupas ansiosa
El dulcísimo almibar
De sus rosados labios,
Donde el Amor habita;
¡Ay! ¡Si tuvieras mi alma,
Quanta fuera tu dicha!
¡Y si yo tu licencia,
Qué de cosas no haría!

DEL VINO.

En este vaso, lleno
De generoso vino,
Hallo remedio fácil
Á los pesares mios.
No me acuerdo de guerras;
Del dinero me olvido;
Aborrezco los mandos;
Y por nada litigo.
Bebo á menudo, y canto
Con sumo regocijo,
Cercado de muchachas,
Rodëado de amigos.
Ellas me hacen mil gestos;
Yo corriendo las sigo;
Y ellos las acómpañan
En la burla, y bullicio.
¿Pero á mí que me importa
Que, jugando conmigo,
Me digan soy bëodo,
Y que he perdido el juicio;
Si encuentro mil dulzuras,
Y gustos exquisitos
En este vaso lleno
De generoso vino?

Á LISIS.

De tu boca á la mia
Pasa Lisis el vaso. . . .
¿Pero tú que veneno
Mantienes en los labios,
Que como fuego activo
El borde está quemando?—
Al Amor, que allí posa,
Y lo abrasó al tocarlo.

DURACION DE LAS PROTESTAS DE AMOR.

La zagaleja Clöe
En el Mayo oloroso
Á Dametas juraba
Que le amaría solo.
No habrán, no, le decia,
En todo el mundo estorbos
Capaces de aterrarme,
Ó zagalejo hermoso.
Diciendo estas razones
Vuelve tierna los ojos,
Le mira, los abaxa,
Y se le enciende el rostro:

Y cogiendo una rosa,
Que en su pecho precioso
Tenía colocada
Por señuelo, y adorno,
En una de sus hojas
Aquel voto escribiólo,
Sirviendole de pluma
Su fino rascamoño.
Mas Céfiro, que estaba
Dando vueltas en torno
De las pintadas flores
Con mil juegos donosos,
De sus dedos süaves
Con un ligero soplo
La arrebata en un punto
La hoja, el amor, y el voto.

DE LAS DESCONFÍANZAS.

Los mas horribles monstruos,
Que la infernal morada
Envía contra el hombre
Son las Desconfíanzas:
Por ellas están siempre
Las puertas, y las arcas
Cargadas de aldabones,

Rastrillos, y cerrajas;
Por ellas los maridos
Cubrieron las ventanas
De espesas celosías,
Y de inquietud el alma;
Por ellas se inventaron
Los sellos de las cartas,
Y entre los comerciantes
Las públicas fianzas;
Por ellas el Hermano
Del Hermano recata
Del pecho los secretos,
Del quarto las alhajas;
Por ellas la alegría,
Volviendo las espaldas,
Al hombre dexó en manos
De las voraces ansias;
Por ellas no me crëes. . . .
Tranquiliza, descansa,
Y mira mi amor puro
Unido á la constancia;
Conociendo al instante
Que todas son fantasmas,
Que fabrican los monstruos
De las Desconfianzas.

Á UNA MUCHACHA,

DE UN SUEÑO.

¡Entre las ilusiones,
Que el sueño te presenta,
Que consejos tan sabios
Te propone á la idëa!
Esta noche pasada
Soñabas que avarienta
Despojabas de rosas
Infinitas macetas.
¡Quan ufana tu mano
Quebraba con fiereza
Los tallos mas robustos,
Que su primor sustentan!
Sigue, sigue cogiendo,
Ya que te hallas despierta,
Las flores que te ofrece
Tu dulce primavera;
Ahora, que en tu rostro
Están puras, y frescas;
Y tus ojos despiden
Vivisimas centellas;
Ahora que de nadie
Admites competencia,
Pues tu edad es muy poca,

Y mucha tu belleza;
Ahora es quando debes
Coger á toda priesa
De los gustos süaves
Las flores lisongeras.
Porque si te retardas,
Y el cano tiempo llega,
Deshará con un soplo
Las gracias que desprecias:
Y entónces, aunque intentes
Con afan recogerlas,
No encontrarás alguna,
Que aprovecharte pueda.

Á UN PAXARILLO.

O tierno paxarillo,
No tengas, no, cuidado,
Ni tampoco te asustes
Por verte entre sus manos;
Porque ese cautiverio,
Si lo juzgas amargo,
Otros lo apetecieran
Por premio á sus trabajos.
¡Así el Cielo quisiera
Quitarme el gesto humano,

Y transformado en ave,
Entregarme á quien amo!
Si sus dedos hermosos
Me apretáran, ufano
Despreciara del mundo
Las riquezas, y faustos.
Si acaso me soltara,
Iría revolando
En torno de su pecho,
Donde haría descanso.
Allí me detendría
Su blancura admirando,
Ó atrevido tocara
Con mi pico sus labios.
¡Quanto mejor es esto,
Que buscar por los campos,
Á costa de mil riesgos,
De las mieses los granos!
Allí los cazadores
Os están acechando;
Y al rigor de su astucia
Pereceis como incautos.
Mas tú escuchar no quieres
Estos consejos sabios;
Y anhelas con ahinco
Abandonar su lado.

Pues el Cielo permita
Que, el nido derribando,
En sus manos te coja
Algun crüél muchacho;
Que ate á tu pierna un hilo,
Y que de él tire, quando
Quieras dar algun vuelo,
Rïendo de tu daño.
Y que despues que te halles
Medio perniquebrado,
Te entreguen por juguete
Á las uñas de un gato;
Porque aguantar no quieres
Por un tan breve espacio
De unos dedos tan bellos
El delicioso tacto.

LA DONCELLA ALDEANA.

¡Que linda que parece
La rústica doncella
Con la saya de paño
Mantilla de bayeta;
Un sombrero de paja
Cubriendo su cabeza,
Y á su redondo pecho

Un pañuelo de seda;
Su anchurosa garganta
Rodëada de perlas,
Y muchos relicarios
Que con gracia le cuelgan;
Sus cabellos cogidos
Con una gran peyneta
De plata, y una cinta
De colores diversas;
La camisa mas blanca
Que la nieve, y en ella
Mil flores, mil dibujos
Formados con destreza!
De esta suerte adornada,
Y llena de modestia;
Que á veces su semblante
Se enciende, y colorëa,
Qorque alguno la mira
Mas de lo que debiera,
Ó porque ante las gentes
Sin rubor la requiebran,
Es mejor á mis ojos,
Que todas las bellezas,
Que en medio de la corte
Su vanidad ostentan.

DE RAFÄÉLA.

He visto unos ojuelos
Con unas niñas negras,
Donde el fuego de Venus
Con gracia centellëa;
He visto en unos labios,
Que á las rosas afrentan,
Bullir del amor dulce
Los chistes, y agudezas;
He visto que Cupido
Jugaba entre unas hebras
Largas, y finas, donde
El amante se enreda,
He visto una cintura,
Que parece se quiebra,
Y con todo un completo
De hermosura sustenta;
He visto un pie pequeño,
Cuyas graciosas huellas
Dan ganas de seguirlas
Con la mayor presteza;
He visto que una ropa
Muy bien prendida, y puesta
Ocultaba á mis ojos
Aun mayores bellezas;

He visto un ayre noble;
He visto una alma tierna;
Y en sola una palabra
He visto á Rafaéla.

DE UN BORRACHO.

Coronado de yedra,
El rostro abotargado,
Los ojos encendidos,
Espumosos los labios,
El habla balbuciente,
Desìguales los pasos,
Desabrochado el pecho,
Y trémulas sus manos,
Llevando en la derecha
Un anchuroso vaso
Tan colmado de vino,
Que lo vá derramando,
Se acerca hácia nosotros
Filoxêno el borracho.
¡Oh que extraña figura!
¡Que lástima está dando!
¡Ay Dios como tropieza!
¡Qual rïen los muchachos!
Este le tira un troncho;

Aquel le vierte un jarro.
¡Que se halle entre los hombres
Quien se exponga insensato
Por un vicio tan fëo
Á un general escarnio!
Callad, responde él mismo,
Que quando el Padre Baco
En mis entrañas bulle,
Y me acalora el casco;
No sé que son tristezas;
Ni á que llaman cuidados;
Ni se me dá que todos
Se rïan de mi estado:
En calma está mi pecho,
Mil dulzuras gozando,
Ignoradas de aquellos
Aun mas afortunados.
Y así al punto apuremos
El vino: ëa, bebamos;
Y de lo que otros digan
No se nos dé un ochavo.
Y, en su dulce bebida
Ambos ojos fixando,
Hasta la última gota
Dexa el vaso apurado.

LA PRIMAVERA.

Á UN AMIGO.

La dulce Primavera,
Coronada de rosas,
Al perezoso Invierno
Hácia la Scitia arroja;
Las máquinas arrastran
Las naves españolas,
Que seguras caminan
Por medio de las ondas;
Dexa el cerrado aprisco
La oveja baladora,
Y el labrador las ascuas,
Y la pajiza choza;
La sierra de Granada
Con la estacion hermosa
Recoge el blanco velo,
Que su frente corona;
Brotan los verdes troncos,
El campo se alboroza
Con danzas, con cantares,
Y la avena sonora.
Arrojemos, Fernando,
Las míseras congojas,
Y gocemos del gusto

Que el tiempo proporciona;
Ciñamos nuestras frentes
Con las flores graciosas,
Que el yelo ha desatado,
Y dan al ayre aromas.
El Cielo con su giro
Arrebata las horas,
Y á todos hace iguales
La Muerte destructora;
Pues mientras se avecina,
En tu vihuela toca,
Y celebra las gracias
De mi tierna pastora.
Que yo pienso entretanto
Apurar esta bota,
Ó pasarla á sus labios
Desde mi propia boca.
Y quando ya en sus ojos
El fuego se conozca
Del vino, que ha bebido,
De la algazara, y broma;
Haremos que su planta
La tierra hiera ayrosa
Al compás de tus cuerdas
Con mudanzas donosas;
Que nuestra edad lo exîge

La estacion es la propia;
El sitio nos convida;
Y el dulce Amor lo abona.

Á UN PAÑUELO BLANCO.

No te apartes un punto
De mi lado, pañuelo,
Que conseguiste fuese
Tuyo tambien mi dueño:
Tu solo con tu vista
Puedes auyentar léjos
Los pesares, que ausente
Sufriendo está mi pecho.
Y para que perciba
Alivio desde luego,
Recuerdame amoroso
Tus gratos ministerios.
Refiereme tu gusto
Quando unido, y revuelto
Solian apretarte
Sus delicados dedos;
Ó quando desplegado
Enjugabas contento
Las gotas, que el cansancio
Puso en su rostro bello;

Sirviendola oficiosa
Entonces de consuelo,
Gozaste de la dicha
Mayor del universo;
Y como es generosa
Tambien te dió el empleo
De acercarte á sus ojos,
Quando lloraban ellos;
Las lágrimas entonces
Sus luces te cubrieron,
Quizá porque no fueses
En ceniza resuelto.
Y tambien de su boca
Cogiste en algun tiempo
El nectar, que destila
Aquel clavel abierto:
Mas crüél con los hombres
Ocultaste soberbio
Muchas veces la risa,
Que estaba allí bullendo.
Tan lleno de fortuna,
Has sido tu el que menos
Has sabido gozarla
Como cobarde, ó necio.
Y sin mostrar siquiera
Un leve sentimiento,

De su mano á la mia
Te veniste corriendo.
Estoy para entregarte
Por ser ingrato al fuego,
Para que así ni aun quede
Memoria de tal hecho.
Mas vive confíado:
Porque solo el recuerdo
De que algun día fuiste
Delicias de mi dueño,
No solo del castigo
Te liberta al momento;
Sino que te hace digno
De estimacion, y premio.

Á UNOS ZELOS.

Estiende con firmeza,
Ó Júpiter, el brazo,
Despidiendo al momento
Tu penetrante rayo.
Cielos, dexad que venga;
Nubes, abrid el paso;
Ayres, impulso dadle,
Y fuegos, inflamadlo,
Para que me divida

El pecho desdichado,
Y consuma allá dentro
Unos zelos amargos,
Que no puedo extinguirlos. . . .
Vamos, Júpiter, vamos.
Pero tente, que puedes
Destruír el retrato
De aquella, que los causa,
Que allí tambien lo guardo;
Y entonces por vengarme
Me hicieras mayor daño.

TRISTEZA EN LA AUSENCIA.

¡La noche quan serena
Camina por el Cielo,
É impone á los mortales
Un augusto silencio!
Los astros, repartidos
Por todo el firmamento,
Con variedad hermosa
Ostentan sus destellos.
Las flores delicadas
Espiran un aliento
Aromático, puro,
Que causa gran consuelo.

El ayre suave orëa
Los troncos corpulentos,
Revolviendo las hojas
Con dulce movimiento.
¡Como convida todo
Á un regalado sueño,
Que haga olvidar las penas,
Que atrayga los contentos!
Mas léjos de tu vista
No se bañan los cercos
De estos cansados ojos
Con opio, ni veleño;
Sino con abundantes
Lágrimas, que mi pecho
Envia, porque tanto
Penar los tiene secos.

Á DRUSILA.

¿Porqué cuentas tus años,
Drusila, tantas veces?
Los futuros no exîsten,
Los pasados no vuelven.
Si volaron las gracias
De la edad inocente,
Aun brilla tu cabello

Sobre las tersas sienes.
Es otra tu hermosura;
Porque en ella se advierte
Actividad que atrãe,
Dulzura que detiene.
No eres niña que ignora
Si es bueno lo que quiere,
Ni tampoco apagado
El fuego de amor tienes.
Tus años son los propios
Para gozar placeres,
Pues no llegan á treinta,
Y pasan de los veinte;
En esta edad el pecho
Con mas ardor se enciende;
Se sabe que es cariño,
Porque mejor se siente;
La Cypria á manos llenas
Sobre nosotros vierte
Los gustos mas continuos,
Mas llenos los deleytes.
Y así dexa á los años,
Que se van, y se vienen;
Porque solo se goza
El instante presente.

DE MÍ MISMO.

Quantas veces he roto
Aquellos mamotretos,
En donde conservaba
Mis mal forxados versos;
Porque me figuraba
Que en boca de un guerrero
Disuenan las ternezas,
Fastidian los requiebros:
Pero entonces la Musa,
Juntando con empeño
Los trozos esparcidos
Acá, y allá en el suelo,
Me decia enojada:
¿Quien te ha dicho que el pecho,
En donde yo resido,
Es debil, sin aliento?
Diganlo por mi Ercilla,
Mendoza, Rebolledo,
Garcilaso, y Cadalso,
Honor de los modernos.
Los unos sus laureles
Con mirto entretegieron;
Y los otros con sangre
Sellaron sus troféos.

Las almas apagadas,
Los cuerpos como yelo
No sirven para Marte,
No son gratos á Venus,
Ni en el Parnaso encuentran
El mas humilde asiento;
Pues el Dios que allí manda
Es todo luz, y fuego.
Asi toma la pluma
Continüa escribiendo;
Que la trompa, y la lira
Saben sonar de acuerdo.
Á su voz no resisto,
Su mandato obedezco,
Tomo la pluma, y solo
Me inspira el pecho versos.

Á CUPIDO.

Quita que me has herido.
¡Mal hayan tales juegos
Cupido! ¡Que tus chanzas
Siempre paren en esto!
¿Quieres desenojarme?
Pues haz que me de un beso
Amira; que á tal daño
No encuentro otro remedio.

DE UNA BOCA.

Es tu graciosa boca,
Amada pastorcilla,
Como el panal sabroso,
Que la abeja fabrica;
Porque de frescas flores
Se compone, y destila
Süave miel, que exhala
Una fragrancia fina.
Pero por parecerte
Aun mas á la avecilla,
Quando quieren robarla
Hieres con osadía.
¡Oxalá que en un todo

La fueses parecida!
Que temiendo la muerte
Tal vez no picarías;
Y entonces sin el miedo
Del aguijon podría
El que fuese goloso
Hartarse bien de almibar.

DE UNA MUCHACHA.

Al lado de una fuente
De envidia mi pastora
Deshace entre las palmas
Las flores mas hermosas:
Que se mire en las aguas;
Y allí verá la tonta
Que ellas son las que deben
Estár de ella envidiosas.

Á CUPIDO.

Por andarte, Cupido,
En torno á mi jugando,
Con la punta del ala
Me has trastornado el vaso:
Era el brindis que al sueño

Le sirve de reclamo;
Lo malo es que no queda
Ni una gota en el frasco.
Compadecido el niño
Al ver mi sobresalto,
Con las plumas mojadas
Saboreó mis labios:
Dexandome esto poco
Aun mas embriagado
Que si apurado hubiera
Un tonel xerezano.

DE UN FALDERILLO.

¡El perrito faldero,
El gracioso Morfiso
Como á su dulce dueño
Demuestra su cariño!
Ya corre por la sala
Con retozones brincos;
Ya salta en su regazo;
Ya dá tiernos aullidos;
Ya sacude sus lanas
Mas blancas que el armiño;
Y sus anchas orejas
Caídas al descuido;

Mueve su larga cola;
Arroja fuego activo
De sus rasgados ojos;
Frunce el quebrado hocico;
Y con süave lengua,
Con besos repetidos
Su hermosa mano lame,
Y baña con ahinco.
Ella luego le halaga;
Y él se queda dormido
En sus brazos, cansado
De tan dulce exercicio.
¡Como le guarda el sueño!
¡Que extremo! ¡Que delirio!
¿Y que mas una Madre
Hiciera por un Hijo?
No metais ruido; cuenta
No despierte el perrito,
Y se enfade: que á tanto
Llega su desatino.

Á UNAS LÁGRIMAS.

Corred, lágrimas tristes,
Al Cardoner *, que espero
Os acoja benigno
En su líquido seno.
Seguid su raudo curso;
Entrad en el mar fiero;
No os espanteis, llegando,
De su horrísono estruendo.
No los montes de espuma,
Que eleva al firmamento,
No naúfragos, y tablas,
No mástiles derechos
Tímidas os detengan:
Mas antes por enmedio
De su torrente abrïos
El paso con esfuerzo,
Buscad la rica Gades,
Y en su espacioso puerto
Descansad del camino,
Paräos un momento.
Y, quando de sus cüevas

* *Rio que pasa por Manresa, Ciudad de Cataluña.*

Viereis salir rugiendo
Al Bóreas proceloso,
En polvo, y agua envuelto;
Levantâos unidas
Con los vapores densos,
Que saca el Sol, formando
Mil nubes por el viento.
Volad, de él impelidas,
Al Guadalete ameno;
Y en lluvia desatadas
Cäed con blando riego:
Bañando el rostro hermoso
De Ina, mi dulce dueño,
Humedeced sus labios
Con repetidos besos.
Si á mas lograis mezclaros
Con la suyas ¡ Oh Cielos,
Por tantas dichas juntas
Que envidia he de teneros!

DEL AMOR.

Las ninfas por vengarse
Del muchacho de Venus,
Quando incauto dormia
Ansiosas le prendieron;
Qual ata con guirnaldas
Su delicado cuerpo;
Qual á un tronco le amarra;
Qual le echa un lazo al cuello;
Qual hace mil pedazos
Sus arpones tremendos;
Y qual le arroja flores,
Diciendole denuestos.
Mas él se burla, y ríe,
Y con dulce gracejo
Exclama: ¿ Bobas, bobas,
Que pretendeis con esto?
Yo soy solo la imagen,
Que retrata el espejo;
El amor, que la causa,
Exîste en vuestros pechos:
Nace quando vosotras;
Se aumenta al mismo tiempo;
Y solo con los años
Viene su fuerza á menos.
Y asi, en tanto que bulle

La Juventud, es necio
Quien sujetar pretende
El amoroso fuego.

DE UNA NIÑA,

Y EL AMOR.

La graciosa Conchita
Vió á Cupido pintado,
Y á Venus con la flecha
Su vida amenazando;
Á vista de su riesgo
Y triste desamparo
De sus hermosos ojos
Las lágrimas saltaron.
Vá en busca de su Madre;
Se arroja en su regazo,
Haciendo mil preguntas
Sobre el lindo muchacho;
Acerca la pintura
Á sus rosados labios;
Y al Dios con tiernos besos
Procura consolarlo.
Mas su Madre la dice:
Hija, no llegues tanto
Á tu pecho esa imagen,

Si quieres verle sano:
Pues ese, que tú ahora
Miras con tal agrado,
Será á tu vista un monstruo
Quando tengas mas años.
Entre flores se oculta;
Y es tal su negro engaño
Que á los que en el confían
Devora de contado.
Dexa, dexa la imagen;
Y evita sus halagos,
Que solo de él se libra
Quien no quiere escucharlo.

DE AMOR, DE MÍ, Y DE LESBIA.

¡Como de mí te alejas,
Oh fugitivo tiempo,
Robandome alevoso
Las dichas que posëo!
Me afano: pero nunca
Se me acerca el consuelo,
Sino entre densas sombras
Por un corto momento.
Esta noche, esta noche,
La mas feliz, que vieron
Amantes venturosos,
Crëí tambien yo serlo.
Amor tomó su antorcha,
Y, sacudida al viento,
Con llama luminosa
De Lesbia encendió el pecho;
Quedó al golpe rendida,
Toda en amor ardiendo,
Que hasta el alma llegaba
El torrente de fuego.
Amor se complacía;
Y agitaba ligero
La llama con sus alas,

Dando en torno mil vuelos.
Yo vi, yo vi que Lesbia
Reprimió los lamentos;
Y, callando eloqüente,
Se mostró su silencio;
Yo vi que se animaron
De suerte sus luceros,
Que envidia la tuviera
La misma Madre Venus;
Yo vi que, apoderado
De sus cándidos miembros
Un lánguido deliquio,
Quedó sin movimiento;
Yo vi. . . . Pero corramos
Un densísimo velo;
Que no han de saber todos
Lo que mis ojos vieron.
En tanto Amor, qual nunca
Agradable, y risueño,
En mis manos ponía
La copa del contento.
Ansioso tras sus gustos
Me abalancé, sintiendo
Mi vista trastornada
Á cada sorbo nuevo.
No el nectar xerezano,

No el licor malagueño,
No el ardiente Cecubo,
No el süave Falerno
Agradan, fortifican,
Encienden, dán esfuerzo
Qual la copa, fiada
Á mis labios sedientos.
Pensé que la apuraba:
Mas ¡ay! que como viejo
El tiempo vió con rabia
Los juveniles juegos;
Y, acortando las horas,
Nos dividió soberbio.
Lesbia se fué llorando;
Amor se alzó á los Cielos;
Y yo, al ver apartarse
El torrente tan léjos,
Qual Tántalo quedéme
De pura sed muriendo.

SILVAS.

Á VENUS.

¿Como se ha de apartar de mi memoria,
Ó Venus soberana,
La completa victoria,
Que tuvo por tu medio el pecho mío,
Haciendo tan humana,
Rindiendo á mi alvedrio
La hermosa Silvia, Silvia á quien adoro,
Gloria del sexô, del amor decoro?
Ni aquella deliciosa madrugada,
Que estando recostada
Sobre un gracioso lecho,
Que al lado de una fuente
El prado con sus yerbas ofrecía,
Dando latidos su redondo pecho,
Espirando sus labios dulcemente,
Con ayes me decía:
Feniso ¡quan en vano
Son esos tus temores!
Tú encontrarás tal vez otras amantes
De facciones mejores,
Que aumentan tus placeres por instantes,

Que halaguen tu deseö:
Pero que mas te quieran, no lo creö.
Oh Diosa, tú que sabes
Lo que es un amor puro,
Haz que no tenga al corazon perjuro;
Que apruebe las süaves
Palabras que salieron de su boca;
Inspíraselo tú, que eso te toca.
Mas no creö que falte á lo jurado:
Pues en aquel momento,
En que apuré la copa del contento,
Estabas á su lado;
Todos sus movimientos animabas;
Y tan cerca mostrabas
Tu fuego penetrante,
Que sus ojos, de tanta luz heridos,
Estaban desmayados, y adormidos;
Y aun su trémula voz, su voz amante
Era entonces guiada
Por la tuya insinuante, y delicada;
De suerte que al mirarla conocía
Que en su pecho de Venus la ternura
Tan solo residía.
Si logra tu favor esa hermosura,
Y si amas á los dos con tal extremo,
Ya me juzgo dichoso, nada temo.

Á CUPIDO.

Apaga la acha ardiente,
Muchacho beleidoso;
Rompe al instante el arco poderoso,
Y las flechas agudas, con que herías
Á todos fieramente,
Y con las que abatías
Al que de tu potencia se burlaba.
¡Esa venda, esas alas, esa aljaba
Que bien que te caían! ¡Tu hermosura
Con ellos que realce no tomaba
En los dichosos días,
Que era dulce tu ardor, tu risa pura,
Süaves tus cadenas!
Mas ahora todo es llanto, todo penas.
Silvia, que con semblante
Hermoso, y halagueño
Mantiene un corazon como el diamante;
Sedujo el mío con amante empeño;
Pero de tal manera
Que no era el mismo, que otros tiempos era:
Pues fué tal su atractivo,
Que me vi mas que amante su cautivo.
Á Silvia hallaba yo por donde quiera:

En la mesa, en la calle, en el paseö,
Como si allí estuviera
Solía presentarmela el deseö:
Quando al lecho llegaba,
La imagen de mi Silvia me asaltaba;
Al sueño al fin cedía,
Y á Silvia en él veía;
Y al despertar con Silvia me encontraba;
Silvia era todo quanto
Á percibir llegaban mis sentidos;
Y esta Silvia, olvidada de mi llanto,
De mis tiernos gemidos,
Qual viento se ha mudado,
Y de mi amor ardiente se ha cansado.
Las olorosas flores, que texieron
Los dedos de tu Madre, rotas fueron;
Ajadas, y esparcidas
Las he visto por esas mismas manos
Hermosas, y atrevidas,
Que para destruccion de los humanos
Fueron dulce depósito del fuego,
Que ablanda mucho mas que el mayor ruego.
De quanto tú dexaste, nada exîste:
Silvia lo destrozó, no mas tu imperio.
¡Felíz el que resiste
Tan duro cautiverio;

Y, huyendo de tu trato fraudulento,
La amable libertad goza contento!

Á SILVIA.

¿Silvia que me sucede?
Lo exâmino, lo vëo,
Lo toco, y no lo crëo.
¿Qué cosa así me puede
Haber robado la agradable risa,
Que en mis labios continuo retozaba;
Ni el fuego, que inflamaba
Mis ojos, y semblante?
El corazon parece que me avisa
Algun terrible mal en este instante.
Venus está irritada
Porque fué su promesa despreciada;
Y al travieso Cupido,
Que causa nuestro incendio,
Lo traté con enfado, y vilipendio.
¡Quanto de estas injurias me ha pesado!
He estado horas enteras
Ante él arrodillado;
Con voces lastimeras
Le he pedido perdon; le he suplicado
Por Psiquis, y por quanto tiene amable;

Pero se ha mantenido inexôrable.
Y, abriendo sus alitas, con un vuelo
Tan somero, que apenas
Le alzaba sobre el suelo,
Mostrando en su semblante amargas penas,
Fué corriendo á su Madre; en su regazo
Se arrojó con despecho;
Y apretando su pecho
Con un süave abrazo,
Imprimió en su mexilla el tierno labio,
Pidiendola venganza de su agravio.
Si: venga mis ultrajes
Clamaba enfurecido.
¡Ah! quiero que á mí mismo te aventajes
En crüéldad, con ansia te lo pido.
Respóndele la Diosa:
Se hará tu gusto, sin temor reposa.
Desde este instante, para mí terrible,
Mi corazon sensible
Se encuentra de tal suerte,
Que mil veces al dia me matara,
Si Venus misma no me lo estorbara;
Porque dice: La muerte
Es fin de toda pena;
Que no muera; mi rabia le condena
Á una vida, aunque triste, muy durable

Para que así su mal eterno sëa.
¿Venus con tal rigor? ¿Venus la amable
En un triste mortal su furia emplëa?
¿Que hay, Silvia amada, que hay de que admirarse
Si á mas de ser muger quiere vengarse?

Á UN CLAVEL.

Encendido clavel, clavel hermoso,
Mas que todas las flores oloroso,
Pues tus hojas con pompa desplegando
Llenas el aura de un olor tan blando,
Y tan puro, que al hombre le mitigas
En parte sus pesares, y fatigas;
Tú que honras el verano, con él vienes,
Que anuncias con tu vista tantos bienes,
Adornas los jardines, y las salas;
Retozas en el pelo, y en las galas
De las graciosas nimfas; y al fin eres
Testigo fiel de todos sus placeres;
¿Que tienes? ¿Que te pasa? ¿Que te aflige?
Ya lo vëo: bien claro se colige.
Tú vienes á mi mano con despecho
Porque antes, colocado en aquel pecho,
Donde Venus anida su hermosura,
En medio de su fuego, y su blancura

Gozabas de un deleyte no explicado,
Y eras de los amantes envidiado;
Y sientes qne te arrojen de su seno
Quando de él desfrutabas mas sereno.
Si es esto, no desmayes, ven conmigo,
Porque la misma suerte que tú sigo,
Que tambien ese pecho poseía,
Y por felíz me tuve en algun día;
Y ahora, de mi trono repelido,
Me angustia el pensar solo lo que he sido.
Vén, y en mi corazon, clavel, reposa;
Séame tu fragrancia deliciosa;
Y pues el mismo sinsabor tenemos,
Mutuamente los dos nos consolemos.

RECONCILIACION DE SILVIA.

Por no sé que capricho Silvia un día
Me desterró enojada de sus ojos,
Repitiendo despues cada momento:
Ya puedo llamar mío
Mi corazon, que está de amor exênto,
Y enteramente libre mi alvedrío;
No lo volveré mas á la cadena,
Que al romper me ha costado tanta pena:
Si, Júpiter, lo juro; eterno llanto

Me consuma, si acaso lo quebranto.
Esto ayrada decía;
Y á vista de su genio firme, y fiero
Casi llegué á crëer que lo cumplía.
Pero el dulce Cupido
Burlabase de voto tan severo;
Y, en su gracioso pecho recostado
Como en su propio nido,
Movíase del uno, y otro lado;
Y con las puntas de sus dos alillas
Hacíala allá dentro mil cosquillas,
Causándola un crüél desasosiego,
De lo que se alegraba
El muchachuelo ciego.
Ya desde aquel momento
Quebrantar intentaba
El duro juramento;
Ya borraba el temor su pensamiento;
Deseëa, teme, gime, y trastornada
Todo lo emprende, no concluye nada.
En fin no puede mas, corre á mis brazos;
Y con estrechos lazos,
Olvidada de todo lo jurado,
Me renueva su agrado.
Mas luego grita, llora,
Y prorrumpe: La mano vengadora

De Jove vá á llenarme de amargura,
Porque soy delinqüente, soy perjura.
Oyela allá en su trono el gran Tonante,
Y dice: Tranquiliza
El corazon, serena tu semblante:
Si acaso yo debiera
Convertir en ceniza
Los amantes perjuros al instante,
Ya rayos no tuviera;
Y apenas de cansado
El brazo levantado
Mantenerse pudiera:
Y así al ver que por serlo se dan prisa,
En lugar de enfadarme me dan risa.

Á LELIO.

Como, Lelio, te encuentras adulado
De Fortuna, que siempre está á tu lado;
Por quien tus troxes vés de mieses llenas,
Y un crecido ganado
Que ocupa las campiñas mas amenas,
Ó hace desparecer las altas sierras,
Por lo que en tus arcones
Continuamente encierras
Talegos á millones:

Ahora, confiado en tu ventura,
Piensas que has de rendir esa hermosura,
Que, de mi ardiente llama penetrada,
El oro, el mando, todo estima en nada.
¡Quanto te engañas! El metal precioso,
De que está un servil pecho codicioso,
No puede corromper el amor puro;
Con este mas seguro
Estuviera el honor de la doncella
Dánae que con el muro
De robusto metal; una centella
De este fuego no mas fuera bastante
Á resistir constante
Al mismo Jove en oro convertido.
¿Y habías tú creído
Que al punto destrozara
Mi imagen; de su pecho me arrojara;
Y tú en el trono, que antes poseía,
Habías de gozar de la que es mía?
¡Que error Lelio! ¿No ves que los altares
De Venus, y del Hijo soberano
Incienso por mi mano
Con sabëos aromas singulares?
¿Y cada dia ofrezco dos pichones
De sexô diferente
Mas blancos que la nieve, retozones,

Que ya sienten de amor la sed ardiente?
¿Que admiten mis ofrendas con cariño?
¿Y que el potente niño
Con sus flechas rechaza los amantes,
Mientras ella con voces insinuantes
Á mi Silvia mantiene en la firmeza,
Pagando de este modo con largueza
Mis tiernas oblaciones?
Huye, Lelio; y conserva tus doblones
Para una muger torpe, y corrompida;
Que donde la virtud tiene su asiento,
Y en donde con tan firme fundamento
El dulde amor se anida,
No puede tu metal tener cabida.

Á FILIS FILÓSOFA.

¡Con que semblante tan diverso ahora
Se muestra la inmortal Filosofía
De aquel bárbaro tiempo, en que solía
Tan solo ser Señora
De unos hombres adustos
Contrarios declarados de los gustos!
Como siempre con ellos conversaba,
Su ceño, sus modales retrataba;
De suerte que espantados

Los de una alma sensible,
Huían de su vista apresurados,
Por no perder sin duda su reposo.
En el dia se ha vuelto apetecible,
Que ha logrado tener , Filis querida,
En tu precioso corazon cabida.
Ya la enojosa ruga , que en su frente
Hacía estremecer á todo el mundo,
Se mira enteramente
Desecha , y disipada;
Y ya vëo con gozo sin segundo
Que , de las tiernas gracias rodëada,
Y la parlera risa,
Está bullendo en tus rosados labios,
Mostrando su placer á toda prisa.
Tú , que has tomado sus consejos sabios,
Expresas sus verdades
Con habla deliciosa,
Haciendo ver que en todas las edades
Su sencilla amistad es provechosa:
Y que el color mas puro que la rosa
Sobre cándida nieve colocado,
Que el brillo de los ojos , que trastornan
Al mas desamorado
Quando atentos se tornan,
Y en los suyos se fixan con agrado;

Que el ayre, y gentileza;
Que el completo de gracia, y de belleza
En años juveniles;
Que el mismo Amor, que sabe
Rendir á los Aquiles,
Volviendo lo intratable muy süave,
De nada sirve, si esta se desdeña
Á presidir en todas sus acciones;
Porque ella es quien enseña
El modo de mandar los corazones.
La blanca Citerëa,
Que tiene tal poder en la hermosura,
Al escuchar tu acento se recrëa,
Porque en tí encuentra imperio de mas dura.
Á las ninfas convoca, que oficiosas
Träen en bien labrados canastillos
Mil flores olorosas,
Cercadas de tomillos;
Y, escogiendo de todas las mas finas,
Sobre tí las arroja á manos llenas;
Cupido, contemplando
Perfecciones en tí tan peregrinas,
Se pasma, porque vé que sus cadenas
Serán en vez de yugo lazo blando,
Si tú ponerlas quieres,
El valor aumentando

Á todos los placeres.
Abre sus alas, de oro matizadas,
Y con un leve impulso menëadas,
En torno tu cabeza
Da vueltas con viveza,
Mil säetas flechando
Con semblante risueño,
Porqué ha formado empeño
En poner á tus plantas humillados
Á quantos resistir tu ardor procuran:
De esta suerte aseguran
Hijo, y Madre sus reynos dilatados.
¡Que mucho, si en tu pecho se destila
De la filosofía el nectar puro;
Y con alma tranquila
Rompes el fuerte muro
De la torpe ignorancia;
Y, para que haya en el amor constancia,
Quieres que su cimiento
Se forme sobre un sólido talento.

DESPEDIDA DE FILIS.

A Dios, Filis, á Dios: ya se acabaron
En mis sencillos versos las ternezas,
Que un tiempo en tu alabanza resonaron:

Si en ellos se admiraron
Ya gracias , ya bellezas,
Que tu vista agradable producía;
Hora , que de tí el Hado me desvía,
Con triste , y bronco acento
Expresaré tan solo mi tormento;
Mi tormento , por ver que el niño ciego
Despues de haberme herido,
Sordo á mi tierno ruego,
Cumplirme la palabra no ha querido.
Él me dixo , estrechándome en sus brazos:
Ama , sin temor ama,
Yo mantendré tu llama;
Yo texeré los lazos,
Que producen delicias indecibles;
Y por mí vencerás los imposibles.
¿Donde están , pues, los gustos halagüeños
Con que el fiero rapáz me convidaba?
Como ligeros sueños
Á mi ardiente pasion los presentaba;
Y quando ¡ay triste! se desvanecieron
Solo llanto en mi pecho produxeron.
Mas la santa Amistad alzó mi frente;
Su boca imprimió en ella dulcemente,
Y comenzó á decir estas razones:
¿Porqué causa te pones

Tan mustio , y cabizbaxo? ¿Porqué un niño
Como tal trata ahora tu cariño?
Todas sus deseädas sensaciones
Se evaporan con tanta ligereza,
Como el olor , que exhala en la mañana
Un jardin delicioso
En la estacion del año mas lozana.
De otra naturaleza,
De un caracter mas puro , mas precioso
Son los deleytes , que mi mano ofrece;
La amistad no perece:
Y fuera cosa dura,
Que , gustando de Filis , la dulzura
De amarla se acabara
Al punto que el placer se evaporara.
Tuvo razon : mi pecho , aunque se ausente,
Como amistad sagrada le ha bañado,
Siempre tendrá presente
Los gustos, que en tu vista he desfrutado:
Y el tiempo destructor ; la adversa suerte,
La ausencia olvidadiza , ni aun la muerte
Podrán borrar , ó Filis , la fé pura,
Que mi alma al despedirse te asegura.

LA CASA DE NERINA.

Esta es la casa ¡ay triste! que habitaba
Mi Nerina graciosa.
¡Quan otra está que estaba!
¡Quan sola, y pavorosa!
Aquí, donde los gustos rëunidos
Venían á asaltar á los sentidos,
Solamente resuena
El eco bronco de mi amarga pena.
Aquí escuchaba todo enagenado
Su dulce canto, su armonioso acento,
El corazon colgado
De aquella velocísima garganta,
Que despide el aliento
Con maestría tanta,
Que parece del Cielo su concento.
Aquí dulce reía,
Y, entreabriendo sus labios de corales,
Un puro olor en torno trascendía,
Qual la grata ambrosía,
Que se sirve á los Dioses inmortales.
Aquí tierna me hablaba;
Y en sus ojos graciosos
Mi dicha contemplaba.
En este balcon, sí, la vez primera

Con brazos temerosos,
Y lleno de ardimiento,
Hice que en un momento
Recibiese mezclados en mis labios
Ternezas con agravios.
Tú, balcon, fuiste el único testigo;
Tú á mi amor diste abrigo;
Y tú tambien la viste,
Qual rosa deshojada,
Que destruye el arado de pasada,
Muy pesarosa, y triste,
Porqué cogí atrevido
El panal de su boca,
Que tanto al que lo mira le provoca.
No el Tiempo enfurecido
Aniquile tu ser; el Amor vele
Sobre tí; te conserve como suele
La Madre tierna al Hijo delicado;
Que no merece sëa destrüído
Balcon, que tan benigno se ha mostrado.
Aquella es ¡ay! la alcoba, dó solía
Entregarse al reposo;
Allí estaba su lecho delicioso,
Su lecho afortunado,
Que en su nevada holanda la acogía
Con anhelante agrado;

Él su pecho sentía,
Si amante palpitaba;
Sus ayes escuchaba;
Y su llanto en la almohada recogía:
Mas hora abandonada
Inspira tal pavor solo al mirarla,
Que parece quejarse lastimada
Del duro inesperado apartamiento;
No me atrevo á pisarla,
Temiendo que se doble mi tormento:
Mas tu, pared dichosa,
Que el eco repetiste compasiva
Quando su voz activa
Se quejaba á la noche silenciosa,
Dime, si se acordaba
De mi amor, ó entre sueños me nombraba;
Si estaba con recelo;
Si sentía con verme algun consuelo;
Ó si la daba mi rigor quebranto;
Dímelo todo, dilo extensamente:
No, no lo digas; ¡ay! no aspiro á tanto;
Permite, si, que imprima el labio ardiente
Donde ella reclinaba su cabeza;
Permítele á mi amor esta terneza....
Esto repite, en lágrimas bañado,
Feniso el desdichado,

Con la vista clavada
En la vivienda de su prenda amada,
Que así solo suspende su cuidado:
Pues quien padece ausente
No es mucho que con esto se contente.

LA VENIDA DE LA PRIMAVERA.

Á NERINA.

El Invierno enojoso,
De nubes rodëado,
Marchóse presuroso
Á exercer su rigor al Norte elado.
En tanto se presenta
La dulce precursora del verano,
Derramando mil flores
Con generosa mano,
Que embalsaman el ayre con olores.
Los céfiros süaves,
Libres, y exêntos de las nieblas graves,
En torno la rodëan;
Halagan, y recrëan
Los pechos aquejados;
Los arroyos, que atados
Con prisiones de yelo
No podian regar el verde suelo,

Ahora sueltos del monte
Con risa bulliciosa se despeñan;
Corren serpentëando
Por el ameno valle, y ván regando
Las plantas á porfía;
Renace la alegria
Del rústico, que en la era
Espesas haces acinar espera;
Los troncos corpulentos,
Que resistieron con vigor constante
Á los bravosos vientos,
Con risueño semblante
Al Cielo elevan sus crecidas ramas,
Cubriéndolas con hojas al instante;
Los páxaros canoros
Forman diversos coros,
Canciones entonando,
Ora en los verdes ramos escondidos,
Ora al ayre esparcidos
Acá, y allá con gracia revolando;
El Sol se muestra claro, y luminoso,
Ni ofende con sus rayos
Qual suele en el Estío,
Ni escasëa sus luces perezoso
Como quando á la tierra oprime el frío.
¡Oh dulce Primavera!

¡Oh juventud del año! Persevera
Entre nosotros siempre;
Deten el veloz paso:
Mas ¡ay! que estiendes las purpúreas alas,
Sin querer hacer caso
De mi amoroso ruego;
Y de mis ojos, ¡ay! te alejas luego.
¿Temes que te marchite la hermosura
El seco Estío con su ardiente fuego?
¿Temes perder al verle tu frescura?
¿Que se sequen tus labios olorosos?
Pues vete, que no quiero
Que sientas los ardores rigurosos
Del tiempo venidero:
Huye, sí, huye: tus pasos acelera,
Que un amargo dolor me causa el verte;
Porqué eres verdadera
Imagen de mi suerte:
Pues, quando contemplaba
Á mi dulce Nerina
Mas amorosa, y fina;
Y que el tierno Cupido se esmeraba
En derramar sus gustos indecibles
Sobre dos corazones tan sensibles;
Se ausentó de mi vista; y he quedado
Qual suele el caminante en noche oscura

Al verse deslumbrado
De un relámpago activo no esperado;
Que, lleno de amargura,
Con ansia espera que se acerque el día;
Así mi amante pecho,
En lágrimas desecho,
De continuo á los ojos las envía,
Hasta que los aclare la luz mía.

CANCIONES.

LISIS SOBRE TODAS LAS SATISFACCIONES.

Agitado mi triste pensamiento,
Revuelvo mil idëas lisongeras
Para buscar en ellas alegría:
Ya me figuro plácidas praderas,
Donde inmensos rebaños apaciento,
Que triscan, y retozan á porfía;
La leche, finas lanas, y la cría
Me dan lo suficiente
Para vivir decente;
Pues léjos de los vanos resplandores,
Y aparentes honores,
Desfruto de una vida sosegada
Sin envidia de nada;
Esto mismo me oprime, me atormenta,
Pues Lisis, sola Lisis me contenta.

Ya pienso en un arroyo, dividido
En dos brazos que corren diferentes,
Cercado de menuda, y fresca arena:
El uno lleva alegre sus corrientes
Por un prado de flores revestido,

Y con su orilla, de frutales llena,
Hace su vista mucho mas amena;
El otro de una roca,
Que casi al Cielo toca,
Se despeña ruidoso, y acompaña
Con armonía extraña
Al coro de las aves; tal concento
Al alma da contento;
Mas si lo escucho mi pesar se aumenta,
Pues Lisis, sola Lisis me contenta.
Á veces imagino, que, corriendo
En un caballo bético fogoso
Tras la cuitada liebre por un prado,
La aflijo con mis perros, y la acoso;
Que, las riendas al bruto revolviendo
No dexo mata, cerca, ni vallado
Que no salte en pós de ella acelerado;
Que se agacha, y ligera
Aviva la carrera;
Que, soltando mis galgos, al momento
La dexan sin aliento;
Que gasto en exercicio tan honesto
Del día todo el resto;
Ningun gusto á mi pecho se presenta,
Pues Lisis, sola Lisis me contenta.
Las músicas, las cenas, los saräos

Procuran asaltar mi fantasía,
Donde encuentro placeres á millares;
Ya desfruto una grata melodía;
El alma, opresa en tenebroso cäos,
Al escuchar sus tonos singulares
Arroja de su seno los pesares,
Se absorve, y enagena;
Ya gozo de una cena,
En donde el vino de Xerez añejo
Nos quita el sobrecejo;
Y son luego con danzas concertadas
Mil dichas apuradas;
Esto ningun placer en mi fomenta,
Pues Lisis, sola Lisis me contenta.
    Otras veces me juzgo coronado
De laurel, y de gloria esclarecida,
Cercado de infinitos prisioneros;
Que tengo una provincia sometida,
Ó baxo el duro yugo un pueblo osado;
Que á mis plantas se encuentran los aceros,
Que gané á mis contrarios altaneros
En sangrienta batalla;
Que su soberbia calla
Al ver al vencedor en su presencia;
Que la mayor potencia
Cede al fin á mis brazos victoriosos;

Trofëos tan honrosos
No tienen para mí valor, ni cuenta,
Pues Lisis, sola Lisis me contenta.

Que Fortuna con mano generosa
Hámе dotado de preciosos dones
Crëo otras veces con altanería;
Que posëo monedas á millones;
Que la tierra, y el mar no tienen cosa,
Que á fuerza de poder no sëa mía;
Que el comercio del mundo, y grangería
Deben á mi riqueza
Su poder, y nobleza;
Pero estos pensamientos desvariados,
Estos gustos son dados
Á los que siempre buscan el dinero;
Que por mí no le quiero,
Ni mi gusto en tenerle se acrecienta,
Pues Lisis, sola Lisis me contenta.

Que Apolo, descendiendo del Parnaso
Con sus dulces hermanas, ha vertido
En mi pecho la fuente de Helicona;
Me persuado tal vez; y aun que, subido
Sobre la espalda del veloz Pegaso,
El orbe calla, si mi voz entona;
Que el Dios absorto al punto me corona;
Y el Tiempo, derribando

El busto venerando
Del inmortal Homero, pone el mío
Con fiero poderío
En aquel pedestal, dó como justo
Lo colocó el Buengusto;
Tal locura me causa solo afrenta;
Y Lisis, sola Lisis me contenta.

AL AMOR. POR UNAS LÁGRIMAS.

Ahora quiero, Amor, que con tus alas
Me cerques, y me agites de manera
Que solo amor respire el blando acento,
Tú que una vez, y ciento
En mi pecho clavaste tu hasta fiera;
Y en agrias peñas, y graciosas salas
Hiciste que se oyese mi armonía,
Por tus vivos impulsos excitada;
Haz que con voz mas dulce, mas templada
Pueda cantar la gloria de aquel día,
En que ví de dolor mi Luz hermosa
Poco á poco apagarse;
Y de su faz, envidia de la rosa,
El matiz alejarse
Por la lluvia de lágrimas ardientes,
Que envíaban sus ojos refulgentes.

Qual suele aparecer el Sol luciente,
De mil nubes espesas coronado,
En el florido Abril por la mañana,
Bordando de oro, y grana
El manto de la Aurora delicado;
Y con su clara luz resplandeciente
Las rëunidas nieblas desatando,
Rasgar activo el tenebroso velo,
Haciendo que reciba el seco suelo,
Que ansioso espera, su rocío blando.
Tal mi Luz, en celages escondida,
Apareció primero;
Rompió en llanto la niebla denegrida;
Y un gozo verdadero
Recibió entónces mi alma enamorada,
Que ansiaba de tal lluvia ser bañada.

No de fortuna tal merecedores
Fueron los campos, que la pura lumbre
Del rubio Febo de continuo dora;
Ni aquellos, en que mora
De justos la escogida muchedumbre,
Libres ya de esta vida, y sus dolores.
Lágrimas tan hermosas, y excelentes
No las forxó el Amor para este suelo.
Tales fueron aquellas, con que el duelo
De su pecho mostró, viendo presentes

Las gracias de su Adonis marchitadas
La blanca Citerëa;
Tales fueron por ella derramadas,
Quando se halló qual rëa
En el Olimpo sacro escarnecida,
De amor ardiendo, y en la red prendida.
Las perlas delicadas, que en el seno
De la sidonia concha se producen
En el lejano, y oloroso Oriente,
Brillo tan esplendente
No tienen, ni entre el nacar mas relucen,
Que este rocío celestial, y ameno,
Por el cándido rostro derramado,
Y los colores de purpúrea rosa;
Que el rostro esmaltan de mi luz llorosa.
¿Por quien Paris hubieras sentenciado,
Si tal hubieras visto la alta Juno,
Ó á Palas Athenëa?
Mas ¡ay! que rostro qual mi luz alguno
Es imposible sëa,
Y mas si en llanto del amor se baña,
Y el amargo suspiro la acompaña.
Sobre el enhiesto cuello, que en blancura
Atrás dexa las cumbres de Pirene,
Y han las Gracias con arte tornëado,
Sin orden, derramado

El oro, que el ofir igual no tiene,
Lascivo vaga por la nieve pura;
Las hebras, unas en la tersa frente
El viento manso orëa, rëunidas
Otras con lazos, y otras divididas
Se rizan, y se enredan dulcemente.
Mas al golpe del llanto doloroso
Confusas se amontonan,
Y cubren el semblante lastimoso:
Tal las flores coronan
Un lozano jardin; y en un momento
Su pompa rinde el proceloso viento.
    Quando la reja dura desenvuelve
Los áridos terrones, y á su paso
Encuentra con la flor que Venus ama
Entre la verde grama,
No hace daño mayor; el cuello laso
Inclina; el rostro mustio á tierra vuelve;
Marchítanse las hojas; el brillante
Resplandor se amortigua; y desmayada
Causa lástima ver á la que nada
Igualaba en belleza rozagante:
Mi Luz así, qual linda, y tierna rosa,
Cayó desfallecida;
Robada la color, y congojosa;
La voz interrumpida;

Apagado su lustre ; y con el llanto
Mostrando sin querer su gran quebranto.
Las lágrimas preciosas inundaban
El pecho de marfil ; y los suspiros
Tras ellas se salían presurosos.
¿Oh momentos dichosos,
Porque quisisteis ¡ay de mí! partiros
Con tanta ligereza , si encontraban
En verlas derramar mis pensamientos
La prueba del amor mas acendrado?
Corristeis con un vuelo arrebatado,
Corristeis sin parar , dulces momentos:
Mas no podreis quitar á la memoria,
Que siempre me presente
Esta tan dulce lamentable historia,
Para que amante cuente
El dia de mi lúgubre partida
Por el mas venturoso de mi vida.
Veré continuo con angustia grave
El pecho , donde Venus , y Cupido
Atesoran sus dones inmortales,
Con ansias desiguales,
Y amante sobresalto conmovido;
Veré pararse qual viola süave
El rosado color del rostro bello,
Veré unos con otros encontrarse

Los amargos sollozos ; y agitarse
Sin orden ni artificio su cabello;
Veré mi clara Luz amortiguada
Contra mi ardiente seno;
Veré la densa niebla desatada;
Y qual rocío ameno
Mi animo regalar ; tal me creía
Quando con tanto amor me despedía.
Tu, sacro Amor, que rindes prestamente
Al yugo de tu ley los mas osados;
Tanto que Jove en el celeste asiento
No está del fuego exênto,
Que producen tus dardos aguzados;
Tú que haces resonar de gente en gente
El vigor de tu brazo formidable,
Extendiendo tus alas vagarosas
Por donde giran las eladas osas,
Y por dó Febo con calor estable
Tiene el Orbe igualmente dividido,
En mi socorro acude.
No que me apagues mi pasion te pido;
Sino que el Tiempo mude,
Impelido de tí, mi amargo estado,
Pues vivo ausente, triste, enamorado.
No en mil cercos el oro recogido
Y con graciosos nudos relazado,

No aquellos vivos relumbrantes ojos
Mas que los rayos roxos,
Que esparce en derredor el Sol dorado,
No el carmin sobre leche desteñido,
No el conjunto de gracias, que Natura
Quiso depositar en un sugeto,
Son las que causan mi amoroso efeto;
Sino el llanto abundante, la ternura
De aquel sensible pecho lastimoso.
Si quieres sujetarme,
Dulce Amor, con un lazo poderoso,
Procura presentarme
Siempre en mis brazos á mi Luz llorando;
Y entonces me será tu yugo blando.

Á UN NUEVO TURPIAN DE LAURA.

Oh tú, nuevo Turpian, que has conseguido
La esclavitud mas dulce, mas honrosa,
Pues Laura te ha elegido
Para aplacar su pena congojosa,
Si su mano oficiosa
Te halaga, no te ufanes, ni te engrías,
Que no posan en tí sus pensamientos;
Renueva con tu vista los contentos,
Que tuvo en otros mas felices días;
Y eres, oh desdichado,
Solo recuerdo de su bien pasado.
Mas no por eso el corazon doliente
Consumas hora en mísera tristeza;
Porque el Tiempo potente
Abate el muro de mayor alteza;
La ardiente gentileza
Con su impulso qual humo desparece;
Y todo queda á su rigor trocado;
Hasta el cariño puro, y acendrado
Se deshace al instante, y desvanece
Qual surco de la nave,
Ó senda que al volar señala el ave.
Así cobra valor; espera, espera

Que la memoria del Turpian difunto
Qual él en Laura muera;
Y que, llena de amor por su trasunto,
Lo adore al mismo punto
Que á la triste avecilla desdichada;
Que en tí encuentre el alivio que en aquella;
Y que llame feliz la dulce estrella,
Que una prenda la dió tan deseäada:
Mas guarda; todavía
No es, Turpian, este el venturoso dia.
 Conoce la prision, á que has venido;
No te engañe la jaula primorosa;
Ni mirarte servido
Por su mano süave, y deliciosa;
Porque ella qual la rosa
Esparce en derredor su esencia pura
Con alma liberal; pero cercada
De agudas puntas se presenta ayrada
Al que intenta gozar de su hermosura:
Que flor tan soberana
Solo á un influxo superior se humana.
 En tanto, desplegando la libreä
De tus pomposas plumas, con agrado
Su corazon recreä,
Revolando del uno al otro lado;
De tu pico nevado

Vuelen las gracias, brote la armonía
En trinadas dulcísimas canciones
Bastantes á mover los corazones,
Y á conseguir renazca la alegría
En los ojos de Laura;
Revuela, y canta; y su placer restaura.
Restaura con afan aquella risa,
Que envidiaban los Dioses inmortales;
Restaura á toda prisa
Aquella chanza, antídoto á los males;
Restaura aquellas sales
Que percibirse, no imitarse pueden;
Restaura. . . . Sí, Turpian; solo al constante
Corazon, la fé pura, el pecho amante
Los premios, las coronas se conceden:
No desmayes, alienta;
Que alegre el Tiempo el lauro te presenta.
Ya vëo como Laura se deshace
En hacerte cariños desusados;
Y como se complace
En tus vivaces juegos continuados;
Sus ojos, animados
Con un brillo clarísimo esplendente,
Demuestran de su pecho la alegría;
Y su canora voz con melodía
Así expresa gozosa lo que siente:

Logré mi bien perdido;
Con el Turpian el gusto ha renacido.
    Cupidos retozad ; Gracias hermosas
Cercad á Laura con festivo anhelo;
De mirtos , y de rosas
Orlad su frente ; del impíreo Cielo
Haced baxen al suelo
Los Placeres , y en torno la festejen,
Nada se vëa que dolor indique;
Por todo su recinto se publique
Que los Cuidados rápidos se alejen;
Que en tan precioso nido
Con el Turpian el gusto ha renacido.

Á VENUS.

Oh Venus , Madre del placer sabroso,
Que en torno giras con lascivo vuelo
De los pechos del dulce amor tocados,
Esparciendo tu nectar oloroso,
Á Pafos dexa , y del impíreo Cielo
Los salones dorados;
Ven , ven á dar alivio á mis cuidados:
Ven , Deydad cariñosa , y en tu seno,
Morada de los gustos,
Permite busque paz ; quien se ve lleno

De males tan adustos,
Que si esperanza en tu favor no hubiera,
Ha tiempo que en el mundo no exîstiera.
  Tú, que conoces del amor la llama,
Que el pecho agita, el ánimo enardece,
Y tras sí lleva quanto encuentra al paso
Á modo de torrente, pues quien ama
Todo peligro corto le parece,
Y miras que me abraso,
¿Porqué de mi tormento no haces caso?
¡Quien en tí imaginara tal dureza!
¡Quien que Venus amable
Dexara perecer en la tristeza
Á un hombre miserable,
Que ornó siempre con mano cuidadosa
Su delicioso altar de mirto, y rosa!
  Vuelve tus ojos con benigno agrado
Á quien tus leyes con ardor abraza;
Su hermosa luz, su brillo refulgente
Echen del corazon enamorado
El monstruo, que su fibra despedaza,
Y, huyendo prestamente,
Dexe que un triste en su pesar aliente.
Salga ya de una vez del pecho mio
Esta Desconfianza,
Que ha conseguido en él tal poderío,

Que la dulce Esperanza
No se atreve á llegar á sus umbrales,
Temiendo en vez de bienes causar males.
No, Madre, me repliques; ni con ceño
Apartes mis ofrendas amorosas:
Confiésote que Lesbia ha merecido
Que tú la adores con ardiente empeño;
Que tu mano mil gracias deliciosas
En su rostro ha esparcido;
Y tu Hijo posa allí como en su nido:
Confieso que adorarla es adorarte;
Que te hallas complacida
Viendo á los Hijos del horrendo Marte
Doblar la frente erguida
Ante sus dulces plantas, pues te agrada
Toda ofrenda en sus aras dedicada.
Pero ¿porqué te olvidas, Madre mía,
De las santas promesas, que me hiciste?
¿Porqué permites, que en tu Lesbia vëa
Entre nubes cubierta la alegría;
El gozo á veces con semblante triste;
Y, ofuscada mi idëa,
No sepa que esperar, ó lo que crëa?
¿Porqué no pones en su pecho hermoso
Esa amable franqueza,
Con que el tuyo ha salido victorioso,

Mas que con la belleza;
Pues quien une á lo franco la dulzura
Hasta los imposibles se asegura?
¿Porqué no arrancas el crüel recelo,
Que su pecho devora, y que deshace
Del amor las profundas impresiones?
¿Porqué no rompes el espeso velo,
Que mi pasion la oculta, ofusca, y hace
Que mis tiernas acciones
Las tenga por engaños, y ficciones?
¿Porqué, dulce Deydad, no la aseguras
Que es mi pecho sensible,
Mi amor ardiente, mis finezas puras?
Hazlo, Diosa apacible;
Así te vëa de placer cercada
En brazos de otro Adoni abandonada.

Á LESBIA ENOJADA.

La fiebre quando estaba
En mis huesos metida,
Llamando con ardor la Parca fiera;
Quando en torno miraba
Mi familia afiigida,
Y al marchitarse yá mi primavera;
No tan terrible me era,

Ni á mi pecho tan dura,
Como ver enfadada mi Luz pura.
El fuego estrepitoso,
Que consumió las naves
Contra el enhiesto Calpe dirigidas;
Ni el ruido belicoso,
Ni los lamentos graves,
Ni el humo de maderas encendidas,
Ni el ver perder mil vidas
Me causaron tal pena,
Como mirar mi Lumbre de ira llena.
Las francesas banderas,
Al ayre desplegadas,
Tronando la furiosa artillería;
Ni las balas ligeras,
Ni puntas aceradas,
Ni ataques, ni escaladas á porfía
Me dieron la agonía,
Que experimento ahora,
Viendo enfadada mi graciosa Aurora.
La espantosa caída
De los montes de nieve,
Que el viento arranca del Pirene adusto,
Quando como aterrida
Su falda se conmueve,
Y retiembla el peñasco mas robusto,

No me dió tanto susto
Como ¡ay triste! me ha dado
El hallar á mi Bien tan irritado
Depon tu justo ceño,
Oh Lesbia de mis ojos,
Y no emplëes tu saña en un rendido:
Pues detesto el empeño,
Que causó tus enojos,
Y á tus plantas me pongo ya abatido:
Sëame concedido
Con dulce agrado verte;
Sino mas grata me será la muerte.

EN ALABANZA DE LESBIA.

Levanta blanca Aurora
La purpurada frente,
Y esparce por el mundo tu rocío;
Abra su pensil Flora;
Ría la fresca fuente;
Llénese de armonía el bosque umbrío;
Ya sacudido el frío,
Y la tiniebla oscura,
Se muestre claro el dia;
Pues la dulce Luz mia
Sale al campo ostentando su hermosura;

Y al mirarla parece,
Que hasta mostrar su rostro no amanece.
Roxo Sol, coronado
De rayos rutilantes,
Asoma por las puertas del Oriente;
Dexa el Indo abrasado,
Y las tierras distantes,
Y tu luz nos esparce prestamente;
Otra mas esplendente
Te espera en este suelo:
Tú te verás vencido,
Si su rostro florido
Muestra sus gracias á la tierra, y Cielo.
Ven, Sol; que es cosa dura
Que retenga tal bien la noche oscura.
Luna pálida, y fria,
Que por el firmamento
Giras entre el silencio, y la tristeza,
Quando se acerca el dia
Debes dexar tu asiento,
Para que ostente al Orbe su belleza:
Si tú desde tu alteza
Vieras este lucero,
Á Endimion no adoraras,
De otra luz te adornaras
Mas viva, y de esplendor mas duradero;

Nunca ya anocheciera,
Que el Sol contigo el día dividiera.
   Tú, Betis caudaloso,
Que del monte Segura
Baxas para aumentar al mar sus ondas,
No corras presuroso;
Ni en tu corriente pura
La olivífera frente adusto escondas,
No es justo correspondas
Con disgustado ceño
Al Cielo, que te ha dado
Para ser celebrado
El mas digno, mas raro, y dulce dueño;
Eleva tu cabeza;
Mira, y admira absorto su belleza.
   Ninfas, que estais triscando
En su profundo seno,
Cortad las aguas, y salid afuera,
Que otra ninfa esperando
Está en el prado ameno,
Dando honor á la bética ribera;
Cada qual placentera
Orne su blanca frente
De rubicundas rosas,
De perlas primorosas,
De ambar süave, y oro refulgente,

Como á Reyna, y Señora
De quanto la mar baña, y el Sol dora.
Y tú, Lesbia, ornamento
De Hesperia, y lumbre mía,
En cuyo fuego el corazon consumo,
Oye mi tenue acento,
Que elevarse querría
Para ensalzar tu nombre hasta lo sumo;
Pero yo no presumo
La carroza febëa
Regir con pecho osado,
Temiendo que abrasado
Del rayo ardiente qual Faeton me vëa:
Solo mostrarte quiero
Quan sencillo es mi amor, quan verdadero.
Otros cisnes canoros,
Que cortan la corriente
De este fertil, ondoso, y claro río,
En tonos mas sonoros
Lleven de gente en gente
Tu nombre, pues de llevarlo desconfío;
Que del humilde mío
El impulso es tan leve
Qual de Céfiro, quando,
Las alas agitando,
Apenas la hoja de las flores mueve:

Mas si es grato á tu oído,
Diré que Apolo el puesto me ha cedido.

DICHAS SOÑADAS.

En la margen florida
Del sacro Rey de ríos Betis claro
Me encontré con un bosque delicioso;
La rama entretegida
De los rayos del Sol era reparo,
Y lo hacía tan fresco como umbroso;
Convídome al reposo
Su augusta soledad, su dulce calma,
Que de placeres inundando el alma,
Parece que en silencio me decía,
Que en su ámbito hallaría
Lo que con vivas ansias deseäba;
Y en la yerba mi cuerpo reclinaba:
Quando del centro espeso
Vëo venir á Venus, rodëada
De infinitos Cupidos retozones;
Qual con vuelo travieso
Su crencha agita al viento encomendada;
Qual va tirando en derredor arpones;
Qual prepara prisiones
De lirio, rosa, y arrayàn florido;

Qual corre persiguiendo divertido
Las siempre revolantes mariposas;
Y qual con oficiosas
Manos el carro de coral marino
Dirige por el ayre cristalino.
Al arrullo lascivo
De las blancas palomas; que conducen
Á la Madre inmortal de la hermosura,
En mi pecho percibo
Mil ansias, que sus ecos me producen,
Llenando mis sentidos de amargura.
Entonces, con dulzura
Asiendome la mano Citeréa,
Con osculos süaves me recréa;
Y me afirma que viene solamente
Para que experimente
Hasta donde su amor llega conmigo;
Y ven, me dice ven; callo, y la sigo.
Penetro la espesura;
Y un nuevo encanto ofréceme el sentido
En una hermosa gruta, fabricada
Con tan extraña hechura,
Que no la iguala aquella, donde Dido
Vió su fé conyugal rota, y manchada;
Ni la tan celebrada
De la Diosa Calipso, pues excede

Á quanto el labio humano decir puede.
Yerbas, flores, maderas olorosas,
Y todas quantas cosas
Tiene Natura de mas precio estaban
En la gruta, y sin orden se mezclaban.
De esto mismo nacía
Una cierta belleza inimitable,
Que la vista, y agrado varïaba;
El Sol no se atrevía
Á introducir sus luces, ni era dable,
Que una süave obscuridad reynaba.
Atento lo miraba;
Quando advierto salir del hondo de ella
Mi dulce lumbre, mi radiante estrella,
Dando á las flores, y á las plantas vida.
No tan bien recibida
Es la Aurora tras noche tenebrosa,
Como de mí lo fué mi Lesbia hermosa.
Con los brazos la hubiera
Mostrado mi placer; pero mi anhelo
Contuve por respeto de la Diosa:
Al fin de esta manera
Mi afan la dixe, libre de recelo:
Marmol de Paros, purpurada rosa,
Esencia deliciosa,
Aljofar nacarado, rubí ardiente,

Cercos preciosos de ébano luciente,
Rayos vibrantes, gracia seductora,
Mi vida, mi Señora,
Solamente se llena mi deseö
Quando á mi lado, y con amor os vëo.
La vista vergonzosa
Alzó, miróme; mas la voz turbada
No la dexó expresar su sentimiento:
Conociólo la Diosa;
Y á la gruta llevónos preparada
Para acabar allí nuestro tormento.
Al punto por el viento
Los Cupidos cruzaron revolando,
Hácia la estancia del placer guíando:
Abrieronse de par en par las puertas
De flores mil cubiertas,
Y, en su recinto penetrando ufano,
Conduxe á Lesbia asida de la mano.
Las Gracias desceñidas,
Y de obscuras vïolas coronadas,
Estaban afanosas trabajando;
Con almohadas mullidas,
Finos encaxes, telas delicadas
Un tálamo nupcial aderezando;
Y qual rocío blando
Encima derramaban con asëo

El sudor de Pancaya, y el Sabëo,
Y del Hibla las flores olorosas.
Quedaron silenciosas,
Esperando los dulces desposados;
Y de su afan nosotros admirados.
Quando acercarse vëo
Con pié ligero un joven agraciado,
Qual nunca presentóseme á la mente,
El alado Himenëo,
Con el rubio cabello destrenzado,
Y en la mano una antorcha reluciente
Ardiendo dulcemente;
Y quando en derredor la sacudía
Tal fragrancia en la gruta se esparcía,
Que el sentido en amor se embriagaba.
Lesbia lo contemplaba
Con alma absorta, pecho palpitante,
Y cubierto de rosas su semblante.
El mancebo gracioso
Las manos nos unió. Basta, nos dixo;
Respiren vuestros tiernos corazones;
Porque un fin delicioso
Con mis coyundas al afan prefixo,
Que os causan las amantes sensaciones.
Echad los eslabones,
Cupidos, y cerrad las recias puertas;

No para el vulgo vil queden abiertas,
Que vé mis santos ritos con sonrisa;
Y caminad aprisa
Á detener á Febo, que no es justo
Nos venga á interrumpir su ceño adusto.
    Salieron los Cupidos;
Y, revolviendo el exe poderoso,
Las puertas al cerrarse resonaron.
Mis miembros, sacudidos
Con el golpe, perdieron el reposo,
Y mis cansados ojos despertaron;
El lecho rodëaron,
Y ya nada encontré de quanto había.
Así suele mi ardiente fantasía
Presentarme los gustos con empeño;
Y qual ligero sueño
Huirse de mi vista acelerados.
¡Ay gustos para mí siempre soñados!

EL FESTIN DE ALEXANDRO,

Ó EL PODER DE LA MÚSICA.

Traduccion libre de la Oda que al mismo asunto compuso en ingles Mr. Dryden.

En el festin rëal á la conquista
De Persia por el Hijo esclarecido
Del macedon Filipo, colocado
En su solio imperial, y trono erguido
El héroe estaba con risueña vista,
De orgullo, pompa, y magestad cercado;
En torno rodëado
De sus magnates ínclitos guerreros,
Orlando rosas, y arrayan sus frentes,
Premio bien merecido á los valientes,
Que esgrimieron constantes sus aceros
En los ataques fieros.
La amable Tháis ocupó el asiento
Inmediato al Monarca como esposa
Rozagante oriental, pues relucía
Qual Sol brillante en la mitad del dia,
Ó flor temprana en la estacion graciosa,

Y la recibe el vencedor contento;
Que solo, solamente al belicoso
Gozar es dado de un objeto hermoso.

Timotëo, descollando
Sobre el armonioso coro,
Y tomando el plectro de oro,
La lira empieza á tañer;
Vá los puntos afinando,
Sube el tono al firmamento,
Inspirando con su acento
Un dulcísimo placer.

Empieza el canto por el gran Tonante,
Que el alcazar supremo abandonando,
Donde exerce su imperio eternamente,
En pós camina de un sonriso blando.
¡Tal es la fuerza del amor, que amante
Se olvida Jove de su ser potente,
Y su forma desmiente!
Pues en dragon brillante convertido
Baxa volando de la sacra esfera;
Y de la hermosa Olimpia se apodera
Qual fiero gavilan de implume nido;
Y en el ayre subido,
De orbe en orbe se eleva, se sublima,

Taladrando qual rayo el firmamento;
Y en el último Cielo se reposa:
Allí la estrecha como á tierna esposa
Con gozo celestial, dulce contento,
Hasta que logra con vigor se imprima
Su imagen en su seno; y que fecundo
En si alimente al vencedor del mundo.

El concurso absorto admira
Lo sublime del sonido;
Y con trasportado oído
Está el Rey sin respirar;
Los techos mira, y remira;
Y, la frente sacudiendo,
Dios se crëe, que está haciendo
Los firmes Cielos tembiar.

Entonces con mas dulce melodía
De Baco canta el músico la gloria,
De Baco siempre joven, siempre hermoso.
El Dios vá celebrando su victoria
En medio de una alegre compañía,
Que vencedor lo aclama, y poderoso;
Resuena el horroroso
Eco del parche, y el feroz sonido
De la bélica trompa rompe el viento;

Marcha, marcha jovial, marcha contento;
Y con rostro qual púrpura encendido,
Pero siempre florido,
Á sus huestes ordena eterno gozo;
El turbio grano del racimo exprime,
Y en anchas tazas su licor presenta;
La turba bebe con ardor contenta,
Con este nectar el pesar oprime,
Y en sus ojos resalta el alborozo:
Bien dulce, placer grato, alegre gusto
Es al héroe beber pasado el susto.

Con el son lisongëado,
El Monarca se envanece;
Y presente le parece
De la guerra el fiero horror:
Y tres veces denodado
Á todos á tierra abate;
Y tres veces el combate
Lo renueva con furor.

El sonoro Maestro vé pintada
En sus rodantes ojos la locura,
Y encendida su faz qual brasa ardiente;
Muda la mano, y contener procura
Su arrogancia feroz desenfrenada,

Que á la tierra, y los Cielos hace frente;
Su musa ya doliente
Con tristes tonos, con acento blando
Piedad infunde en su ardoroso seno.
Canta á Darío poderoso, y bueno
Del alto trono súbito rodando,
Cayendo, revolcando
Sus miembros en la sangre que ha vertido;
En su mayor conflicto abandonado
De aquellos que sus gracias obtuvieron;
Todos qual humo de su vista huyeron;
Y desnudo en la arena lo han dexado;
Al fin espira pobre, desvalido,
Sin un amigo que sus ojos cierre,
Ni quien baxo la tierra el cuerpo encierre.

El vencedor, abatida
La vista, y el pensamiento,
Considera que en su asiento
En el mundo nada está;
En el pecho triste anida
Con violencia la congoja;
Ya un ay, y otro al ayre arroja;
Lágrimas derrama yá.

Se sonríe el Maestro poderoso

Al mirar al amor tan inmediato;
Y que para excitarle ya no resta
Sino un sonido semejante, y grato,
Pues la Piedad al pecho mas furioso
Halaga, ablanda, y para amar lo apresta;
Mueve su mano diestra;
Y el ánimo exâltado dulcemente
Con las medidas lidias acaricia;
Infunde en su interior blanda delicia;
Y le despeja la arrugada frente,
Cantando así eloqüente:
La guerra es solo horror, rabia, agonía;
Y el honor vana pompa, y humo denso;
Siempre emprendiendo, nunca terminando,
Lidiando siempre, siempre aniquilando.
Si es el ganar un mundo bien inmenso,
Es bien inmenso darse á la alegría:
Mira á tu Tháis, mírala á tu lado;
Goza esta dicha, el Cielo te la ha dado.

No puede ocultar su pena;
Su vista fixa en la hermosa;
Gime, mira, y no reposa;
Mira, y gime con ardor:
El vino al fin lo enagena;
El amor lo determina;

Y en su pecho se reclina
El vencido vencedor.

Hiere la lira cada vez mas fuerte,
El sueño con su impulso deshaciendo;
Como tronante horrísono estampido
Suena en su corazon el rudo estruendo;
Creyendo despertar para la muerte,
Gira en torno los ojos aturdido;
Timotëo encendido
Grita : Venganza , sí , venganza ; mira,
Mira las Furias sierpes agitando,
Con cuello erguido , con furor silvando;
Su vista rutilante, y qual respira
El pecho un volcan de ira;
Con antorchas en una , y otra mano:
Almas de Griegos son , que en el combate
Murieron , y quedaron insepultos,
Y sujetos á bárbaros insultos.—
Venga tus huestes , al contrario abate.—
Qual sacuden , observa , el fuego insano;
Qual las persas moradas te señalan;
Y los templos que en mole al Cielo igualan.

Todos con gozo ferino
Aplauden ; el Rey se altera;

De una antorcha se apodera
Se quiere al punto vengar.
Tháis le enseña el camino,
Su patria á muerte condena,
Y emprende segunda Helena
Segunda Troya abrasar.

ODAS.

VENUS JUNTO Á AMIRA DORMIDA.

Quando de Amira se apodera el sueño,
Detiene Febo sus ardientes rayos;
Y los encubre con espesas nubes
Muy presuroso;
El ave calla con silencio sumo;
El río para su corriente rauda;
Y hasta los ayres orëar no quieren
Las verdes hojas;
El fresco prado, derramando aromas,
Y flores tiernas de colores varios,
Que forman visos, y labores raras,
Mudo parece;
Los corderillos en la grama echados,
Junto á sus Madres con las frentes bãxas,
Apenas quieren menëarse un punto
Por no estorvarla.
La Diosa Venus, olvidando á Pafos,
Á sus vergeles, y famosos templos,
En pós de aquella, que la adora tanto,
Veloz camina.

Mil Cupidillos de graciosas caras,
Tirando flechas por el ayre vago,
Con saltos, juegos, y donosas danzas
Cércanla alegres.
Ella vá en medio qual ciprés erguido,
Que al Cielo eleva su crecida copa
Sobre las salvias, los delgados mimbres
Y las retamas.
No con vestidos de la grana tiria,
No con las perlas que el Oriente cría,
No con el oro de la Nueva-España
Se acerca Venus.
Antes se acerca de la suerte quando
Baxó corriendo presurosa, y triste,
Porque á su Adonis con sangrienta saña
Se lo mataban.
Y, desplegando sus celestes gracias,
Con dulce riso, con que al mundo alegra,
Sentada al lado de mi dulce Amira,
Guarda su sueño.
Y á sus Hijuelos, que la están mirando
Casi abobados de mirar su extremo,
Y del cuidado que en la ninfa pone,
Así les dice:
Miradla atentos, Cupidillos míos,
Que vuestras flechas para herir no sirven,

Despues que el Cielo demostró á la tierra
Esta belleza.
Ella es la sola que á los hombres rinde;
Pues ella sola sin mentido adorno,
Sin artificio ni cautelas falsas
Rindió á Feniso.
Rindió á Feniso, que con frente erguida
Menospreciaba mi poder supremo:
Y este servicio con amor tan grande
Me hace quererla.

EL CORDERO PERDIDO.

Decid, pastores, respondedme pronto;
Así los Cielos abundantes crías,
Selvas umbrías, y delgadas aguas
Os den en pago.
¿Visteis acaso por el verde prado,
Ó entre las matas escondido, ó muerto
(Que ando por cierto detrás de él cansado)
Mi corderillo?
Yo le críaba con cuidado sumo,
Con yerbas tiernas, y con pan sabroso
Para que hermoso, regalado, y grueso
Se mantuviera.
Porque pensaba por ofrenda darlo

En aquel día, que nació mi Amira;
La que suspira por tenerle, y quiero
No disgustarla.
Ella ya tiene prevenidas cintas
Finas, hermosas, y de mil colores;
Y con primores por sus dedos hechos
Graciosos lazos.
Porque en los lomos, en la frente, y cola
Piensa ponerlos por adorno, y gala,
Á ver si iguala su belleza suma
Otro ninguno.
Pensais acaso, què mintiendo vengo,
Tratando engaños; no por cierto, amigos,
Pues por testigos, que me abonen, traygo
Estas sus señas.
Tiene su lana qual la pura leche,
Que sale hirviendo de la hinchada teta,
Quando la aprieta el zagalejo, y câe
Dentro del cuenco.
El cuerpo es chico, bien formado, y limpio;
Frente redonda con los ojos vivos;
Y tan activos que parece arrojan
Ardientes chispas.
Las manos cortas, estendida cola;
Y un lunar negro, que parece estrella,
Su boca sella, y en su frente hermosa

Otro lo mismo.

Y es tan mansito, que agarrar se dexa
De todo el mundo, que le halaga, y toca
El cuerpo, y boca, sin moverse en tanto
Que le acarician.
Y si es acaso que le habeis vosotros,
Soltadle al punto; que vendrá corriendo,
En conociendo que con voz amante
Su amo le llama.

Á DON FRANCISCO XAVIER VENEGAS DE SAAVEDRA.

Venegas ¿de que sirve con afanes
Seguir á Marte fiero;
Ver ondëar al céfiro ligero
Del monarca español los tafetanes;
Relumbrar los fusiles;
Y arder los campëones como Aquiles?
¿La juventud, que el Cielo siempre justo
Adornó de mil dones,
Ha de ser desgastada entre legiones;
Y mirando al Furor con rostro adusto
Quando se ensoberbece;
Y á sus gritos la tierra se estremece?
¿El rumor del combate denodado,

El cañon horroroso,
El bridon de la Bética fogoso,
Que relincha, la rabia del soldadó,
Y las duras espadas
Han de ocupar su mente, y sus miradas?
¿Por un aplauso vano, ó por la fama,
Cosas todas de viento,
Hemos de abandonar aquel contento,
Y aquellos dulces gustos, que derrama
Sobre nuestras cabezas
La Diosa tutelar de las bellezas?
No, Venegas: mi Amira, y tu Belisa
Con semblante halagüeño
Nos convidan á hüir tan fiero ceño,
Y á buscar con ardor su dulce risa;
Que en sus labios hermosos
Hallaremos combates mas graciosos.

Á CUPIDO.

Si es tu patria, Cupido,
El Olimpo; si es Júpiter tu Padre;
Si es Citeres tu Madre;
Si eres Dios, y de Dioses asistido,
El delicado nectar, y ambrosía
Son tu bebida, y pasto cada día:

¿Porqué siempre en el suelo
Habitas con nosotros, olvidado
De quien el ser te ha dado,
De tu alto Padre, y del supremo Cielo?
¿Pòrqué con nuestras lágrimas y muerte
Se mitiga tu sed, y tu hambre fuerte?
Crüél, yo considero
Que el Averno es tu patria verdadera;
Que tu Madre es Meguera;
Tu Padre el Orco; y que el volcan mas fiero
De continuo te sirve de alimento,
Pues tú nunca nos das mas que tormento.

Á UN PAXARILLO.

¿De donde vienes, paxarillo mío,
Juntas las alas, y latiendo el pecho?
¿Te abrasa fuego? ¿Te lastima frío?
Di ¿que te han hecho?
¿Tu nido acaso destrozado, y yermo,
Huyes temblando del alcon furioso?
¿Estás herido, maltratado, enfermo,
Ó receloso?
¿Baxas los ojos, y al hermoso Cielo
Los subes luego con gemidos roncos?
¿Vas revolando por el seco suelo,

Y rotos troncos?
¿Paras, y vuelves con presteza suma
Á dar al viento las tendidas alas?
¿Tu pecho rompes, y nevada pluma,
Y llanto exhalas?
¿Que tienes? Dilo; que me aflige el verte.—
Ardo de amores.— ¡Pobre paxarillo!
Ni á tí te libra del amor la suerte
Por ser sencillo.

Á UN AMIGO DESGRACIADO.

No siempre aterra al tímido ganado
El trueno resonante;
Ni divide los ayres inflamado
El rayo del Tonante;
Ni el Invierno con lluvias continuadas
Las tiernas flores dexa marchitadas.
Que despues de pasada la tormenta
Serenanse los Cielos;
Su dulce amenidad nos representa
Soberanos consuelos;
En pós viene la dulce Primavera;
Y reflorece el monte, y la pradera.
De la Fortuna te hallas perseguido
Con mano despiadada;

Y aunque infortunios siempre te han seguido,
Ellos harán parada:
Tiempo vendrá en que el gusto les succeda,
Porque es voluble el exe de su rueda.
    Como al mostrarse la rosada Aurora
Se descubre al Oriente
Su hermosura, que todo lo colora
De una luz esplendente,
Huyendo de sus rayos celestiales
La sombra, que amedrenta á los mortales:
    Así de léjos desterrar yo vëo
El contento á tus penas;
Y, Amalthëa, cumpliendo con su empléo,
Estár á manos llenas
Sobre tí con semblante, y gesto blando
Su rica cornucopia derramando.
    Alza al punto, Miguel, la triste frente,
Que tienes inclinada
Sobre tu pecho mísero doliente;
Y vé la deseäda
Dicha, que te prepara el justo Cielo;
Y qual huye el Pesar con raudo vuelo.

Á DON JUAN ANTONIO CABALLERO.

Corilo amado, quando con dulzura
Celebras á Filena,
Ó mitigar intentas la amargura
De mi terrible pena;
    Refrena el fiero mar su movimiento;
El río su corriente;
Su crecido furor el ronco viento;
Y sus aguas la fuente;
    El arbol á tu música se inclina;
La flor se eleva, y crece;
Calla el gilguero, el ruiseñor no trina,
Y el pardillo enmudece;
    Abandona la yerba el corderillo,
La cabra la retama;
Las abejas no liban el tomillo;
Y el becerro no brama;
    Dexan á sus zagalas los pastores,
Sus cantares no entonan,
Que al escucharte todos sus amores,
Y gustos abandonan.
    Salen las ninfas de su estancia fría;
Y, en el prado triscando,
Con gran destreza danzan á porfía,

Tu primor celebrando;
Apolo del Parnaso presuroso
Baxa al oïr tu acento,
Y las Musas le cercan con gracioso
Ademan, y contento;
Una templa su lira; la otra entona
Tus hermosas canciones;
Otra alaba tu ingenio, y tu persona;
Otra imita tus sones.
Otra corta laureles, y oficiosa
Sobre su rica falda
Los texe con jazmin, con mirto, y rosa,
Y forma una guirnalda;
La toma el Dios; las virgenes convoca;
Y, haciéndolas patente
Lo dulce de tus versos, la coloca
Sobre tu joven frente.
Y la Fama con trompa resonante
Por el ligero viento
Publica á todo el orbe en el instante
Tu singular talento.
Prosigue sin cesar, amigo mío,
Tu canto concertado,
Pues del que en Pindo tiene señorío
Estás ya coronado.

Á DON FERNANDO CAGIGAL.

Quando la lira del crinado Apolo
En el Olimpo sacro resonaba
En alabanza de la gran victoria
De Dodonëo;
Quando sus cuerdas, con primor pulsadas,
De la Tritonia Palas, y Mavorte
La armada diestra, y el impulso fuerte
Engrandecían;
Quando de verde lauro coronadas
Sus blancas sienes, y cabellos de oro,
Con ecos dulces, y armoniosos trinos
Su voz sonaba;
Su arrebatado curso paró el Cielo;
El mar instable refrenó su furia;
Los raudos vientos fueron halagados
Con su cadencia.
Sísifo libre del peñasco vióse,
Que de los hombros le rodó al instante;
Estremecióse con el golpe horrendo
El Aqueronte.
Detuvo el buytre su encorvado pico
Dexó de Ticio las entrañas duras;
Tocó las aguas Tántalo; paróse
De Ixion la rueda.

El can trifauce suspendió el ladrido;
Y las culebras, que á las tres hermanas
De crencha sirven, y de adorno infausto,
Se adormecieron.
El gran Senado de los altos Dioses
Oye gustoso su apacible acento;
Y le rodëan con silencio sumo
Las Diosas bellas.
Allí está Venus con Cupido al lado,
Allí Minerva, de armas revestida,
Allí está Juno con rëal corona,
Allí están todas.
Tambien los Dioses, que en los claros ríos,
En las floridas, y enramadas selvas,
Ó en las montañas su palacio tienen,
Oyen atentos.
Y quando todos con murmurio dulce
Están batiendo las divinas palmas
Por el contento, que les causa el canto
Del rubio Cynthio;
El Dios del Duero, que lo escucha todo,
Del rico asiento con viveza salta;
Y al punto en medio de la junta excelsa
En pié se pone.
Del cuello aparta su húmedo cabello,
Entretegido de espadañas, y ovas;

Y aquel rocío, que continuo mana,
El suelo riega.
Muestra la barba, venerable en canas;
Con ojos vivos lo rodëa todo;
Atencion pide con la mano, y boca
Una, y mil veces.
Y como el trueno, que en cavernas hondas
Va resonando con furioso estruendo,
Su voz empieza; y al momento todo
Suspenso queda.
Hijo glorioso de la gran Latona,
Con tu canora música admirable
Al Cielo, y tierra, y al Averno obscuro
Has suspendido.
Y, despojado de su ceño Marte,
La lanza arrima, con que activo supo
Rasgar el pecho vedijudo, y fuerte
De Oromedonte.
El que llenaba de pavor, y espanto
Á los gigantes, se apacigua ahora
Á tus acentos con mayor presteza
Que á los de Venus.
Mas aunque sëan tus divinos cantos
Un iman dulce de los corazones;
Y aunque merezcan retenerse siempre
En la memoria:

Vendrá algun día que no sëan tales,
Si los comparas con los de aquel joven,
Que en las orillas de mi manso río
Irá cantando.
Aquel Fernando Cagigal guerrero,
Honor de España, de Vizcaya lustre,
Del Pindo asombro, cuya voz cadente
Te dará envidia.
Yo vëo, Apolo, que las duras fieras
Lamen sus manos, y sus plantas besan;
Vëo inclinarse de árboles erguidos
Las altas copas.
Vëo á la Cypria, que al oirle salta
Del carro de oro, que los cisnes dexa;
Y con abrazos amorosos ciñe
Su blanco cuello.
Vëo á las ninfas que le arrojan flores
Á manos llenas; y á las Musas vëo
Que le coronan; y de tu cabeza
El lauro arrancan.
Vëo á la Fama preparar su trompa;
Vëo á los vientos extender sus alas,
Y encima de ellas por el mar, y tierra
Llevar su nombre.
Haced, ó Cielos, que se acerque, y venga
Ese felice desëado tiempo;

Haced los años caminar veloces;
Hacedlo, oh Cielos.
Óyelo Jove, su razon afirma;
Retiembla el techo del celeste alcázar;
Y Pythio lleno de rubor, y espanto
Su faz oculta.

Á BELISA.

Belisa ¡ quan hermoso
Es ver de rubias mieses coronado
Un terreno espacioso,
De arbustos rodëado,
Y flores olorosas esmaltado!
¡ Quan dulce el arroyuelo,
Que con curso apacible retorcido
Riega el ameno suelo;
Y, halagando el oído,
Convida al sueño con su lento ruido!
¡ Quan gracioso parece
El paxaro en el árbol ir saltando;
Que én la rama se mece;
Y que está requebrando
Á su amada canciones entonando!
¡ Quan grato es ver hinchadas
Las velas de un comboy muy numeroso;

Y que las aceradas
Pröas al mar furioso
Dividen con un surco prodigioso!
Pero mas lisongero
Que el campo, que el arroyo, mas que el ave,
Mas que el comboy ligero,
Y á mi alma mas süave,
Es gozar de tu pecho, que amar sabe.
Y en tus brazos preciosos
Hallar todos los gustos rëunidos,
Esos gustos sabrosos,
Y tan apetecidos,
Que adormecen al punto los sentidos.

Á DRUSILA POETISA.

¿Que mortal con acento delicado
Y bien templada lira
Tan dulcemente su pasion suspira,
Que penetra su voz el estrellado,
Y hace que se suspenda
Toda esta compañía, y que la atienda?
¿Dioses, porque dexais las anchas copas,
Y así el nectar vertido?
¿Quien de la excelsa silla os ha movido?
¿Porqué, agitadas las lucientes ropas,

Correis á los balcones,
De donde se ven todas las naciones?
¿Que oís? Decid ¿Que délfica armonía
Encanta vuestro oído?
¿Que verso singular desconocido
Se entona allá en la tierra en este día
Para que arrebatados
Os dexeis los manjares comenzados?
La cítara de Anfion, y la de Orfëo,
Pulsadas con destreza,
Amansaron del ponto la fiereza,
Y la mansion horrible, donde el rëo
Gime en dura cadena,
Y sufre por su crimen justa pena.
Pero nunca pudieron los acentos
De míseros mortales
Agitar las techumbres celestiales;
Ni causar tan activos movimientos
En la region dichosa,
Donde nunca hay pesar, la Paz reposa.
Ni Homero con su trompa resonante,
Ni Píndaro elevado,
Ni Virgilio con canto arrebatado,
Ni Horacio grave, ni Nason amante
Lograron tal ventura.
¿Pues quien es tan felice críatura?

Así Júpiter habla : se levanta
De la celeste mesa
Mas ¡ que extraña mocion ! ¡ Y que sorpresa
Tan grande ! ¿ Que , Deydades , os espanta ?
¿ De que ese asombro nuevo ?
¿ Quien os inquieta ? ¿ Que os presenta Febo ?
El rubio Febo en las etéreas salas,
De resplandor cercado,
Entra , y Drusila la acompaña al lado,
Que en vez de ricas , y pomposas galas
Su lira lleva solo,
Á la que envidia tiene el mismo Apolo.
Entre los inmortales eminentes
Toma seguro asiento;
Y , estando á sus razones todo atento,
Empieza : Dioses , ved aquí patentes
Las gracias , que han tenido
Á todo el sacro alcázar suspendido.
Esta joven , que el Darro en su ribera
Arrulló cariñoso,
Que el claro Manzanares vió gozoso
Crecer en hermosura , en la pradera,
Que baña el Nise estaba,
Y su cantar en torno resonaba.
Al escuchar su acento sobre humano
Del Parnaso desciendo;

Y, el blanco cuello con amor ciñendo,
Ciñò sus sienes por mi propia mano
De laurel escogido,
Con oloroso mirto entretegido.
Las Musas, que lo vieron, se llenaron
De admiracion, y zelos:
Pero, mirando atentas mis desvelos,
Su merito, y mi afan luego ensalzaron
Con mil tonos diversos,
Acompañando sus graciosos versos.
Con ellas vino Anacrëonte anciano,
Que tierno la abrazaba;
Y con trémulos dedos la alargaba
Ya el vaso, ya la lira cortesano:
Ella el licor bebía,
Y con él en el canto competía.
Sobretodo si acaso de Feniso
Pintaba los amores;
Si expresaba del pecho los ardores;
Ó mostraba el afan con que le quiso:
Porqué ella solamente
Puede explicar de amor la llama ardiente.
Calla Febo; y Minerva al punto exclama:
Oh Drusila querida,
En quien la gracia, y el candor se anida,
Mi fino corazon te admira, y ama;

Porqué, de error exênta,
El trato de los sabios te contenta.
Poniendose en pié Marte de repente,
Grita: Ninguno puede
Quererte como yo, nadie me excede;
Porqué solo á mis Hijos dignamente
Aprecias; y solo ellos
Á tus pies rinden con placer los cuellos.
Mas Venus, imprimiendo los rosados
Labios en su alba frente,
Hija mia, la dice, no consiente
Mi amor que otros quieran obstinados
Llevar la preferencia,
Porque estimas las armas, y la ciencia.
¿Á quien, Drusila, debes ese fuego,
Qué lanzas por los ojos?
¿Por quien son tan continuos los despojos?
¿Por quien de tanto amante oyes el ruego?
¿Quien el pecho te inspira?
¿Y por quien pulsas con primor la lira?
Ese verso, á los juegos destinado,
Que tu voz dulce entona,
No te lo dió la fuente de Helicona;
Solamente mi afecto te lo ha dado,
Quando, de amor tocada,
Te hallaste de entusiasmo penetrada.

Quien entra por mi mano en el Parnaso
Consigue eterna vida;
No logra el Tiempo verla consumida,
Que Apolo la defiende en todo caso;
Porqué en el verdadero
Pöeta ha de vivir amor primero.
Aprueba su razon Cynthio al momento;
En las mesas sagradas
Las süaves víandas preparadas
Siguen gustando, llenos de contento;
Y brindan á la Musa,
La que ni el caliz, ni el manjar rehusa.
Y, probando aquel nectar soberano,
Se inflama su garganta;
Su dicha celestial en verso canta
Con recio soplo, estilo mas que humano;
Y devuelve su acento
La boveda inmortal del firmamento.
Prosigue, pues, Drusila, coronada
Del Dios que manda en Delo;
Alza cada vez mas tu presto vuelo
Para ser de los hombres admirada;
Y que tu patria tenga
En tí quien su saber, y honor mantenga.
Prosigue; que las Musas algun día,
De tu vóz penetradas,

Te llevarán con gusto a sus moradas;
Y como en todas logras primacía,
Serás de ellas cabeza;
Que hasta Febo te cede en la destreza.

ILUSIONES DE UN ENAMORADO.

Quando la Aurora con risueña cara
Abre las puertas del dorado Oriente;
Y prestamente de su luz se auyentan
Las densas sombras;
El prado, y monte su verdor demuestran;
Crían mil visos las pintadas flores;
Dán mil olores las fragrantes plantas
Al ayre puro:
La fuente ríe; los corderos saltan;
Braman los toros del amor instados;
Y en los copados árboles entonan
Las avecillas.
Todo lo miro, lo comparo todo
Á los placeres, que mi pecho siente,
Quando presente tu hermosura tengo
Dulce Drusila.
Y tan diversos de los míos se hallan
Los que en el campo derramó Natura,
Como en figura, y en gracejo el Alba

De tí difiere.
Mas quando llega con horrible rostro
La negra noche, que terror infunde,
Quando confunde con su obscuro manto
Al rico, y pobre;
Entonces viene tu adorada imagen,
Y ocupa toda mi atencion, pues vëo
Quanto el desëo, y el deleyte ofrecen
Al que es sensible.
Con tus palabras regaladas llenas
De un gozo puro mi constante pecho;
Y con estrecho, y amoroso lazo
Mi cuello ciñes.
¿Pues que fortuna con la mía iguala?
¿Ni que delicias se han de hallar mayores,
Si mis amores sin zozobra gozo
Mañana, y noche?
Mas ¡ay! que luego mi ilusion se borra;
Huyen los gustos, que gozar pensaba;
Todo se acaba; y al mirar mi engaño
En llanto rompo.

Á UNA INGRATA.

Con el duro martillo
Sus fraguas hace resonar Vulcano;
El Cíclope amarillo
Con la nerviosa mano
Ase el hierro, que labra el Dios ufano.
Crece el fuego, y arroja
Chispas al soplo del robusto herrero,
Rocíale, y qual roxa
Brasa pone el acero,
Que, templandole así, queda ligero.
Trabaja, porque quiere
Forjar al punto un rayo penetrante.
¡Infeliz del que fuere
La víctima! Al instante
Será en ceniza vuelto qual Mimante.
¿Acaso contra el Cielo
Ván montes sobre montes colocando
Los hombres con anhelo;
Y con furor infando
La titánia locura renovando?
No armar quiere su diestra
El supremo Tonante, que amoroso
Su rostro al orbe muestra:
Cupido es quien furioso

Pretende perturbar nuestro reposo.
Sus flechas ha desecho;
Y este rayo previene enardecido
Contra un ingrato pecho,
Que el lazo ha destrüido,
Que atado le tenía, y sometido.
¿Si contra tí su furia
Se dirige? ¿Si acaso querrá ahora
Vengarse de tu injuria?
Si: porque una traydora
Mueve de un Dios la mano vengadora.

RESPUESTA Á UN ELOGIO.

Oh tú, que pulsas con marfil agudo
La cítara sonante, y qual Orféo
Suspendes la corriente del Lethëo,
Y quanto arrebatar su dicha pudo,
Tal dulzura en tí vëo;
¿Porque la gracia por Apolo dada,
Y á pocos de los hombres concedida,
La empleäas de esa suerte sin medida
En una críatura desmedrada,
De nadie conocida?

¿Que merece Feniso, un pastorcillo,
Que al campo dá su voz con blanda avena;
Que solo gustos, solo amor resuena;
Y es todo quanto dice tan sencillo,
Como su alma serena?
Ese tono grandioso, esos löores,
Con que al Cielo levantas tu armonía,
Asustan á la humilde Musa mía;
Que como solo trata de las flores,
Del lauro desconfía.
Vuelve, vuelve tu acento soberano
Á asuntos mas sublimes, y gloriosos;
Á los héroes celebra victoriosos,
Que aumentan el honor del suelo hispano
Con sus hechos famosos.
Panzacola rendida, la altanera
Mahon por los cimientos derribada,
La soberbia de Argel tan humillada,
Que de rodillas ya la paz espera,
Que antes fué despreciada;
La sangre generosa, que vertieron
Los íberos en ellas, su ardimiento;
Su fama que se eleva al firmamento;
Quanto sus corazones emprendieron
Con desusado aliento;
Es solo lo que debe ser cantado

Por tu voz sonorosa; porque Homero
Para Aquiles nació: solo al guerrero
Löar puede el pöeta consumado
Con tono duradero.
Mas si quieres que Apolo preste oído
Á tus métricos sones; canta, canta
Al joven que del suelo se levanta
Con un tono hasta ahora no aprendido,
Y á todos se adelanta.
Canta, pues, de Batilo, cuyos labios
Destilan miel, y leche, y cuya lira
Celebra hazañas, y de amor suspira;
Y á los hombres mas grandes, y mas sabios
Con sus versos admira.
¡Mas que mucho si Febo le concede
El asiento mas alto del Parnaso;
Anacrëcn le brinda con su vaso;
Tibulo con su flauta; y quanto puede
Le estrecha Garcilaso!
¿Pues que mortal tan necio, tan osado
Empleará su voz en quien no sëa
El sabrcso Batilo? No se crëa
Que no estás de su acento penetrado;
Y muda ya de idëa.
No alabes los humildes; tú instrumento
Con nombres generosos haz que suene;

Que solo á voz, que tanta gracia tiene,
Y á plectro manejado con tal tiento
Lo grande le conviene.

LA INCONSTANCIA.

Á UN AMIGO.

Baxa la nieve fría
Del alto monte en agua desatada;
El verde suelo cría
Flores; y embalsamada
Dexa la aura su esencia delicada.
El céfiro süave
Se mece entre las hojas blandamente;
Suelta su voz el ave;
Y la parlera fuente
Susurrando apresura su corriente.
La Madre Citerëa,
Cercada de las ninfas mas hermosas,
Danzando se recrëa;
Mas antes oficiosas
Orlan sus sienes de arrayan, y rosas.
Díana fatigada
De la caza, se mete en la espesura;
Y, despues de bañada
En una fuente pura,

Al ciervo vividor matar procura,
Así la Primavera
Viene , y así se acerca el seco Estío;
Y con planta ligera
Llega el Invierno frío,
Que tambien se nos huye con desvío.
Todo pasa ; firmeza
No se puede encontrar en cosa alguna:
Á Febo con presteza
Sigue la opaca Luna;
Y la adversa á la próspera fortuna.
Pero en esta inconstancia
Tiene Naturaleza colocada
Aquella consonancia,
Que al hombre tanto agrada,
Porque está de mil modos expresada.
Aquí un monte elevado;
Un hondo valle allí , y allí una vega;
Mas allá desatado
Un arroyo la riega;
La flor salpica , y con las guijas juega.
En otra parte un río
Con espantoso ruido se despeña;
En otra un bosque umbrío,
Ó una desnuda peña,
Que del fruto de Ceres se desdeña.

Adelante aparecen
Inmensos llanos , tierras arenosas,
En donde , quando crecen
Las olas espumosas,
Muchas leguas se meten presurosas:
Pero una dura roca
Detiene aquí el furor del mar ayrado.
¡Quan en vano la choca!
¡Qual gime alborotado!
¡Y quan inutil es todo su enfado!
Así Naturaleza,
Que ha fixado el deleyte lisongero
En la accion , y viveza,
Con incansable esmero
Diversificó sabia el orbe entero.
La mayor hermosura,
El sonido mas dulce , y armonioso,
La fragrancia mas pura,
El manjar mas sabroso,
Y el tacto mas süave , y delicioso,
Si siempre permanece
De una suerte , si en nada se varía;
La fibra se entorpece;
El deseo se enfría;
Y el objeto mejor fastidio cría.
Porque en el movimiento,

Y en un continuo remudar de idëa
Se halla aquel sentimiento,
Que gustos acarrëa
Mas que frutos el çuerno de Amalthëa.
    Pues no de otra manera
Sucede, Filemon, con la constancia
Del amor; persevera;
Prosigue con instancia;
Y vuélvete en lo firme otra Numancia.
    Verás que desplicencia
En tu interior percibes, si primero,
Falto de resistencia,
El mismo paradero
No buscas, que aquel pueblo noble, y fiero.
    Mas si continuamente
Truecas de objeto, mudas de terneza,
Será tu amor ardiente;
Tendrá delicadeza;
Y no cäerá nunca en la tibieza.
    Corre en pós de la activa;
No dexes la de lánguido semblante;
Préndate de la esquiva;
Adora á la arrogante;
Con ninguna te pares, sé inconstante.
    Si de diversas suertes
De las mas delicadas impresiones

Pasas á las mas fuertes,
Y así las contrapones;
Lograrás agradables sensaciones.
Feliz tú, si al momento
La copa del placer gustar procuras;
Y con labio sediento
Sus ansiadas dulzuras
Con inconstante corazon apuras.

LA AMISTAD.

Á DON ANDRES DE MENDOZA.

Quando en infausto día
El hombre abrió la caxa de Pandora;
Así qual se desvía
Del arco la saéta voladora,
Se esparcieron los males
Para afligir á todos los mortales.
Entonces de los dientes,
Por el gran Hijo de Agenór sembrados,
Salieron combatientes
Sobre la haz de la tierra denodados;
Y en sangre la bañaron,
Que de sus propias venas derramaron.
Seguros no estuvieron
Los Padres de los Hijos; ni tampoco

Estos los mantuvieron
El amor paternal; dígalo el loco
Furor del duro Orestes;
Y el banquete horroroso de Tiéstes.
Por la anchurosa tierra
Se iban las desventuras propagando;
Y en continuada guerra
Los hombres mutuamente destrozando;
Quando en el firmamento
Se oyó de tanto mísero el lamento.
La Amistad (que con lazos
Süaves, qual la esencia de la rosa,
Añudaba los brazos
De Juno altiva, y de la Cypria hermosa,
Haciendo que olvidadas
Las iras por la poma suscitadas,
Alegres se brindasen
Con un fragrante nectar escogido,
Y, despues que apurasen
La copa muchas veces, adormido
El cuello reclinaran;
Y en brazos de Morféo se quedaran)
Ante el trono eminente
Del supremo Tonante arrodillada,
Le pide humildemente
Que la dexe baxar acelerada,

Para que por su mano
Reciba alivios el linage humano.
  Yo, yo, la Amistad dice,
Pondré freno á la furia de Belona;
Y habrá quien por felice
Se tenga con la muerte, si corona
Con ella la fé ardiente,
Que á su amigo mostró constantemente.
  Las agudas dolencias,
Que el arte de Esculapio no disipa,
Las duras inclemencias,
Que el riguroso Invierno multiplica,
Los golpes, que importuna
Descarga de continuo la Fortuna,
  Serán aniquiladós
Á los ojos de aquellos, que me sigan,
Porque con mis cuidados
Todas las pesadumbres se mitigan;
Y no hay delicia pura,
Si mi dulce candor no la asegura.
  Si: Jove la permite
Que fixe entre los hombres su morada;
Pero nadie la admite;
Es de todos con mofa despreciada:
Mas ¡ay! sin duda al Cielo
Volverá huyendo del ingrato suelo.

No : tu sensible pecho
La alberga cariñoso ; en tí , Mendoza,
Vive con lazo estrecho;
Porque en tí la virtud tambien se goza:
Que solo rëunida
Con esta se halla la amistad cumplida.

EL LUXO.

Á DON JUAN PABLO RIQUELME.

Riquelme ¿como quieres
Que nuestra juventud , debilitada
Con índicos placeres,
Se presente á la lid con frente alzada;
Ni que sëa domada
La bélica osadía
Del bruto corredor , que el Betis cría!
El grave arnés no puede
Sostenerse en sus hombros vacilantes;
La débil mano cede
Al peso de las armas fulminantes;
Cargada de diamantes,
Y asiáticos olores,
Tiembla , y desmaya al son de los tambores.
Los que hasta el Capitolio
Con su constancia estremecer hicieron;

Los que un eterno solio
Sobre montes de cuerpos construyeron;
Los que al fin deshicieron
La bárbara cadena,
Labrada por la furia sarracena,
Con seda relumbrante
Sus vigorosos miembros no adornaban;
Ni de tierra distante
Con su riqueza al luxo convidaban;
Porque solo brillaban
Con mucha mas belleza
En ellos la virtud, y fortaleza.
Sus mesas no se vieron
De tabasca pimienta salpicadas;
Ni jamas trascendieron
Con maluco girofle; que ignoradas
Eran las celebradas
Salsas, con que el dinero,
Y el cuerpo nos consume el extrangero.
Tampoco la olorosa
Canela de Ceylan se introducía
En la pasta sabrosa
Del árbol caraqueño como hoy día;
Nada, pues, se sabía
De estos frutos, que han sido
Los que nuestra salud han destrüído.

Su estómago robusto
Con xugoso jamon se contentaba;
El ajo daba el gusto;
Y la sana cebolla lo excitaba;
Su sed se apaciguaba
Con un tan virgen vino,
Como el que para sí Nöé previno.
Mas nosotros, perdido
Todo el vigor, y el ánimo apagado,
(Que otro tiempo encendido
Un mundo á nuestros pies puso postrado)
Veremos destrozado
Con duro desconsuelo
Por manos mas robustas nuestro suelo.
¡Ay Dios! No permitamos
Que la patria se vëa de esta suerte;
Con ardor destruyamos
La vil gula, que enerva el pecho fuerte;
Y lancemos la Muerte
Allende de los mares,
Volviendo á nuestros rústicos manjares.

Á LA ABERTURA DE UNA SOCIEDAD DE AMIGOS PARA APREHENDER LA HISTORIA DE ESPAÑA EN XEREZ DE LA FRONTERA.

¡Ay! Si Apolo me hubiera
La cítara lesbiana concedido,
Y en el pecho sintiera
Hervir con llama ardiente
El pítico furor ; ¡ quan atrevido
Con descubierta frente
Mi debil voz alzara
Para que en ambos polos resonara!
Y, esforzando el acento,
El eco hasta el Olimpo llegaría;
Dexara el sacro asiento
Por escuchar mis sones
El coro de los Dioses ; de alegría
Bañadas sus mansiones,
Y todos admirados
De versos de un mortal al Cielo alzados.
Cantara como, unida
Qual bélico esquadron esta asamblëa,
Ha dexado vencida
Á la osada Ignorancia;
Que llena de furor gime, y patëa,

Queriendo con instancia
Traspasar estas puertas,
Que para tantos sabios mira abiertas.
   Y cómo, descendiendo
Minerva de la cumbre del Parnaso,
Y un sordo ruido haciendo
Con su fuerte armadura
Al tiempo de moverse, agita el paso;
Y con pujanza dura
Quebranta su fiereza,
Humillando á sus plantas su cabeza.
   Esparce por la sala
Un olor de ambrosía, que conforta
El ánimo, y regala:
Al estudio, á la ciencia
Á todos sus alumnos los exôrta
Con férvida eloqüencia,
Al rayo semejante,
Que quanto toca abrasa en el instante.
   Se encamina qual viento
Al palacio del Tiempo codicioso;
Impele con el cuento
De su robusta lanza
Las puertas, y su quicio poderoso;
Y descubre la estanza
De las preciosidades,

Que su dueño ha robado á las edades.
Aquí, Hijos generosos
De Asta-Regia teneis, dice la Diosa
Los hechos mas gloriosos
De vuestro patrio nido,
Que en polvo infame, en noche tenebrosa
Los ha el Tiempo sumido;
Porque sabe que el Hado
Librarlos de su acero ha decretado.
Con diligente mano
Arrancad de las suyas un tesoro
Tan rico, y soberano;
Libre de la carcoma
Haced que resplandezca como el oro;
Que ya el dia se asoma,
En que adore á la España
Quanto Febo calienta, la mar baña.
Y en tanto que se llega
Este precioso tiempo, que adivino,
Que sus alas despliega
La voladora Fama,
La trompa al labio aplica, y son divino
Por el orbe derrama
En prez, en alabanza
De nacion, que renombre tal alcanza.
Descubrid quienes fueron

Los que, de su hermosura enamorados,
Primero aquí vinieron:
Si fué el Celta aterido,
Los de Tiro al comercio dedicados,
Ó el Griego fementido
Despues de aquella guerra,
Que á la opulenta Troya puso en tierra.
De la falsa Cartago
De la soberbia Roma los ardides,
El mentiroso halago
Al mundo haced patentes:
Mas tambien referid las fieras lides,
Los combates freqüentes,
Que sufrieron primero
Que echasen la cadena al fuerte Ibéro.
Á Sagunto, y Numancia
Vëo arrollar inmensos esquadrones.
¡Ay! ¡qué heroyca constancia!
¡Que horrible vocería
Sube al Cielo! ¡Que ardientes campëones!
¿El humo cubre el día?
Si: libertad amada
Quema sus muros, las reduce á nada.
Decid como inundaron
Enxambres de naciones esta tierra;
Que los Godos llegaron,

Por su faz se extendieron;
Y despues los alumnos de la Guerra
Con ímpetu salieron
De su arenal ardiente
Á sojuzgar la Reyna del Poniente.
¡Quanta dura fatiga
Quanto amargo dolor se presentaba
Al de fuerte loriga,
Al de arnés tresdoblado,
Al que pica, ó la espada manejaba!
En su sangre bañado
Continuo se veía;
Y en la lid le encontraba siempre el día.
Hasta que el gran Fernando,
Las barras, y castillos rëuniendo,
Y el poder quebrantando
Del Africano duro,
Fué á la España feraz restituyendo
Aquel resplandor puro,
Que tanto enamoroba
Al que su rostro atento contemplaba.
Ciencias, y Artes serenas
Á la sombra del trono se sentaron;
Derramó á manos llenas
Sus frutos Amalthëa;
Los hechos del Hispano traspasaron

Á toda humana idëa;
Y aun siendo tan fecundo
Su suelo, estrecho en él, busco otro mundo.
Mil mares sujetados,
Potencias derrocadas por el suelo,
Monarcas aherrojados
Hicieron que la Gloria
Lo llevase á su templo con anhelo
Para eterna memoria;
La Europa retemblára;
Y la Envidia sus dientes aguzara.
¡Ay! Nada en un ser dura
Al lëon de la España no vencido
Vence una calentura;
Y la horrorosa Muerte
Le vá ya á sepultar en el olvido;
Echada está la suerte. . . .
Mas no, que el Cielo justo
Restaura su salud, le borra el susto.
Levantase, y respira;
Siente aumentar su fuerza, y se envanece;
La vista en torno gira,
Vé que baxo su planta
El árbol sacro de la Gloria crece,
Y al éter se levanta;
Y de suerte se alienta,

Que con su antiguo orgullo se presenta,
Si : la España camina
Á su dicha con paso agigantado;
Mi espíritu adivina
Su gloria venidera. . . .
Y vosotros, que habeis hoy empezado
Tan plausible carrera,
Texed á esa matrona
Para su hermosa frente la corona.
No el lauro se confía
Al que de la lid fiera se retrâe;
Sino á aquel que porfía
Por alcanzar victoria,
Que el ánimo esforzado no decâe:
Y así seguid; la Historia
Estudiad con instancia
Sus lecciones tomad; tened constancia.

Á DON FRANCISCO DE PAULA PERALTA.

Infunde al pecho mío,
Caliope, tu vigor; dale tu aliento;
Esparce tu rocío;
Dulcifica mi acento,
Que jamás alzé tanto el pensamiento.

No el carro pavoroso
Del homicida Marte, en sangre tinto,
Ni el eco estrepitoso
De la lid, ni el ya extinto
Héroe, ni el humo, ni el furor yo pinto.
Plácido tono quiero;
Versos que exhalen qual la miel olores;
Que en alas del ligero
Céfiro sin temores
Vayan como la esencia de las flores;
Quando llega lascivo,
Abre su copa, de su aliento bebe;
Con un vuelito activo
De una en otra se mueve,
Y agita á todas con impulso leve.
Mas ¡ay! que el pecho siento
Vivamente inflamado; por mis venas
Corre el fuego; al momento
Las hincha; y ya de llenas
Ni alentar, ni moverme puedo apenas.
Venga la sacra lira;
El plectro de marfil las cuerdas hiera;
Que ya el numen me inspira,
Me enardece, me altera;
Y la voz lucha por salirse afuera.
¿Mas á quien dirigido

Irá mi canto, sino á tí, Peralta,
Á tí, que, revestido
De la virtud mas alta,
El trono no hace sombra, el oro falta?
¿Á tí, que la escabrosa
Senda, que al templo del Saber conduce,
Huellas con animosa
Planta, á tí, en quien reluce
La luz, que el vivo manantial produce?
¿Á tí, que te descuestas
Sobre toda la inmensa muchedumbre
De sabios, y que enhiestas
En la dificil cumbre
Tu cervíz con no vista dulcedumbre?
Pues qual vena abundante
De claras aguas, que al salir revoca
Con ruido resonante,
Cäe desde una roca,
Llega al suelo, y fecunda lo que toca;
La ciencia se derrama
De tu eloqüente labio; corre; prende
Con refulgente llama;
Los ánimos enciende;
Y el que te escucha arcanos mil aprende.
Sigue, pues: mas traslada
Lo que te influye favorable Febo,

Tu ciencia delicada,
Tu dulce estilo, cebo
Para aquel que en las letras es aun nuevo.
Pues no es razon que el cano
Tiempo tanto saber con su hoz destruya.
No sëas, no, inhumano
Con cosa que es tan tuya,
Aunque tu gran modestia lo rehuya.
Que yo te admiro en tanto
Como garza que al cielo se acelera....
Mas cese el débil canto;
Que en tan veloz carrera
Alcanzarte mi voz jamás pudiera.

AL CORONEL DEL REGIMIENTO
DE LA POSMA.

¡Feliz aquel, que, léjos de cuidados,
Y pleytos enfadosos,
Aborrece los ecos horrorosos
De la trompa que anima á los Soldados;
Y con sencillo pecho
Nunca quiere moverse de su lecho!
¡Que detesta los puestos, los honores,
Y la gloria mundana,
Que por nada se agita, ni se afana;

Ni le cuesta pesares, ni sudores;
Y como caballero
Es en todas las cosas el postrero!
¡Que en su silla-poltrona con cuidado
Y despacio se sienta;
Alza los ojos, y las vigas cuenta;
Los brazos pone en uno, y otro lado;
Inclina la cabeza,
Estornuda, se estira, y se espereza!
¡Que no tiene cuidado en si es Estío
Invierno, ó Primavera,
Si el Cielo con relámpagos se altera,
Ó se apocan las gentes con el frío;
Pues mientras truena, ó llueve
Come, bosteza, duerme, y no se mueve!
¡Ni de Tiro la grana, ni de Oriente
Las perlas delicadas,
Ni las telas de Flandes afamadas
Mueven su corazon, llenan su mente;
Porque son sus vestidos
Chinelas, bata, y gorro envejecidos!
¡Que si comienza á hablar no finaliza;
Y si callar le toca,
No abrirá nunca su cerrada boca,
Aunque vuelvan sus miembros en ceniza;
Y, amante de su suerte,

Ni le importa la vida, ni la muerte!
Pero mas feliz aun, y venturoso,
Oh tú, que has emprendido
Recoger ese gremio esclarecido
De Posmas en un cuerpo numeroso,
Señalando coronas,
Y empleos á sus almas dormilonas.
Tú, cuyo imperio ilustre, y dilatado
Á todo el orbe abarca,
Siendo muy débil el mayor Monarca
Á tu gran poderío comparado;
Porque tu reyno encierra
Los hombres mas pesados de la tierra;
Escucha este mi canto, que humillado
Ahora te presento;
Pues yo que sea de tu gusto cuento
Por lo mucho que tiene de pesado:
Que si agrada á tu oído
Me tendré por premiado, y complacido.

AL MISMO.

Descanso pide con ferviente voto
El laso marinero
En el golfo de yeguas, donde fiero
Azota el mar, y brama el negro Noto,

Quando la nube espesa
Entre el Cielo , y la nave se atraviesa.
Descanso pide el duro moscovita,
De matar fatigado;
Suspira el turco , de Ismaïl echado,
Por el paterno techo , donde habita;
Quando la odiosa Guerra
En la morada de Pluton se encierra.
Piden descanso , que no compra el oro,
Ni las piedras preciosas;
Que no vive en las mesas suntüosas;
Baxo rico arteson de sabio moro,
Por los jaspes lucientes,
Ni entre la turba vil de los sirvientes.
No el hinchado portero , ni el escudo
Con arte timbrëado
La entrada impiden al crüél cuidado,
Que busca los palacios á menudo;
Y por las salas gira,
Donde el pincel , y el múrice se admira.
Es el tiempo fugaz , y gran locura
Gastar sus breves horas
Entre las tempestades tronadoras;
Pues no arredra al Pesar la inmensa altura
Del vaso de tres puentes,
Ni el furor de las tropas impacientes.

Hasta en la choza pastoril se sienta;
En los pechos se infunde;
Al pobre, al rico, todo lo confunde;
Ni con edad, ni sexô tiene cuenta:
Solo en tu regimiento
No ha podido encontrar acogimiento.
Sobre un mórbido lecho recostado,
En la holanda sumido,
Derramados los brazos, estendido
El cuerpo, con sopór, desmadexado,
Por nada se contrista
El héroe que una vez en él se alista.
Dormir á pierna suelta con sosiego
Son sus evoluciones;
Atronar con ronquidos los salones
El exercicio general de fuego;
Su volar tras la fama
Pasar dias enteros en la cama.
No voltëan las penas enojosas
En torno su cabeza;
Aquí se halla en su trono la Pereza;
Porque están las pasiones tan ociosas,
Que sus tardos sentidos
No son por cosa humana conmovidos.
Venga, pues, el guerrero ensangrentado,
El mercader sediento,

El palaciego astuto aquí al momento;
Y verán el descanso suspirado
En una alcoba obscura,
Donde el ruido jamás entrar procura.
  Vengan, pues: y tú, xefe esclarecido,
Hazles ver que la trompa,
Y el esteril laurel, y el oro, y pompa
No pueden producir gusto cumplido:
Pues la paz verdadera
Solo se encuentra baxo tu bandera.

IMPRECACION CONTRA LA GUERRA.

Á DON FERNANDO CAGIGAL.

Quando miro, Fernando, congregadas
Las huestes sobre el llano; que tremolan
Las bélicas banderas; que el infante
Aprieta en la robusta mano el arma;
Que el ginete impaciente arde, y suspira
Por aflojar la rienda al bridon suelto,
Que tascando el bocado se consume;
Y que por otra parte los cañones
Estremecen los montes convecinos:
Quando vëo por fin saltar ligera
Á la Muerte feroz sobre su carro,
Y resonar sus ruedas pavorosas

Sobre nuestras cabezas, arrastrando
Tras sí sus espantosos compañeros,
El pálido Temor, la no saciable
Mortandad, los relámpagos, el trueno;
Y que empuñando en la derecha el hierro,
Y el fuego en la otra mano, se salpica
El exe con la sangre de los hombres,
Y su carro se cubre de ceniza
De las obras, y esfuerzos de las Artes,
Que el Tiempo mismo respetado había:
Quando encuentro la Guerra en sus estragos;
Quando contemplo á Cesar coronado
De sangrientos laureles; y que el triunfo
De Anibal, de Scipion, del grande Tito
Sobre fuego, sobre humo, sobre nada
Se eleva, y engrandece; me enardezco;
Y de lo hondo del pecho saco fuera
Estas palabras, en furor envueltas:
Maldito una, y mil veces el primero
Que, destrozando las sagradas leyes
De la naturaleza, quiso osado
Elevar su cabeza con orgullo
Sobre todos los otros sus iguales;
Y, deshaciendo los estrechos lazos,
Con que estaban los hombres rëunidos,
Dió á la Discordia entrada; y á la Guerra

Revistió con el trage de la Gloria,
Para que deslumbrados los mortales
Por Diosa del honór la diesen culto.
Maldito digo, quien así del Orbe
Desterró para siempre la Paz dulce,
La Paz unico bien, que el hombre debe
Estrechar en su seno, y con su boca
Cubrir de ardientes amorosos besos.
Maldito, vuelvo á repetir ayrado,
Su nombre horrible; para siempre sëa
Cubierto de ignominia, ó confundido
En los abismos hondos del Averno.

Á LA BATALLA DE TRULLÁS.

¡Ay! vëo renovar sobre la tierra
El audaz ardimiento,
Con que osaron subir al firmamento
Los gigantes, haciendo á Jove guerra,
En sus brazos fïados,
Y en los montes con ellos arrancados.
Hay, pues, otros Encélados sañosos,
Que arrojen troncos duros
Con mano impía á los celestes muros;
Hay otros Alcionëos poderosos,
Cuya sangre vertida

Les dé nuevo vigor, y nueva vida.
Y Porfirios disformes, y Mimantes,
Y Giges, y Tifeos,
De un ardor indomable en sus deseös
Mas llenos de teson, mas arrogantes:
Mas nunca el Furor puso
Como en el Cielo aquí temor confuso.
No como aquellos Dioses, que, oprimidos
Del terrígeno asalto,
Dexaron su mansion con sobresalto
En muy distintas formas convertidos,
El hispano constante
Ó mudanza, ó pavór muestra un instante.
Qual la ñudosa encina, ya arraygada
En un agrio repecho,
Que la acha aguda, ni el robusto pecho
Logran verla en el suelo derribada;
Pues siempre, siempre crece,
Y á pesar de los golpes reflorece:
Resiste el impetuoso ataque horrendo
Del galo en las trincheras;
Detiene su furór; y sus banderas
Valiente arrolla; y el cañon tremendo
En la alta cumbre suena;
Y sus haces persigue, y desordena.
Retirase el francés; pero, cobrando

De su misma caïda
Mayor orgullo, su destrozo olvida,
Y en contra vuelve del ibério vando;
Sus huestes le presenta;
Y aunque ya sin vigor ánimo ostenta.
Segunda vez atruena el bronce herido
Los montes cavernosos;
Levántanse clamores horrorosos;
Mézclase el vencedor con el vencido;
Y la Muerte cansada
Deseëa que se embayne ya la espada.
Como quando las nubes, congregadas
En la region del viento,
Obscurecen el claro firmamento;
Y, en rápidos torrentes desatadas,
Anegan el sembrado;
La mies ahogan; matan el ganado:
Mas, del Norte con ímpetu saliendo
El Aquilon furioso,
El esquadron deshace proceloso;
Despeja el Cielo, que otra vez rïendo
Su luz al suelo envia;
Renace el gusto, vuelve la alegría. . . .
Oh llanos de Trullás, decid, si acaso
Ricardos de otra suerte
Arrastró al hierro duro de la muerte

Al galo altivo, de consejo escaso;
Sin saber qual mas parte
Tuvo en su corazon Palas, ó Marte.
Ó si los marathonios campos fueron
En mas sangre empapados;
Si mas valor mostraron los soldados,
Que en Salamina á Xerxes destruyeron;
Ó si acaso retumba
Con mas ecos de triunfo el val de Otumba.
Como ellos españoles, como aquellos
Que á Roma consternaron;
En sus mismas ciudades se abrasaron;
Y el yugo sacudieron de sus cuellos,
Venciendo al africano,
Muestran que no hay valor como el hispano.
Del fuerte el fuerte nace; en el novillo
Que mantiene el Xarama,
Y libre en su espaciosa orilla brama,
Y en el gracioso jugueton potrillo
Se vé la fortaleza
Que á sus Padres prestó Naturaleza.
¿Quando engendraron águila rapante,
Ni lobo carnicero
Mansa paloma, tímido cordero?
Pues tan dificil es, tan repugnante
Que de español osado

Nazca un hombre cobarde, y desmayado.
    Sobre todo decid como, sonando
El clarin belicoso,
Sale el caballo bético fogoso,
Obedeciendo el poderoso mando;
Y ardiendo en ira luego
Corre, y se mete entre el humoso fuego.
    Qual se arroja veloz; qual acomete
Las puntas aceradas;
Y como, enrôxeciendo las espadas,
Se apremian el infante, y el ginete:
Pero aquel luego cede,
Que á tanto impulso resistir no puede.
    No gama, herida de mortal säéta,
Huye de los sabuesos
Por los collados ásperos y espesos,
Del mas pequeño ruido tan inquieta,
Que á todas partes gira;
Y en cada paso yá su muerte mira:
    Como el contrario á la fragosa cumbre
Se acoge desmayado,
Al verse del ibero destrozado
Á pesar de su inmensa muchedumbre;
Y su furia atrevìda
En polvo, en humo, en nada convertida.
    Y tú, Ricardos, que en tan fausto día

Con sereno semblante,
Al poderoso Jove semejante,
Confundiste del galo la osadía,
Quando el rayo lanzabas,
Ó los fuertes ataques ordenabas;
Tú, que renuevas los ilustres nombres
De Leyva, y de Toledo,
La gloria del Aguilar, el gran denuedo
De aquellos siempre inimitables hombres,
Que el ponto despreciaron,
Y á España nuevos reynos conquistaron;
No por pobres desdeñes mis lööres;
Mejor la sal, y farro,
Y las estatuas de madera, ó barro
Movieron á los Dioses superiores,
Que en soberbios altares
Víctimas degolladas á millares.
Era el don mas precioso una alma pura;
Esta te ofrezco ahora,
En tanto que una trompa mas sonora
Tu nombre eleva á la celeste altura:
Que tu ánimo guerrero
Merece como Aquiles otro Homero.

Á LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA.

AÑO DE 1795.

La Discordia levanta su cabeza,
De víboras crinada,
Las mueve, las sacude, y agitada
Retiembla la mansion de la tristeza;
La turbia Estigia crece,
Y el tenebroso Averno se estremece.
Á su voz, semejante al despedido
Trueno de parda nube,
La Muerte horrible con presteza sube
En su carro fatal; y, conducido
Por la espantosa Guerra,
Hace gemir los polos de la tierra.
En pós de ella caminan la Hambre fiera;
La Miseria afanosa,
La devorante Fiebre, la ambiciosa
Gloria, el Furor, y Rabia carnicera,
Y todos quantos males
Comprimen con la Guerra á los mortales.
En medio eleva su orgullosa frente
Desnuda, y descarnada;
De fuego, y hierro la derecha armada;
La mueve en derredor rápidamente;

Y, las riendas tomando,
Á sus negros caballos vá incitando.
Tascan el freno, y con rabiosa espuma
Bañan el ancho pecho;
Tiran, se afanan, corren con despecho,
Que el látigo sonante los abruma:
Su intrépida carrera
Enciende el exe qual si arista fuera.
Todo es fuego, y furor; todo se llena
De horrorosa matanza;
Ya en medio de la Galia se abalanza,
Con sangre humana enroxeciendo el Sena;
Ya en su centro se irrita;
Desploma el templo; el trono precipita.
Ya revuelve su carro fulminante
Hácia el belga animoso;
No le dexa un momento de reposo;
Le estrecha, apremia, oprime, y arrogante
Le arranca en solo un día
Lo que antes en cien años no podía,
Ya de la altiva Albion derriva al suelo
Las huestes sanguinosas,
Que, ganando las playas arenosas,
Al mar se arrojan con medroso anhelo;
Y en sus naves veleras
Abandonan confusas sus riberas,

Ya los muros de yelo, que á su paso
El bátavo le opone,
Osado pisa, y en su suelo pone
El victorioso pié; su cuello laso
El holandés inclina;
Le abate, y hácia el Rhin veloz camina.
Allí como un torrente impetüoso
Quanto encuentra arrebata,
Y tala, y quema, y desordena, y mata.
El robusto aleman, y el belicoso
Prusiano se retiran,
Tiemblan al verla, con rubor se admiran.
Y los Alpes tambien al grave peso
Baxan la erguida cima;
Pasa la presta Muerte por encima,
Envuelta en polvo, en sangre, en humo espeso;
Y queda sin aliento
El sardo á tan activo moviento.
Así el francés guerrero, conducido
Por la tremenda Muerte,
Aterra al animoso, rinde al fuerte,
Y sumerge en el seno del olvido
Todas quantas victorias
Al griego, y al romano dieron glorias.
Y tú, España valiente, que infundiste
Terror al Lacio imperio;

Tú que del sarraceno cautiverio
La pesáda cadena destrüíste;
Y con ardor guerrero
Humillaste á tus pies otro hemisfero;
Tú, que te viste del francés triunfante;
Y con marcha atrevida,
Ya del Tech refrenaste la corrida,
Ya diste espanto al Canigó gigante,
Mil laureles cogiendo
Quando la Europa toda estaba huyendo;
¿Tú palida, y errante? ¿Tú aterrida
Sueltas la fuerte espada?
¿Del contrario te vés atropellada?
¿El ropage pisado? ¿Desceñida?
¿Destrenzado el cabello?
¿Rotas las joyas del hermoso cuello?
¿Qué tienes? Dí. ¿Levantas á los Cielos
Tus ojos lagrimosos?
¿Exhalas mil suspiros dolorosos?
¿No encuentras, ¡ay! alivio á tus desvelos?
¿Tuerces las blancas manos?
¿Tus males son tan fuertes? ¿Tan tiranos?
"Lo son tanto.... ¿No miras ya la cumbre
"Del nevado Pirene
"Por el galo ocupada? ¿Como viene
"Baxando con inmensa muchedumbre?

»¿Que el polvo roba el día?
»¿Y ensordece su horrenda gritería?
»¿No miras que á su impulso el fuerte muro
»Cede, se abre, le abriga?
»¿No vés la hambre, la sed, y la fatiga?
»¿No vés que no hay asilo ya seguro?
»¿Y que el Ebro espantado
»No opone diques al francés osado?
»¿No vés la reja dura abandonada
»En los surcos primeros?
»¿Sin pastores balando los corderos?
»¿Los talleres desiertos? ¿Profanada
»La estancia de las musas?
»¿Y á ellas girando en derredor confusas?
»¿No vés ya solos los paternos lares?
»¿Los techos humëando?
»¿Los caminos, las sendas ocupando
»Ancianos, y mugeres á millares,
»Que huyen horrorizados
»Del sangriento furor de los soldados?
»El tierno niño, de la veste asiendo
»De su Madre azorada,
»La detiene en su fuga acelerada,
»Y sus brazos con llanto está pidiendo;
»Mas ella no le escucha
»Que el tiempo es corto, y la congoja mucha.

»Las vírgenes honestas, y encogidas,
»Rompiendo la clausura,
»Exponen su recato, y hermosura,
»Andando acá, y allá despavoridas:
»Que la flor delicada
»Expuesta al cierzo en breve se vé ajada.
»¡Que! ¿Serán otra vez los templos santos
»Con rabia destrüídos?
»¿Mis Hijós á cadenas reducidos?
»¿Volverán á mi seno los quebrantos?
»¿Y Dios para castigo
»Renovará los tiempos de Rodrigo?"
No España: no te afanes, y serena
El turbado semblante;
El cielo justo con amor constante
Te quiere, y te proteje: mira llena
El aura de alegría;
Mira la Paz amable que te envía.
Mira qual viene de esplendor cercada,
Y ninfas que oficiosas
En torno esparcen arrayan, y rosas;
Repara sn cabeza, coronada
De los frutos de Ceres,
Y en pós de ella corriendo los Placeres.
Abre tus brazos que los suyos tiende
Con amoroso exceso;

Recoge de su boca el dulce beso,
Con que ese tu dolor borrar pretende;
Y , en su seno acostada,
Desfruta de la dicha deseäada.
Desfrútala en buen hora , que aun el trueno
Resuena en el oído;
Aun se escucha el belígero alarido;
Aun el suelo se vé de sangre lleno;
Y tú ya alegre en tanto
En risa vuelves el pasado llanto.
Nace el día en los brazos de la Aurora;
Asoma en el Oriente
Un destello de luz ; rápidamente
Se extiende ; el cerco de las nubes dora;
Y el tenebroso velo
Rasgado cäe desde el alto cielo.
Asi la Paz se esparce por la tierra:
El carro de la Muerte
Estalla ; vuelca ; y con impulso fuerte
Lanza léjos de sí la horrenda Guerra,
Que por el ayre vago
Rodando se despeña al negro lago.
Al golpe con revueltos remolinos
Las ondas se levantan;
Los eternos cerrojos se quebrantan;
Se conmueven los muros diamantinos;

Y queda el monstruo ayrado
En su profundo abismo sepultado.

CONTRA LA CORRUPCION

DEL SIGLO.

Este suelo lozano,
Dó su riqueza derramó Natura,
¡Ay! estrangera mano
Cuidó de su cultura,
Quando yacía el español en dura,
Y amarga servidumbre:
Y el que el esfuerzo resistió constante
De Roma; y á la cumbre,
Templo del gran Tonante,
Retemblar hizo; y demudó el semblante
Del Hijo de Quirino;
Cercado de cadenas, vió asolada
Su patria; y de un ferino
Furor amancillada
La esposa fiel, la virgen consagrada.
Sus lágrimas bañaron
Con riego esteril los paternos lares,
Que en ellos se cebaron
Árabes á millares,
Convirtiendo en establos los altares.

Como el Vesubio ardiente,
Quando vomita con horrible estruendo
Su rápido torrente,
Vá los montes hendiendo,
Y pueblos en su curso destruyendo;
Qual Pompeya, Herculano,
Y otros que yacen en eterno olvido
Por su furor insano;
Así fué destrüído
El godo imperio, el reyno mas florido.
¿Constantes saguntinos,
Soldados de Viriato valerosos,
Soberbios numantinos,
Compañeros gloriosos
De Sertorio, españoles belicosos,
Adonde arrebatados
Guíais la planta de temor dudosa?
¿Los hechos esforzados;
La sangre generosa
Que anima el corazon, ni la famosa
Remembranza de aquellos,
Que jamás baxo el yugo colocaron
Sus indomables cuellos;
Ni tantos, que ensalzaron
La patria, y con su muerte la libraron,
Alentaros ya puede?

¿Como al lobo los tímidos corderos
Vuestra potencia cede
Á los Árabes fieros?
Vergüenza dá, y espanto, y rabia veros.
¡Que mucho! Sumergidos
En ocio, y á los vicios entregados,
Torpes ya los sentidos,
Los brazos enervados,
Y los ánimos fuertes apagados,
Opusieron en vano
Su desmayada hueste al golpe duro
Del robusto africano;
Nadie quedó seguro
Ni á pecho abierto, ni detrás del muro.
Y vosotros, Pelayos,
Sanchos, Alfonsos, Dávilas, Guzmanes,
Que como ardientes rayos,
Y sabios capitanes,
Desplegando los roxos tafetanes,
Blandisteis la cuchilla
En los montes de Asturias escabrosos,
Llanuras de Castilla,
Y en donde los medrosos
Godos huyeron, no, no esteis gozosos:
Vuestros Hijos no imitan
Vuestra ilustre virtud, vuestras acciones;

Sus fuerzas no exercitan
Con pesados barrones;
Ni al sol revuelven áridos terrones;
Ni al caballo fogoso
Hacen que tasque de oprimido el freno;
Y suba presuroso
El áspero terreno,
De polvo, de sudor, de sangre lleno;
No los juegos marciales,
En que el brío se muestra, y la destreza,
Usan con sus iguales,
Sino infame torpeza,
En que gime de horror Naturaleza.
Canciones habaneras,
Bayles, en que los miembros, agitados
Con mudanzas ligeras,
Dexan de ardor tocados
Los ánimos mas fríos, y apagados,
La doncellita aprende
Desde su tierna edad, y se exercita;
La llama, que así enciende,
Sus desëos irrita,
Y al fin la venda del rubor se quita.
En un ruinoso juego
El varon, ó en la crápula sumido,
Permite con sosiego

Que el virginal oido
Sëa con desenfreno corrompido:
Y luego muy gozoso
En su lecho la admite, á fin que osada
Se burle de su esposo,
Y quede destrozada
Del tálamo nupcial la fé sagrada.
¿Que esperanza nos resta
Con progenie tan torpe, tan viciosa,
Si acaso viene presta,
Y destrüírnos osa
Otra nacion robusta, y belicosa?

Á LA BUENA MEMORIA

DE DON ANTONIO BERDEJO, CANÓNIGO DE TARRAGONA.

Una voz resonante,
Que en la mansion etérea penetrara,
Y á Júpiter Tonante
El rayo de la diestra derribara,
Antonio, deseära
Para librar tu nombre esclarecido
Del Tiempo avaro, y del obscuro olvido.
¿Y que menos debiera
Hacer por mi Mäestro, luz, y guía?
¡Ay! si cantar pudiera
Qual anhelo, pintara yo aquel día,
Que con sabia osadía
Mi espíritu abatido levantaste;
Y á la falda del Pindo me llevaste.
De su escabrosa altura
Absorto, volví atrás el pié dudoso;
Pero tú, con dulzura
Serenando mi pecho congojoso,
Me dixiste animoso:
Quien no se afana en el combate ardiente,
Nunca de lauro ceñirá su frente.

Y, mi mano tomando,
Arrastraste mis pies por la aspereza;
Seguíate anhelando,
Y volviendo á lo llano la cabeza;
Crecía mi torpeza
Al paso del cansancio; me paraba
Mas tu nervioso brazo me ayudaba.
Qual virgen encogida,
Que al nombre de himenëo se demuda;
Al verse conducida
Al altar llora, y acercarse duda;
Y quando desañuda
La zona el Dios, de pasmo queda elada,
Á su intenso dolor abandonada:
Mas luego que en el pecho
Arde la llama del amor, y vierte
Sus gustos, el despecho
En dulce complacencia se convierte:
Pues de esta misma suerte
Quando vencí la cumbre, en alegría
Cambió su descansuelo el alma mía.
Tú entonces me enseñaste
Los secretos del monte delicioso;
Tú mi frente bañaste
En el raudal, que corre tortüoso
En su bosque espacioso;

Tú en el templo de Febo entrar me hiciste,
Y tú su amparo para mí pediste.
Tú al venerable Homero
Me diste á conocer. ¡Oh que armonía,
Que fuego duradero,
Que gracia en la expresion, quanta energía
En su trato sentía!
Yo estaba con su acento embelesado
Días enteros sin dexar su lado.
Conocí al grave Horacio,
Dulce Ovidio, Virgilio altisonoro,
Y á quantos en el Lacio
Amaba Febo, y el castalio coro;
De su acento canoro
Animado, tomé la lesbia lira,
Que blando canto, y blando amor inspira.
Advertí que las fieras
Süaves á mis ecos se volvían;
Ví las aves parleras,
Que atentas escuchando, enmudecían;
Miré que se salían
Las yerbas, que las flores se exhalaban,
Y su copa los troncos inclinaban.
No, no es mi melodía
La que produce efectos tan no usados,
Confuso repetía;

Sino los dulces metros acordados,
Por estos inspirados:
Suyo es mi canto , mi destreza es suya;
Razon es que este don les restituya.
    Pero Febo , apartando
Los roxos rayos de su clara frente,
Dixo con tono blando:
Esos versos que cantas tiernamente,
Que halagan la corriente,
Y en su ala lleva plácido el Favonio,
Solo los debes al profundo Antonio.
    Todo quanto cantares,
Todo es suyo , todo obra de sus manos;
Ora fieros pesares
Publiques , ó contentos soberanos;
Ora de los tiranos
Zelos pintar pretendas la inclemencia;
Ó del Hijo de Venus la potencia.
    Ora los dulces nudos
De la santa Amistad risueño entones;
Ora de los membrudos
Atletas , ó los bélicos varones
Celebres las acciones;
Ó ya discantes con estilo grave
Los gratos bienes de la Paz süave.
    Ora la pluma esgrimas

Contra el infame vicio, y desenfreno;
Ora pausado exprimas
De la Filosofía el trato ameno;
Y, en su cándido seno
Recostado, demuestres con voz fuerte
Que al justo es dulce la temida muerte.
En fin qualquiera cosa
Que tu voz atrevida cantar quiera
Por nueva, y escabrosa,
Lo mismo es que si Antonio lo dixera;
Si él en tí no vertiera
El raudal de su ciencia, nunca osado
Tales versos hubieras entonado.
Dixo: y con tierno halago
Me reclino en tu pecho cariñoso;
Mas ¡ay! que el fiero estrago,
Con que el Orbe destruye el Tiempo ansioso,
Robóme presuroso
Tu trato, tu saber, mi único arrimo;
Y en valde ¡ay! mi dolor llorando exprimo.
¿Tu decir eloqüente,
Tu fuego, tu entusiasmo que se hicieron?
¿Tu pensar eminente
Donde está? ¿Tus virtudes donde fuoron?
Todos desparecieron;
Al sacro impíreo rápidos volaron;

Y polvo, y luto, y pena nos dexaron.
Y tú, alma afortunada,
Que de lazos mortales desprendida,
En la eterna morada
Gozas perpetua bien hadada vida,
Si mi voz dolorida
Penetra donde estás, oye mi canto,
Que hoy hasta el Cielo en tu löor levanto.
Y, del amor movido,
Que en el mundo tubísteme algun día,
Dexa el sagrado nido,
Y ven á hacerme grata compañía:
Así la musa mía
Hará ver con un claro testimonio
Que en el seno nació del sabio Antonio.

Á UNA ROSA YA MARCHITA.

¡Quan triste, y desmayada
Te presentas a mí, fragrante rosa!
Tú, que en el Mayo con la frente alzada,
Esparciendo tu esencia deliciosa,
Y mostrando con pompa tus colores,
Por Reyna te aclamaste de las flores;
Tú, que en las sacras mesas
Derramas los placeres con tu aliento;

Tú que conservas en tu copa impresas
Como el mas singular bello ornamento
Las gotas, que brotaron del pié hermoso,
Que agitaba de Adóni el eco ansioso;
¿Tú tan mustia, abatida,
Amarillas las hojas, destrozada,
La verde veste á polvo reducida,
Casi entrando en el reyno de la nada?—
"Pasó la Muerte; hirióme, y solo sombra
»Soy que hasta el pecho que me quiso asombra.
»Estos débiles restos
»Arrójalos: que el tiempo los consuma.
»Otros capullos plácidos, enhiestos,
»Sobre quienes Amor bate su pluma,
»Te causen un deleyte regalado;
»Y no un ser por la Muerte aniquilado."—
¡Que! Muere el Avariento,
Que una provincia á la hambre ha reducido;
Y se le eleva un rico monumento,
Con mármoles de Paros construído
Y ornado con pesadas inscripciones,
Que desmienten sus pérfidas acciones.
Fallece el Poderoso,
Que virtudes, y ciencias ha ultrajado;
Y corre al templo el pueblo presuroso,
Se atropa en torno el túmulo elevado;

Al Eterno por él ferviente implora;
Y con el Orador se aflige, y llora.
   Rinde el alma el Guerrero,
No harto de sangre, asolador del mundo;
Y gime por su muerte el bronce fiero;
Se llenan todos de dolor profundo,
Y erigen mil estatuas en memoria
Del que de oprobrio cubrirá la historia.
   ¿Y tú, que siempre has sido
Delicia de los pechos agitados,
Has de entrar en el seno del olvido,
Qual los míseros siervos aherrojados;
Y, entre seres desechos confundida,
No ha de quedar vestigio de tu vida?
   ¿Tú que ministra fuiste
Del alígero Dios, y el sacrificio
Mas puro, mas ardiente presidiste
Quando, á mis votos el Amor propicio,
El corazon de Lesbia me entregaba,
Que entre tiernos suspiros se exhalaba?
   ¿Tú, que alegre á mi mano
Del trono de su frente descendida,
Viniste como gage soberano
De la fé con tal ansia prometida
En el punto fatal, que divididos
Eran los dos amantes mas unidos?

No , compañera afable,
Recuerdo de mis dichas malogradas,
Lustre del Mayo , flor incomparable,
Bien de las almas del amor tocadas,
No temas de las otras la ventura;
Tú existirás ; mi pecho lo asegura.
Desecha , deshojada,
En átomos sutiles convertida,
En mi seno estarás siempre abrigada,
Su fuego te dará de nuevo vida;
Y cobrarán su esencia tus despojos
Con el humor ardiente de mis ojos.
Ven , agradable rosa;
Sobre mi corazon tu tumba sëa;
Con paz tranquila , con placer reposa:
Y el Orbe todo en este exemplo vëa,
Que no hay templo , ni asilo mas honroso,
Que un corazon sencillo , y amoroso.

Á LA MARQUESA VIUDA DE RUBEN

POR LA MUERTE DE SU ESPOSO.

¿Quien no estará pasmado, sorprendido,
Y cubierto de susto
Con la fatal ausencia de aquel justo,
Que como pocos en el mundo ha sido?
¿Quien habrá que no ceda
Al dolor; y su llanto no conceda?
¿Sonando acaso la torcida trompa
Rasgará mi eco el viento?
¿Pintaréle ardoroso, y sin aliento
En pós de un lauro seco, ó vana pompa,
Despues de haber dexado
El suelo en sangre, y lágrimas bañado?
No, Enrique; no merece tu dulzura
Recuerdos tan funestos;
Tú no naciste para el mal qual estos;
No presidió tu luz la Parca dura;
No el don tuviste fiero
De asolar por la fama el orbe entero.
La Paz, la dulce Paz, la Paz tranquila
Escogió por morada
Tu seno, en donde nunca tuvo entrada
El crimen, que á los otros aniquila;

Pues en tu labio puro
El hombre reposó, se vió seguro.
Mira, mira á los Vicios, que, elevando
Su orgullosa cabeza,
Las crudas palmas baten con fiereza,
Tu dolorosa muerte celebrando;
Tales cosas diciendo
Entre maligna risa, y ronco estruendo:
Ya murió aquel, que activo la cadena
Á nuestro cuello echaba;
Ya la Paz, que en su pecho se gozaba,
Huyó de espanto, y amargura llena;
Ya mostrarnos podemos:
Salgamos, y á los pueblos alteremos.
No, monstruos de la Stygia sanguinosos,
Es vano vuestro intento.
Enrique desde el alto firmamento
Nos contempla con ojos amorosos;
Y desde allá procura
Mantener la quietud augusta, y pura.
En torno de nosotros vagueando
Su sombra será escudo
Contra vuestro rencór, y afan sañudo,
Los venenosos tiros rechazando,
Y haciendo que al Averno
Volvais rabiando con pesar eterno.

Y tu ilustre , y sensible compañera
De un varon tan amado,
No así te quejes del rigor del Hado;
Suspende tu lamento , y firme espera;
Que nunca el justo Cielo
Dexó á los virtuosos sin consuelo.
Si la inflexîble Parca no igualara
Con el techo inocente
El palacio rëal ; y si clemente
Con alguno su rostro se mostrara;
La muerte entonces fuera
Una desgracia atroz , y verdadera.
Mas una noche nos espera á todos;
Todos tomar debemos
La senda del sepulcro ; no volvemos
Á pisarla segunda vez ; ni hay modos
De alejar este instante,
Aunque armemos el pecho de diamante.
Á unos conduce al eternal desmayo
Mavorte furibundo;
Á otros sorbe en su seno el mar profundo;
Á estos abrasa el resonante rayo;
Devora la hambre á aquellos;
Y estotros doblan al dolör los cuellos.
¿Pues que resta del hombre? La memoria
De sus grandes virtudes.

Esto queda de Enrique, no lo dudes;
Logra esta eterna merecida gloria:
No el Tiempo enfurecido
Podrá sumirla en el eterno olvido.

ELOGIO Á UNA SEÑORA,

QUE EN UNA FUNCION PARTICULAR DE TEATRO, HIZO EN LA OPERETA DE LA CRIADA SEÑORA EL PAPEL DE SERPINA.

El cedro poderoso
En el Líbano eleva su cabeza;
Recorre el Sol hermoso
El ámbito del Cielo
Ostentando su brío, y gentileza;
Así quien con un vuelo
Pindárico discanta,
A todos los pöetas se adelanta.
Musa, toma la lira
Del tebano cantor; y son ferviente
En el pecho me inspira.
Qual de Etna cavernoso
Se desprende la rápida corriente
Con bramido espantoso,
Mi canto se difunda;
Y horror, y susto, y turbacion infunda.

Mas ¡ay! que no resuena
Con dórico furor la cuerda herida;
Y el ayre no se llena
De bélico estampido;
No es en cóncavos montes repetida
Mi voz con ronco ruido;
Sino en el aura leve,
Que Amor mis labios, y mi pecho mueve.
Tambien Amor es guerra;
Quando cimbrëa el arco resonante,
Muda tiembla la tierra.
Amor me inflama, y crece
En mi pecho el ardor. Mi musa cante,
Que en la lid aparece
Una nueva heröína,
La hermosa, y dulce, la jovial Serpina.
Hizo sonar Cupido
La belígera trompa, y á su estruendo
Uberto enardecido
Se presenta al combate,
De su cuerpo gentil alarde haciendo;
El Dios las palmas bate
De contento, y envía
Quien humille su pompa, y bizarría.
¿Quien pondrá confïado
Su pecho en contra con audaz denuedo?

¿Quien de Uberto esforzado
Haber podrá victoria?
¿De Uberto, que al ataque marcha ledo,
Se corona de gloria,
Y con marcial acento
Para los rios, encadèna el viento?
La preciosa Serpina,
Á quien las Gracias cercan lisongeras,
Á quien Venus se inclina,
Y cuya voz sonora
Penetra blandamente las esferas,
Al Olimpo enamora,
Y á Júpiter suspende,
Que olvida el cetro, y su cantar atiende.
¿Pues como tú presides
Estas contiendas Hijo de Citeres?
Léjos de tí las lides,
Los ecos horrorosos;
Á tí solo competen los placeres:
Y los tonos sabrosos
De la grata armonía
Son de Apolo, y su casta compañía.
Mas ¡ay! que Amor es todo;
Amor en todo manda, en todo entiende;
Contra el Amor no hay modo,
No hay adarga templada,

Nada lo evita, nada lo defiende:
Pues sëa celebrada
Su grandiosa victoria;
Y en su templo la fixe la Memoria.
Uberto, que su pecho
Vé de atroces heridas traspasado,
Procura con despecho
Oponer los enojos
Al torrente de fuego arrebatado
De sus voraces ojos;
Y con aspecto grave
Demostrarla desden: mas ¡ay! no sabe.
Que Serpina graciosa
Con vigor le resiste; y, entonando
Una queja amorosa
Con eco penetrante,
Vá todas sus defensas derrotando;
De suerte que ya amante
Rinde su ánimo fiero,
Y en cera vuelve el corazon de acero.
Oye de la cadena
Agitarse los recios eslabones,
Se aíra, se enagena,
Y arrojar determina
De su pecho oprimido las pasiones.
Al templo se encamina

De la gloriosa Fama,
Que allá en su cumbre con ardor le llama.
El sanguinoso Marte
Con su arnes tresdoblado le convida:
Alegre Uberto parte.
¿Adonde confïado
Vuelas, Uberto? ¿Tu preciosa vida
Contra el querer del Hado
Ofreces á la muerte?
¿Y á Serpina abandonas de esa suerte?
Amor no la abandona;
Un esquadron la envía impetüoso
Que su empresa corona;
El Terror macilento,
Los zelos inhumanos, el furioso
Rencor, y aquel tormento,
Que el corazon padece
Quando un ansiado bien se desvanece.
No al javalí valiente
Se arrojan los lebreles tan furiosos,
Como al joven ardiente
Las crüeles pasiones,
Excitandole afectos horrorosos.
En tanto las prisiones
Va texiendo Serpina
Con trinos dulces, y expresion divina.

¡Quan en vano á la entena
El precavido Ulises se amarrara,
Si hubiera una sirena
En la playa arenosa
Que tonos tan süaves modulara!
Con rabia generosa
Sus lazos deshiciera;
Y hácia sus brazos con afan corriera.
Qual otro Timotëo,
Que el alma de Alexandro conmovía
Á par de su desëo,
Serpina la de Uberto
Mueve con su canora melodía
Con tal gracia, y concierto,
Que no hay pasion altiva,
Que de ella el movimiento no reciba.
El joven desdichado
Ya tiembla, ya desmaya, ya se agita;
Ya todo trastornado
Se confiesa cautivo,
Y con ansia á sus pies se precipita.
Mírale compasivo
Amor, le dá un abrazo
Y con Serpina le une en dulce lazo.
Serpina ya has vencido;
Ya el Amor tu victoria ha coronado;

Uberto, conmovido
Al encanto süave
De tu halagüeña voz, se ha desarmado.
Pues, si fingiendo sabe
Vencer de esa manera;
Si cantase verdad; ¡ay Dios! que hiciera.

LA QUICAYDA.

POEMA HEROYCO-CÓMICO.

CANTO PRIMERO.

Canto el enojo, y el crüél despecho,
Que produxo una rosa de cien hojas
En el sensible pecho
De la graciosa Quica; sus congojas,
Sus guerras, y su triunfo; y muy de veras
En tono grave canto frïoleras.
Oh Musa, que á los pechos aquejados
Pones delante la agradable risa,
Y lanzas al Averno á toda prisa
Los negros melancólicos cuidados,
Mi tibio pecho inflama;
Y en mi labio derrama
Con abundancia tanta tus gracejos,
Qne se estiren los tristes sobrecejos
Al escuchar mi canto,
Del modo que lo hicieron
Los que á Villaviciosa, y Thóme oyeron.
Declárame entretanto
Qual fué él principio, y los motivos graves

De guerra tan funesta;
Pues Briseyda arrancada de las naves,
No ocasionó qual esta
Infausta flor á griegos, y troyanos
Llantos tan tristes, males tan tiranos.
¡Que! ¿Pechos mugeriles
Abrigan iras qual la tuvo Aquiles?
El de la hermosa Quica generoso
No puede hallar reposo,
Desde el punto que vido
Lo mismo que juzgó jamás vería:
Sobre un sofá mullido;
Envidia del Monarca de Turquía,
Su fatigado cuerpo recostaba
Con lánguido abandono;
Y, echada como estaba,
Quexóse al ayre así con triste tono:
¿Que es esto Quica? ¿Que feroz destino
Ahora te persigue? ¿Te atormenta?
Tu imperio á tierra vino;
Como sombra fugaz de tí se auyenta
La pompa, que tenías
En mas felices días;
Ya todo se ha trocado;
¿Ese rostro de todos alabado;
Esa rara destreza inimitable

En el antiguo Amable,
Paspié magestüoso;
Fandango bullicioso,
Y en el Rey de los bayles el ligero,
El agitado, el rápido Bolero;
Tu gracia en el vestir, tu garbo, y ayre;
Tu fino gusto en la invencion de modas
Con asombro de todas;
Tu cantar con donayre,
É infatigable pecho;
Y tantos dones juntos que se han hecho?
Una muchacha extraña, una insolente
Todas estas mis prendas ha eclipsado;
Ella me arranca el cetro fieramente,
Que con tanta razon tuve empuñado
Con la invencion mas rara que se ha visto.
¿Y yo lo vëo, Cielos, y resisto?
Ahora que los vientos irritados
Roban de los jardines, y los prados
El color, y frescura,
Esa vil crïatura
En medio de Xerez con una rosa,
Que al Mayo diera lustre, se pasëa,
Estirase, y pompëa;
Y á todos se la muestra jactanciosa.
Al verla en el Invierno así adornada,

Quien por Venus la tiene, quien por Flora;
Quien la dice una cosa regalada;
Quien con chistes agudos la enamora;
Quien se humilla; quien muestra el pecho blando:
Y yo mientras estoy aquí rabiando.
La vana Presuncion, que, rodëada
De vientos, y fantásticas visiones,
Suele hacer gran morada
En casa de los míseros mandones;
Á los ricos visita;
Con el fingido literato habita;
Ama al adonis, á los nobles quiere;
Y sobre todo á la muger prefiere,
Pues nunca abandonó su compañía,
Oye el triste clamor que Quica envía;
Y al punto vá volando,
Qual lëona feroz, que el grito escucha
De los cachorros que la están robando.
Cubre su frente enorme
De largas tocas, y mongil capucha;
Su cuerpo achica al de muger conforme;
Y pone su semblante
En todo semejante
Á la antigua crïada Rosalía,
Que en la casa vivía
Mucho antes que la Abuela

De Quica se casara,
Por eso en su crïanza se desvela.
Entra la Diosa ; y al entrar repara
El magnifico adorno,
Que resplandece en torno,
Y exclama , rebosando de alegría:
Bien reconozco que eres,
En tu casa , tus galas , y placeres
Digna de que te llamen Hija mía.
Á esta postrera voz tan halagüeña
Su cabeza levanta , y enclavando
Sus ojos en los suyos : Oh tu dueña,
La dice sollozando,
Á quien unida estoy desde la cuna,
Testigo de mi fama , y mi fortuna,
Mírame derribada
Desde los altos cuernos de la Luna
Hasta la misma nada.
Una niña , una rosa.
Basta , responde , basta;
Ya se qual es tu llaga dolorosa.
Pero dime , ¿ que cosa
Un pecho generoso no contrasta?
Mas antes , porque vëas quan ligera
Te entregas al dolor , dexa ese blando,
Y perezoso asiento,

Donde estás con molicie reposando;
Levántate, los pasos acelera.
Dice, la ayuda, anima; y al momento
Le presenta un gran campo de batalla;
Empieza Rosalía, y Quica calla:
Ese esquadron primero,
Que miras äí frontero,
Mil vasos lo componen
De las entrañas del Perú formados,
Y con destreza, y gusto cincelados;
Allí en unidas filas se disponen
Enxambres de alfileres aguzados,
Cintas de mil colores,
Ya en el Sena anchuroso,
Ya en el revuelto Támesis nacidas;
Esencias de las flores,
Aun mas fragrantes que en el Mayo hermoso;
Gasas de Flandes, ó de Lëon traídas;
Allí se muestran firmes combatientes
De plumas, y garzotas diferentes;
Á este lado repara que á millares
Están polvos, pomadas, y lunares;
Al otro la copiosa artillería,
Que rica Ormuz envía;
Aquí se halla el Diamante poderoso,
El ardiente Rubí, verde Esmeralda,

El Topacio amarillo qual la gualda,
Zafíro jactancioso,
Purpurado Jacinto;
Todos en esquadron no bien distinto,
Qual campëones fieros
Hacen brillar los bárbaros aceros,
Á cuya altiva vista
No hay pecho tan feroz que se resista.
Todas estas valientes huestes, Quica,
Están á tus mandatos siempre atentas;
Ordena, pues, dispon, preven, indica,
Verás como al combate van contentas:
Ni tremendo cañon, ni aguda pica
Detendrán su vigor; porque sedientas
De laurel inmortal, de eterna gloria
Te darán sin remedio la victoria.
Qual será atlante del batido pelo;
Qual ornarále con cien mil labores;
Qual como estrella brillará en tu cielo;
Y qual para inspirar dulces amores,
En tu rostro, en tu pecho, con anhelo
Pondrá reclamos, formará primores,
De modo que se rinda el mas osado.
¿Y aun tu espíritu se halla desmayado?
Dixo, y siguióse un rato de silencio;
Mas Quica con larguísimo suspiro,

Tu dictamen, responde, reverencio,
Ese exercito admiro;
Mas fáltame el campëón, por quien deliro;
Faltame aquella rosa. . . . .
¿Serás con ella acaso mas hermosa?
Llena de rabia la Deydad replica.
Estremecióse Quica.
Entonces la fingida Rosalía
Descorre el claro velo,
Que el luciente cristal les encubría.
¡Qual fué la admiracion; qual el consuelo
Que tuvo la heroína
Al ver su rostro al vivo retratado!
Admira la tez fina,
El color entre leche sonrosado,
La lumbre de sus ojos centellante,
Su boca reducida,
Que al mas cobarde con ardor convida
Á robos amorosos al instante.
Quédase sorprendida, y admirada;
Mas volviendo del estasis: De nada
Me sirve, Rosalía, exclama ¡ay triste!
Hermosura fatal, que no resiste
El poderoso encanto de una rosa:
Pues la pena de verse así vencida
Se aumenta á proporcion de ser hermosa.

Si el Hijo de Prïámo no excediera
Á griegos, y troyanos
En valor, y en esfuerzo, fueran vanos
Los trofëos que Aquiles consiguiera:
Así Tirsa consigue mayor gloria,
Y tiene mayor triunfo en su victoria.
Pues quita, quiebra, rompe, despedaza
Las macetas, las rosas, que conserva;
Á ninguna reserva.
Esto dice la Diosa, llega, abraza
Á la afligida Quica, dála un beso;
Y luego se convierte en humo espeso.
Sintióse con su tacto trastornada
La heroína, hasta entonces envidiada;
Y que, hinchandose el cuerpo por momentos,
Ni en sí, ni en su aposento ya cabía:
Conoció la Deydad, y quando huía
Dirigióla estos míseros lamentos:
¿Tambien tú eres conmigo rigurosa?
¿Te burlas de mis males,
Tomando una apariencia mentirosa?
¿Huyes de mí, me dexas,
Como suele el comun de los mortales,
Entregada á mis quejas?
¿Porque no quieres, Diosa,
Qual Madre cariñosa

Desahogue en tu pecho su amargura
Una Hija que te adora con ternura?
La Deydad con su llanto conmovida,
Aunque estaba resuelta en ayre vano,
Esparció con dulzura, y franca mano
En torno el corazon de su querida
Un suave rocío,
Para que nunca su constante brío
En ella desmayara,
Aunque la tarda senectud llegara.
No quedó Don Quixote tan ufano
Quando se vió por mano
Del socarron ventero
Armado en un instante Caballero;
Porque emprender proezas ya podía;
Y dar cabo al proyecto que tenía
De hacer resucitar en toda España
La andante feodál Caballería:
Como Quica al pensar la traza extraña,
Que para su consuelo dió la Diosa;
Pensaba en una empresa tan gloriosa;
Y, no sabiendo á quien fiar la hazaña,
Sorprendióla la noche tenebrosa.
Ya estaban los magnificos salones
De su inmenso palacio
Con tanta claridad como de día;

Gentes de todos sexôs, y naciones
Ocupaban su espacio;
Y esta graciosa diferencia hacía
De mil modos variar las diversiones.
Unos, mil vueltas dando á la Gaceta,
Discurren del estado de la Europa,
Y las nuevas que traxo la estafeta;
Del nervio de la tropa,
La marina, el comercio, y el dinero;
Otros en un estilo mas ligero
Tratan de modas, cintas, y colores;
Estos no gustan sino hablar de amores;
Aquellos dos á dos apareados,
Y á las esquinas de un altar sentados,
Ofrecen incesantes sacrificios
Á las Deydades, que Bilhan compuso,
Madres horrendas de funestos vicios:
Quatro naciones entre sí dispuso
Tan fieras, tan ayradas,
Que nunca entre ellas hay paz, ni concordia;
Hay agudas espadas,
Oros corrompedores,
Copas ardientes, y robustos bastos,
Perpetuo manantial de la discordia.
¡Que de guerras, y horrores
Que de afanes, y gastos,

Nos conserva la Historia,
Que esta maldita casta ha motivado!
No obstante con un modo sosegado
Riñen ahora sin causarse grima,
Qual suelen los que juegan á la esgrima.
Á la otra parte jóvenes festivos
Explican con cantares expresivos
Quanto el corazon siente;
Tocando la vihuela diestramente
Como pudiera Orfëo;
En este del placer dulce musëo
Cada qual contentar su humor procura;
Qual ríe, qual discurre, qual murmura.
En tanto la matrona, que un instante
Del corazon no aparta su tormento,
Que cabila en la rosa, y el momento,
En que ha de verse con honor triunfante,
Las anchurosas salas rodëando
Con sus ojos ardientes,
Nota, y señala del inmenso vando
Los bravos combatientes,
Capaces de acabar tan alta empresa;
Y entre la turba espesa
Elige á Nuño, Mendo, y Pardo, iguales
En edad, condicion, y hazañas tales;
Por lo qual se promete

Salir con bien del hecho que acomete.
Llámalos la amazona, y, dividiendo
Dos puertas de cristal, los introduce
Paso tras paso sin causar estruendo
Á un lindo gabinete, donde luce
El fino gusto á par de la riqueza,
Cierra, callan, atienden, y ella empieza.
Ilustres campëones,
No pretendo moveros con razones
Ni eloqüencia estudiada;
Una muger os habla, y agraviada.
Su sexô, vuestro honor, y el alto hecho,
Digno de heroyco pecho,
Encenderá mejor el fuerte brío,
Que aguardo ahora para alivio mío....
Los tres estaban sin chistar oyendo
Aquel exôrdio extraño, y estupendo:
Pero con la venida
De Clara la oracion fué interrumpida;
Clara Sacerdotisa, cuyo oficio
Era á tal hora hacer un sacrificio.
Sobre una ara preciosa,
Cubierta de manteles alemanes,
Deposita la ofrenda deliciosa
Con puros reverentes ademanes;
Aquí pone oficiosa

Tazas de China en oro perfiladas;
Allí un grande monton de rebanadas
Sutiles en extremo,
Pero muy bien tostadas;
Mas allá se levanta
Tal como el promontorio Caridemo
Otro mejor de bélgica manteca;
No se vió copia tanta
De peregrinos desde Ceca á Meca
Como aquí de vasijas, é instrumentos.
Pero en medio se eleva por momentos
Un celeste vapor, que derramado
En torno, dá vigor al mas postrado.
¿Quien, pues, será este agente poderoso,
Que sorprende al senado
Con un modo tan raro, y delicioso?
Quien sino el chino Thé, cuya dulzura
Al estómago débil asegura;
La sangre purifica;
Y el corazon caído fortifica.
Llenan las tazas de licor sagrado;
Las vacian de contado:
Mas haciendo con una Quica pausa,
Escuchad, exclamó, qual es la causa
De haberos en tal sitio rëunido.
Hasta ahora he tenido

El imperio entre todas las mugeres.
¡Que gustos, que placeres
Que ofrendas, que oblaciones
No debí á los humanos corazones!
Mas ¡ay! que ya mis glorias se acabaron;
Mis días ya pasaron.
Si por acaso hubiera
Robado mi vigór la vejez fría,
Ó mi semblante demudado viera,
Por cierto entonces no me quejaría;
Pues tengo un corazon bastante fuerte
Para arrostrar los años, y aun la muerte.
Pero una niña astuta, una insolente,
Ornando el pecho altivo con la rosa
Mas fresca, mas hermosa,
Que en jardín se crïó con dulce ambiente,
Encantada sin duda,
Mi erguido trono á su aposento muda,
Donde acuden enxambres numerosos,
De jóvenes, que á mí dieron incienso:
En vosotros, que siempre valerosos
Seguisteis mis banderas,
Remedio á mis pesares hallar pienso,
Curando mis heridas lastimeras.
No os acobarde el hecho que medito:
Para subir al templo de la Fama

Hay trabajo infinito;
Y héroe solo se llama
El que arrostra peligros como Alcides,
Saliendo vencedor de todas lides.
Esta noche, fortísimos varones,
Armados de valor, y sufrimiento,
Quisiera que asaltaseis los balcones
De esa Tirsa, arrancando de cimiento
Quantas rosas mantiene en sus macetas.
Qual fieros Masagetas,
Que, despues de ganar una victoria
Tronzan, destruyen, rompen, desbaratan,
Hieren, mutilan, atropellan, matan
Con crüeldad notoria;
Y nada se ve exênto de su furia:
Así para vengar mi grave injuria,
Quiero en vosotros un igual corage;
Cada qual quiebre, y con furor desgaje
Los capullos, renuevos, y botones:
Esto una dama os ruega, campëones.
Dixo; y tomando Nuño en la robusta
Mano una taza, con vigor exclama:
Por este soberano Thé divino,
Que tanto fortalece al que le gusta;
Por aquella olorosa sacra llama,
Que en derredor se eleva de contino

Quando para beberlo se prepara,
Hermosa Quica, juro
Con el ardor mas puro,
Que ha de ser mi venganza la mas rara.
Tú serás esta noche complacida;
Rosa, ni tallo quedará con vida.
Dixo; y haciendo con la propia taza
Una pequeña libacion, la entrega
Á sus dos compañeros;
Y así que la gustaron,
Del mismo modo en el altar juraron
Con votos tan ardientes, tan sinceros.
Quedó Quica bañada de alegría.
Ya entonces se sentía
Del látigo sonoro el estallido,
El parar las carrozas, con el ruido
De pages impacientes
En buscar á sus amas diligentes,
Dando prisa por irse.
Empieza cada qual á despedirse
Con rancio fastidioso cumplimiento;
Y vacian el palacio en un momento.

LA QUICAYDA.

CANTO II.

La obscura noche á todo andar corría,
Y á todos los vivientes sumergía
En un pesado sueño;
Quando los tres, constantes en su empeño,
Parten para la empresa proyectada;
Y haciendo una parada
En medio de una plaza, convecina
De la calle, dó el hado los destina,
El loqüaz Nuño, como si no hubiera
Otra cosa que hacer, de esta manera
Discurre con sus caros compañeros:
¡Quien sabe si en los siglos venideros,
Haciendose famosa nuestra historia,
Y digna de tenerse en la memoria,
El autor, encargado
De cantar una hazaña tan gloriosa
En dulces versos, ó acendrada prosa,
Dirá con un estilo levantado:
Era de noche, y en profundo sueño
Los fatigados cuerpos reposaban;

Las selvas, llenas del antiguo leño,
Y los inquietos mares descansaban;
En un deliquio blando, y halagüeño
Hombres, aves, y fieras se encontraban;
Huían de la mente los cuidados;
Y estaban los trabajos olvidados:
Quando los tres valientes campëones,
En fé de su promesa, y juramento,
Olvidando los mórbidos colchones,
Salieron presurosos á su intento;
Asaltando de Tirsa los balcones,
Las rosas, y renuevos al momento
Con manos atrevidas arrancaron;
Complacieron á Quica, la vengaron.
¡Dichosa edad! ¡Oh siglo venturoso
En que saldrán á luz tales hazañas,
Dignas de que un Homero sonoroso
Las cante á las naciones mas extrañas!
Yo prevëo este día tan glorioso.
Tienes Nuño razon; no, no te engañas.
No el rapto violador de las Sabinas
Se igualará jamás al que imaginas.
Calló Nuño, sin duda satisfecho
De su larga oracion, de su elcqüencia;
Pero Mendo no pudo con paciencia
Retener en su pecho

La risa, con sus frases excitada;
Y soltó una tremenda carcajada:
Qual suele resonar el seco trueno
En techo embovedado,
Haciendo estremecer todo el terreno;
Retumbó aquel rëir inmoderado
Por los ángulos todos de la plaza,
Sin que para acabar hubiese traza.
El venenoso Chisme, que yacía
En los toscos umbrales
De una bien inmediata Escribanía,
Despertó á risas tales;
Y escuchó á su sabor quanto decía
La hueste de las rosas destructora;
Con planta voladora
Encamínase en busca del Desvelo.
Halla un palacio, que parece al Cielo
Escalar con su mole suntüosa;
Entre gruesas columnas granadinas,
De terso jaspe, y en color sanguinas,
Se revuelve la puerta poderosa;
Cubierta, y tachonada
De aromático cedro, y bronce duro;
Esta, qual fuerte muro,
Impidiendo la entrada
Á toda alma viviente,

Un augusto silencio allí conserva.
El Chisme, que lo observa,
Métese prestamente
Por los resquicios breves de sus juntas;
Que no hay espadas con agudas puntas,
Ni cañon, ni muralla, ni ancho foso,
Que detengan al Chisme venenoso.
Penetra los salones interiores,
Donde admira riquezas, y primores;
Griegas estatuas; láminas, pinturas
De los mas celebrados profesores;
Flamencas colgaduras;
Alfombras turcas; cómodos asientos,
Con plumas mexicanas rellenados;
Espejos en la Granja trabajados;
Y otros muchos portentos;
Sigue con pasos lentos
Hasta hallar una alcoba retirada,
Del ayre, el Sol, y el ruido resguardada;
En medio se levanta un rico lecho,
Sin duda de algun hombre de provecho,
Mullido, terso, holgado,
De pomposas cortinas rodëado.
Aquí, aquí, dice el Chisme, está el Desvelo.
Vá á pisar el umbral, y dá en el suelo.
¿Quien se interpone aquí? ¿Quien atrevido

Me impide el paso? Exclama enfurecido.
La Indolencia, la puerta atravesando,
Yacía allí roncando;
Y con el fatal tropiezo
Sacude el sueño blando
Con un perezosísimo bostezo;
Entreabriendo sus ojos adormidos,
Al Chisme presta oidos;
É, informada del fin de su venida,
Le dice así con voz desfallecida:
¿Tambien tú, alucinado
Por las acaloradas descripciones
De los pöetas pobres, has juzgado
Que en soberbios salones,
Entre el rico arteson, y el estucado
Habitan el Desvelo, y el Cuidado?
¡Que error! ¡Que desatino!
Solo yo reyno aquí. Mi dulce trono
Está aquí de contino.
Aquí vivo, aquí mando, aquí doy tono;
Y nada se hace aquí sin mi anuencia:
Esta es la casa en fin de la Indolencia.
¿Que le importa al Señor que, sumergido
En la triste indigencia,
Carezca de sustento el desvalido;
Si mantiene una mesa, en que á millares

Se sirven los manjares,
Por el arte variados,
Y con nombres extraños bautizados?
¿Ni que la sed ardiente
Al jornalero aqueje, y atormente,
Sí, ageno de pesares, y sudores,
Le envían sus viñedos liberales
Mil fragrantes licores,
Que apagan sus ardores
En medio de las cenas bacanales?
Su casa, sus alhajas, su vestido,
Su mueblage fastoso;
Su coche primoroso,
En Londres construído,
Al estilo de China charolado,
Y de recios frisones arrastrado;
Sus banquetes, su luxo, sus placeres,
Dando envidia á los hombres,
Y exitando el deseö á las mugeres,
Es solo lo que llena sus idëas.
No le deleytan los gloriosos nombres,
Que se adquieren en bárbaras pelëas;
Ni al mundo todo estima en una paja,
Ni nada le desvela;
Por el ageno bien jamas anhela;
Ni aun para si trabaja:

Que el egoismo fino, de que abunda,
Hace que goce de una paz profunda.
Así no vengas con falaz estilo,
Y susurro insinuante malicioso
Ahora á perturbar el dulce asilo
Del eternal reposo.
Busca, busca al Desvelo
En casa de un mortal meditabundo,
Que con ardiente zelo
Trabaje en hacer bien á todo el mundo;
Cuyo color caïdo, y macilento
Te haga ver al momento
Que solo le consuela
La dicha de los otros; y así pasa
El dia con afan, la noche en vela.
Y al instante te marcha de esta casa:
Pues este es un hablar demasïado,
En contra de lo usado
Por mí, y por mis sequaces indolentes.
Quedósele la voz entre los dientes,
É, inclinando de pronto la cabeza,
Suspira, se espereza,
Se recuesta, se duerme, y dá un ronquido.
Desengañado el Chisme, y aturdido
Sálese del palacio suntüoso;
Y busca presuroso

Al Desvelo en estancia menos rica:
Corre las calles, y el öído aplica;
Mas todo se halla en sueño sepultado.
Y quando ya cansado
Desesperando vá de tal empresa,
Al encuentro le sale á toda priesa
El ansiado Desvelo;
El gusto, y pasmo lo volvió de yelo.
Lleva el Dios la cabeza, coronada
De cien brillantes ojos veladores,
Que adormecer no puede jamas nada;
Antes bien con sus puros resplandores
Deshace la pereza; y, disipada
En átomos sutiles, y vapores,
Pone la imaginacion en movimiento;
Sin dexarla parar solo un momento.
¿Qué me quieres? Le dice, aquí me tienes.
El Chisme entonces: Uno de los bienes
Mas grandes que jamas he deseädo.
Vëó marchar con paso acelerado
Tres guerreros robustos
En contra de placeres, y de gustos.
No vomitó el Averno tenebroso
Nunca monstruos mayores.
Son nada los horrores,
Que sufrieron con pecho valeroso,

Y admirable constancia
Troya, Astapa, Sagunto,
Y la inmortal Numancia,
Con aquellos que ahora yo barrunto.
¡Con qué extraña algazara,
Con qué alegria marchan, y alborozo!
Cada qual se prepara
Á que exceda á los otros su destrozo.
¡Oh pérfidos Sinones,
De noche executais vuestras trayciones!
Una pobre inocente está durmiendo,
Bien agena por cierto del tremendo
Esquadron que á su casa se encamina;
Y en tanto, meditando su rüina;
Previenense asechanzas,
Largas escalas, hierros belicosos,
Asaltos, robos, bárbaras venganzas,
Y un sin fin de pesares horrorosos.
Llenaráse la tríste de quebranto.
¡Qué rabias, qué chillidos, y qué llanto!
Apurará sus frases mugeriles;
Y las angustias contaránse á miles.
Yo acabo de escucharlo,
Acabo de mirar la hueste altiva.
No tienes que dudarlo.
Si no lo estorvas tú con mano activa,

Esta noche será por desastrada
En los fastos del mundo señalada.
Escuchaba el Desvelo embebecido,
Sin menëar los ojos aunque ciento,
Ni apartar el öído
Al empezado cuento;
Y, viendo no acababa,
Con voz le dixo amenazante, y braba:
Ó acabas, ó despierto
De su largo letargo á los mortales,
Para que lleguen á saber de cierto
Que eres el mas horrible de los males.
El Chisme, al escuchar esta sentencia
Á temblar empezó con la violencia,
Con que suele agitarse el desdichado,
Que en las minas de azogue ha trabajado.
Y así el tema siguió con voz sumisa:
Tu persona, oh Desvelo, me es precisa
Porque robar intentan unas rosas,
Que nunca las he visto mas hermosas.
Despierta á la ofendida;
Y la trama será desvanecida.
El Desvelo mas blando, y mesurado
Conviene de contado;
Y, transformados ambos en mosquitos,
Vuelan en busca del dorado lecho,

En que Tirsa descansa dulcemente.
El Silencio con pasos muy queditos
Se acerca, y oye el hecho
Por estos turbadores meditado;
Se agita extrañamente;
Porque teme que al grito destemplado
De Tirsa será al punto desterrado,
Ocupando su trono
El confuso Rumor con alto tono.
Y vuelto acia la Noche,
Que entre nubes guïaba el tardo coche,
¿Y permites, le dice, que al Desvelo,
Tu enemigo mayor, mueva una guerra,
Que cause espanto al suelo,
Y cubra de cadáveres la tierra?
Acude, acorre, aguija
Tus caballos valientes; que al azote
Del látigo sonante los aflija,
No los lleves al trote,
Sino al escape con doblada rienda,
Como esquadrones que entran en contienda.
Esto dixo el Silencio resentido;
Y solo de la Noche tenebrosa
Fué su lamento oído,
Qual Hijo de su Madre cariñosa.
Detubo el fuerte carro; y, contemplando

Desde su regio asiento
El fiero encono de uno, y otro bando,
Revolvió el agitado pensamiento.
Y temió con razon que, interrumpido
Su tranquilo sosiego,
Se renovase el ardimiento griego
Quando el sagrado Ilión fué destrüído.
Por una parte mira á los guerreros,
Que caminan ligeros
Á la empresa feroz, cuya osadía
Causará espanto al venidero día.
Contempla á Nuño, y Pardo, que animosos
Sostienen en sus hombros poderosos,
Sin la menor señal de sobresalto,
La escalera fatal para el asalto;
Y que Mendo su xefe como experto
Los conduce con orden, y concierto:
Pavor la hueste infunde, y con su peso
Treme la tierra, gime el ayre espeso;
Pues en sus rostros, gestos, y ademanes
Brilla el fuego interior, que los anima
Por llegar á la cima,
Donde arriban tan pocos capitanes.
Por otra parte vé como el Desvelo
Con resonante vuelo
Vá á causar una alarma estrepitosa.

Tírsa en su lecho con quietud reposa;
Pues juzgando de todos ser amada,
Sin sustos se inclinó sobre la almohada:
Un sueño delicioso, un sueño blando
Está sus finos miembros regalando:
Contempla su placer, siente su pena;
Y aunque un pesar terrible se le ordena,
Lo juzga por menor que despertarla;
No solo por privarla
De la dicha que goza dulcemente;
Sino por el furor, y rabia ardiente
De que será animada
En viendo su ventana profanada;
Y porque, siendo al punto descubiertos
Los fieros campeones,
Habrá quien quiera enderezar entuertos,
Y, desnudos, saliendo á los balcones,
Con broncos ecos, y ademan horrible
Los llenará de injurias, y baldones.
Es la Noche bondosa, y apacible,
Amiga del sosiego,
Sumamente callada,
Ella del amador oculta el fuego,
Y por ella jamas se sabe nada;
Sobre todo al honor guarda en extremo,
Como el don mas supremo

Del hombre; y no permite
Que ninguno á ninguno se lo quite:
Y así todos en ella se confían.
Su mente revolvían
Estas tan delicadas reflexîones;
Mas al fin determina
Favorecer los fieros campëones.
Dexa el carro de plomo á sus bridones,
Mas negros que la endrina,
Encarga lo dirijan por el Cielo;
Y, extendiendo sus alas horrorosas,
Con firme, y presto vuelo
En busca se encamina
De la mas altanera de las Diosas.
Encuentrala metida
En el cerebro reducido, y vano
De Quica su querida:
Allí trabaja con ardor insano
En formar un precioso microscopio
De un viento muy sutil, y el amor propio,
Que en su concavidad hay esparcido:
Este, luego que sëa construido,
Servirá á las bellezas,
Que quieran contemplarse;
Para que anarcisadas sus cabezas
Á fuerza de mirarse,

Se envanezcan de modo,
Que llenén de fastidio el mundo todo.
Interrumpió la Noche su cuidado;
Contóle de su gente
El peligro inminente;
Y ambas partes con vuelo apresurado
Á la casa de Tirsa su contraria,
Tëatro de la guerra sanguinaria.
Ya cerca se escuchaban los mosquitos;
Y el eco de sus trompas resonantes
Crecía por instantes,
Produciendoles sustos infinitos;
Ya entre las densas sombras divisaban
Las armadas cabezas, y las zancas,
Á trechos negras, y á pedazos blancas;
Y de su próxîmidad casi temblaban:
Quando la Presumcion los esquadrones
Convoca de fantásticas visiones;
Y que cerquen la casa al punto ordena.
No de otro modo un General refrena
Á la activa veloz caballería,
Quando se echa con ánimo impetuoso;
Rëune presuroso
Sus huestes; las encubre
Con la mas valerosa infantería;
La fiera artillería

Los ángulos, y puntos flacos cubre;
Y quando le acomete
El ardiente ginete,
Halla un muro erizado
De picas, bayonetas, y cañones;
Por uno, y otro lado
Revuelve los bridones
Por si encuentra algun flaco descubierto.
Pero, viendo de cierto
Su empresa ya frustrada,
Á su campo corrida dá la vuelta
Con batiente talon, y rienda suelta.
Las visiones así cubren la entrada
De aquellos monstruos fieros,
Que volaban ligeros
En derredor la casa, no encontrando
Ni puerta, ni ventana, ni resquicio,
Por donde cometer el hecho infando;
Pues con maña sutil, con artificio
Todo estaba por ellas trastocado:
El esquadron alado,
Perdida la paciencia, y la esperanza,
Retírase enfadado;
Mas jura la venganza.
Por la primera vez á boca llena
La Presuncion rïóse;

¿Y habrá, dixo, quien ose
Con pecho altivo, ni con faz serena
Á competir conmigo?
¿Quien puede declararse mi enemigo
Sin que sëa al instante
Víctima de un desëo tan gigante?
Con estas reflexîones
Hinchábase, y crecía;
La amable Noche oía,
Sin dar respuesta alguna á sus razones.
Y así, hablando aquella sin concierto,
Y esta sin desplegar sus secos labios,
Huyeron los mosquitos como sabios,
Y llegaron los tres al dulce puerto:
Y, al ver ya comenzar la horrible guerra,
Paróse el ayre; se asombró la tierra;
El Cielo se quedó sin movimiento;
Y estuvo todo á la batalla atento.

LA QUICAYDA.

CANTO III.

Hagamos alto, el fuerte Mendo dixo.
Y, llenos de placer, y regocijo,
De sus valientes hombros derribaron
La poderosa carga, que tomaron.
Largo espacio ocupaba
La tremenda escalera;
Á par de ella gozosos se sentaron;
Cada qual esperaba
Que hablase el Capitan; de esta manera
Habló á la hueste valerosa, y fiera:
Generosos amigos, compañeros
De todas mis empresas juveniles,
¡Que gusto me dá veros
Tan arrogantes como el mismo Aquiles!
Mas temo que desmaye el ardimiento
Por falta de calor, ó de sustento
No os engañe el espíritu inflamado.
Quien no frequenta el trato delicado
De Ceres, y de Baco no peleä.
No me ocurre la ideä

De que no hayas cenado
Con el fuerte apetito acostumbrado.
Mas no basta: es preciso que apuremos
En honor del gran Baco belicoso,
Por el peligro enorme en que nos vemos,
El licor de Marsella generoso.
El discurso aprobó la compañía
Con general aplauso, y alegría:
Entonces Mendo saca del bolsillo
Uno, y otro frasquillo
De rosoli fragrante, y aceytoso;
Reparte vasos, y el licor destila
Gota á gota en su seno delicioso.
Al punto despavila
La trinca alegre frascos, y mas frascos
Que moros despachó, rompiendo cascos,
Diego Perez de Vargas
Con el ñudoso ramo de una encina;
Por cuya fuerte hazaña peregrina
Nombráronle Machuca en adelante.
Así allí perecieron al instante
De anís, canela, clavo, cinamomo,
De nuez, naranja, de limon, y amomo
Un sin fin de frasquillos Marselleses.
Ya aquellos campëones esforzados,
Con tal fuego inflamados,

Desprecian los reveses
De la falaz fortuna;
Ya sus ojos brillantes, y animosos
Demuestran que no temen cosa alguna;
Ya piden el combate; ya furiosos
Esgrimen cortadores instrumentos
En contra de las rosas, y macetas.
¡Tanto de gloria, y fama están sedientos!
Viendo Mendo sus tropas tan inquietas,
Dió la ansiada señal de acometida.
Al punto fué traïda
La escala prodigiosa;
Arrímase á los muros; presurosa
La hueste se abalanza;
Todos quieren subir con la esperanza
De señalar su brazo en el asalto;
Pero Mendo les dice: Amigos, alto;
Tened mas sangre fría, mas paciencia;
No por falta de ardor los Generales
Sufrieron las derrotas mas fatales;
Por falta, sí, de juicio, y de prudencia.
No podeis subir todos.
En las batallas por diversos modos
Se adquiere eterna gloria:
Lo mismo contribuye á la victoria
El que mantiene un puesto interesante,

Que el que pelëa con furor violento.
Echemos suertes, que yo estoy contento
Con ser de vuestro honor participante,
Aunque la mía sëa la tercera,
Y me toque teneros la escalera.
Dixo: y tomando con vigor del suelo
Una paja de avena, allí traída
Sin duda por el cielo;
Y, en partes desiguales dividida,
Presentóla á los dos; ellos sacaron
La suya cada qual con mano tarda:
Que teme, y tiembla quien su dicha aguarda.
Las pajas al momento exâminaron:
Á Pardo le tocó la primer suerte;
Todos lo celebraron,
Pues era Pardo fuerte,
Su color á su nombre semejante,
Y con un corazon como el diamante.
Ni bayle de candil, ni broma alguna
De aquellas que aun no vé la opaca Luna,
Se forjaron jamás, sin su asistencia;
Á todas las honró con su presencia;
En ellas se le halló siempre el primero;
Y solo al retirarse fué el postrero.
La segunda de Mendo fué, y por poco
El inmenso placer lo vuelve loco;

Pues á pesar del juicio que mostraba,
Y prudencia, que tanto aconsejaba,
Mas que nadie era osado , y atrevido.
Solo Nuño quedó triste , abatido,
Baxa la vista , con rubor la cara,
Por serle la Fortuna tan avara.
Reconcentró el dolor dentro del pecho;
Tomó la escala ; la apoyó en el muro;
Apartóla algun trecho,
Y púsola en seguro.
Y en tanto que en silencio la tenía,
El gran Pardo subía,
Y á muy corta distancia
El formidable Mendo le seguía,
Mostrando en los semblantes su arrogancia.
Los escalones últimos pisaban,
Y al balcon deseädo no llegaban;
El arte colocóle á tal altura,
Que intentarlo alcanzar era locura.
En tanto aprieto Pardo vuelto al Cielo
Exclamó con dolor , y desconsuelo:
Oh Deydad , que inspiraste á la gran Quica
Este descomunal horrible intento,
Tu dulce oído aplica,
Escucha mi dolor , vé mi tormento;
É inspíranos un medio que bastante

Sëa para salir con la victoria,
Que con esfuerzo, y ánimo constante
Emprendimos llevados de la gloria.
Sino, Deydad, te juro....
La Presumcion oyó su triste queja
Desde la cima de la postrer teja
De la casa de Tirsa, que allí estaba,
Que otro puesto mas alto no encontraba;
Movióla el corazon; y mas que todo
El fuerte juramento; pues temía
Que excediese en el modo
Al que hacer por la Estygia se solía.
Baxó por un momento, rodëóle;
Y el remedio inspiróle
Para la fiera angustia, que tenía.
Pardo al punto deslía
La gran faxa, que ciñe su cintura,
De aquellas que en Granada se trabajan;
Toma una punta Mendo, la asegura;
La otra al ayre la tiran, y la encaxan
Entre los hierros del balcon de suerte
Que pasa, y baxa sin pararse un punto:
Y Pardo que lo advierte
Siente animarse el corazon difunto,
La coge, la dá á Mendo;
Y le dice: En tus manos encomiendo

El principio de empresa tan osada.
Mendo, que nunca se aterró de nada,
Rëune los dos cabos; con presteza
Por ellos se encarama; como suele
El agil gurumete, quando empieza
Con fuertes golpes á cambiarse el viento,
Y al navío compele
Á un peligroso extraño movimiento,
Que iza las velas, los juanetes muda,
Tira, recoge, pliega, envuelve, añuda.
Pardo le sigue con igual soltura,
Y al momento se encuentran en la altura.
Entonces Pardo, el pedernal hiriendo
Con el fuerte eslabon, chispas saltaron;
El balcon á sus luces registraron,
Con presta vista sin causar estruendo.
Contemplan colocados en hilera
Tiestos de Talavera,
Blancos, y azules, sobre todo finos,
Muy semejantes á los vasos chinos;
Y que encima con gracia descollaban
Las prodigiosas rosas que buscaban.
Á su vista encendióse su ardimiento;
Y, sacando cuchillos cortadores,
Empiezan al momento
Á exercer sus furores.

Como quando el valiente Don Quixote
Acometió al retablo enfurecido
Al mirar que á Gayferos mas que á trote
Perseguían los moros, con gran ruido
De añafiles, dulzaynas, y tambores,
Mezclados de alaridos, y clamores.
Y soberbio, y colérico, y rabioso
En medio de la bárbara canalla
Arrojóse con ímpetu furioso,
Travando desde luego la batalla
Con la espada feroz, que parecía
Un rayo que del Cielo descendía:
Y á diestro, y á siniestro repartiendo
Golpes, reveses, tajos, cuchilladas,
Caían los contrarios con estruendo,
En diversas figuras mutiladas;
Quien sin pies, quien sin ojos, quien hendido,
Y quien en varios trozos dividido.
No de otro modo con feroz denuedo
Rompen los tallos de las frescas rosas;
No les causa pavor, no infunde miedo
Á sus terribles almas belicosas
Ni las hondas raíces poderosas,
Ni los pinchos agudos,
Que en torno las defienden, y rodëan;
Pues sus brazos membrudos

Tronzan, y arrancan, rajan, y pelëan.
Yace aquí por el suelo destrozada
Una rosa en extremo delicada,
Con las pintadas hojas esparcidas,
Que el ayre agita con impulso leve;
Allí están en pedazos divididas,
Tanto que á lloro su desgracia mueve,
Mil reynas de las flores,
Ajados sus colores,
Perdida su fragrancia,
Y humillada ya toda su arrogancia.
Mas allá cien capullos, separados
De sus vástagos tiernos todavía,
Y sin sazon cortados;
Ufano cada qual se prometía,
Desplegar con el tiempo su hermosura;
Y con pompa ostentando su frescura,
Sus matices variados, y exquisitos,
Conseguir dar envidias á infinitos
Por verse colocado en algun pecho
De Amor querido, y por las Gracias hecho:
Mas ¡ay Diós! que la mano destructora
De Pardo tan osados pensamientos
Desbarató en una hora;
Y, dispersos sus débiles fragmentos,
Solo causan ahora . . . .

Un profundo dolor, triste agonía.
Mas adelante roto se veía
Un poderoso arbusto,
Que él solo se creía
Resistir al exército robusto;
Sus punzantes espinas oponía;
Ya los dos campëones desmayaban;
Ya la sangre caliente,
Que de sus fuertes dedos derramaban,
Empezaba á enfríar su animo ardiente;
Quando Mendo, los brazos levantados,
Estas palabras dirigió á los Cielos:
¿Este fin reservado á mis anhelos
Estaba por los hados?
¿Porqué me disteis ánimo atrevido,
Si por un enemigo tan pequeño
Debía ser vencido?
Dadme vigor; sino romped el sueño
De Tirsa, haciendo vëa los despojos;
Que mas vale morir en este caso
Al relámpago activo de sus ojos,
Que no mirarme de vigor escaso,
Y salir con vergüenza de una empresa,
Que crëí terminada bien apriesa.
Dixo: y sintióse el afligido pecho
Con un divino ardor fortalecido;

Arrójase al contrario; en lazo estrecho
Lo mantiene gran trecho
Por el vástago asido:
Mas de tanto tardar desesperado,
En alto levantando la maceta,
Á la calle la tira sin cuidado.
¡Pobre Nuño! Si un poco se descuida
Esta es la postrer noche de su vida.
En tanto que esto pasa,
Andan en torno el Chisme, y el Desvelo
En busca de la casa:
Mas no pueden lograr su ardiente anhelo
Por el cerco que tiene de visiones;
Por lo qual los valientes campëones
Llevan á cabo la tremenda hazaña
Con una prontitud jamás oída.
Rebienta el Chisme de despecho, y saña,
Y el Desvelo ya mira por perdida
La empresa proyectada,
Pues no encuentran la alcoba deseäda.
Mas ocúrrele al Chisme un pensamiento,
Que le da nuevo ardor, y nuevo aliento;
Dice, pues, al Desvelo:
No todo se ha perdido; aun quiere el Cielo
Que esta noche alcancemos la victoria.
La senda de la gloria

Es estrecha, y dificil de subirse;
No hay, amigo Desvelo, que afligirse.
¿Conoces á Berardo,
Aquel joven gallardo
De ronca voz, y corazon devoto,
Que por un santo, y fervoroso voto
Tiene encargo, y gobierno
Del piadoso rosario de la Aurora,
Despertador eterno
De los que asisten en aquella hora?
Pues mira en ese el Iris, que nos muestra
El Cielo favorable
Para la empresa nuestra.
Mejor ninguno para el caso es dable.
Vamos luego á buscarle, que confio
Salga adelante el pensamiento mío.
Dixo: y batiendo las sonantes alas,
Él, y el Desvelo parten como balas;
Y despues de mil vueltas, y rodëos
Encuentran el alivio á sus desëos,
La casa de Berardo; allí reposa
En un lecho modesto
Al lado de su esposa,
No imaginando despertar tan presto.
Pero la hueste voladora, y brava
Una sangrienta lid horrenda trava

Contra el pobre dormido;
Y él, del fuerte aguijon viendose herido,
Sacude el tardo sueño
Con disgustado ceño;
Arrójase del lecho; y aturdido,
Creyendo que ya es tiempo del rosario,
Agarra la molesta
Campana; sale; y á moler se apresta
Á todo el soñoliento vecindario.
Su destemplada voz, su ronco acento,
De un continuo repique acompañados,
Alteran muchos pechos sosegados,
É interrumpen tal vez algun contento.
Y alguna alma *pacata*
De encogida doncella, ó de bëata
Al bronco son del áspero instrumento
Crëe ver mil visiones,
Como brujas, encantos, procesiones.
Pero Berardo activo, y fervoroso
Alza la voz, y con furor repica
Ni calle, ni calleja, arco, ni coso,
Ni puerta grande, ó chica
Hubo que sus endechas no escuchase.
El Desvelo quería que llegase
Á la casa de Tirsa, y descubriendo
El hurto de las rosas estupendo

Toda la vecindad se despertase;
Y así guía sus pasos ácia donde
La Presumcion se esconde.
Descuidados estaban los valientes;
Y ufanos del honor de la victoria
Cantaban ya la gloria;
Y á baxarse empezaban diligentes;
Quando la escasa luz de la linterna,
Que Berardo gobierna,
Hiere sus ojos, y su pecho agita;
Nuño del muro la escalera quita;
Colócala en el suelo
Tan pronto, que por poco precipita
Á Mendo de la suerte
Que el joven que encendió la tierra, y Cielo
Por querer gobernar con mano osada
La carroza inflamada,
Que träe, y lleva el día.
Hubiéranle llorado
Mil muchachas graciosas;
Y en los futuros siglos se diría
Á Mendo Fäetonte de las rosas:
Mas no le tiene el hado
Un tan fatal renombre destinado.
En su pecho animoso
Tal vigor se conserva,

Que de todo peligro le reserva
Por terrible que sëa , y horroroso:
Y asi al faltarle el pié, no se desmaya,
Pues de mil modos su vigor ensaya;
Ya firme del balcon los hierros tiene,
Y colgado en el ayre se sostiene,
Qual suele descolgarse por su peso
Entre las hojas el racimo espeso,
Sin que el pezon delgado
Sëa roto por él, ó quebrantado;
Ya qual la verde yedra,
Que en duro tronco, ó piedra
Se afirma estrechamente,
Con piernas, y con brazos el valiente
Se ase, se agarra, se une, y se asegura.
Pardo le imita, y esconder procura
Su cuerpo cada qual del enemigo.
Á ser iba Berardo ya testigo
De aquel robo fatal; ya se acercaba;
Y la horrenda campana retumbaba
Con temeroso son en los oídos
De los tres agachados, y escondidos.
Y á pesar del valor, del gran denuedo,
Que mostraban en todas ocasiones,
Temblaban los varones,
Empezando á saber lo que era miedo.

La noche, que lo vió, compadecida
Con una ala cubrió los campëones;
Y dióles nueva vida.
En tanto el gran Berardo,
Libre de susto, y con la faz serena,
Aguija el paso tardo;
Y con la hueca voz el barrio atruena;
Y por la misma casa
Casi rozando pasa,
Sin que él, el fino Chisme, ni el Desvelo
Descubran la escalera,
Que yace por el suelo;
Ni la victoria fiera
Contra las frescas rosas alcanzada;
Ni la temblante hueste agazapada.
Pasó el negro nublado,
Que tubo al esquadron tan aterrado:
Respira; baxa; coge los despojos
Con manos listas, con ansiosos ojos;
Y al verlos tan hermosos, tan opimos,
El gran Mendo exclamó: Por fin vencimos.

LA QUICAYDA.

CANTO IV.

Ya Febo en su carrera fatigado
Habíase parado,
En dos partes el día dividiendo;
Ya con extraño estruendo
Las calles, y plazuelas resonaban
Con los coches entrantes, y vinientes,
Y con la bulla de infinitas gentes;
Y aun cerrados estaban
Los dorados balcones
De Tirsa, que entre morbidos colchones
Yacía en blando sueño sepultada.
Ya en la alcoba callada
Sus graciosos perrillos impacientes,
Ansiando las caricias de su mano,
Por tres veces en vano
Habían arrastrado con los dientes
Sus chinelas metiendo mucho ruido;
Ya habían sacudido
Tres veces los sonantes cascabeles,
Y revuelto jugando los papeles,

Que en torno adornan el costoso estrado,
Alhajado de moda;
Y ya tres veces Cachafás de toda
La faldera caterva el mas amado,
Con sus pequeñas uñas delicadas
Había hecho rumor en las almohadas,
Gruñido con ardor, con impaciencia,
Deseöso de igual correspondencia;
Al fin se arroja en su precioso seno
De amor, de zelos, y despecho lleno;
Y la hace sin cesar dulces halagos:
Huyen con prontitud los sueños vagos;
Y Tirsa, ya despierta,
Ni á darle besos, ni á dexarlo acierta,
Pues se halla tan turbada
Que hasta su dulce Cachafás le enfada.
Grita, llama; y al eco doloroso
La soñolienta casa se desvela;
Con paso presuroso
Al lecho acude su lëál Marcela,
Marcela, que en servirla diligente,
Es críada, y amiga juntamente:
¿Que teneis, ama mía?
La dice. ¿Quien perturba la alegría
De vuestra faz serena?
¿Que susto, que rumor, que amarga pena

Os hace despertar tan de mañana?
Decid pues ¿que os agita, qué os afana?
¡Ay Marcela querida!
Responde con la voz interrumpida.
Compadece mi suerte, un sueño aciago
Me anuncia un gran dolor, un fiero estrago;
Escúchame, y verás si mi lamento
Carece de razon, y fundamento.
En medio de mi sueño ver creía
Un joven, que á mi lecho se venía,
Tan galan, tan gracioso,
Que á mi nunca otro igual se ha presentado:
Mas ¡ay que triste estaba, y lastimoso!
Tenía el blanco cuerpo traspasado
Con heridas atroces, el cabello
En su sangre empapado,
Robado el nacar de su rostro bello,
La lumbre de sus ojos apagada,
El paso incierto, la habla perturbada.
¿Que tienes, joven? Díxele piadosa:
¿Que pecho tan crüél, que mano odiosa
Afëó de ese modo
Una faz tan donosa?
Dímelo joven; dímelo ya todo:
Pues no sé que secreto impulso siento,
Que á quererte me mueve; me parece

Que mi pecho á tu vista desfallece;
Que es mío mas que tuyo tu tormento.
Con un largo suspiro sollozando,
Mi mano toma, bésala llorando;
¡Ay¡ no extraño, replica, Tirsa amada,
Que asi me desconozcas, pues ayrada
Háme la suerte infiél desfigurado.
Yo soy Ornato, que otro tiempo al lado
De la soberbia Juno
Conseguí sus favores qual ninguno.
Siempre que al gran Tonante visitaba
Consigo me llevaba,
Conmigo mas hermosa parecía;
La vengadora diestra desarmaba
Conmigo; y quanto ansiosa pretendía
Solo con mi asistencia lo alcanzaba.
May ¡ay¡ que yo, olvidando sus favores
Á la Reyna serví de los amores
Para que fuese con rubor vencida.
¿Te acuerdas que en el Ida
Juno, Venus, y Palas al Troyano
Pusieron en la mano
La dorada manzana,
Premio de la que fuese mas hermosa?
Entonces Venus, de sí misma ufana,
Persuadióme insidiosa

Que á Juno abandonara,
Y desnuda en la lid se presentára.
Hícelo así: la Hermana del Tonante
Al mirar ya perdida la victoria,
Con enojo, y despecho fué al instante
Al alcazar supremo de la gloria;
Hallóme acompañando
Á otras Diosas menores;
No pudo contenerse; arrebatando
El rayo á Jove: Prueba mis furores,
Dixo, pues tu perfidia yo he probado.
Caí del alto Cielo despeñado,
En humo envuelto, sin vigor, sin vida:
Venus que oyó la misera caída,
Dexando á Chipre, y al impíreo Cielo,
Buscóme por el mundo con anhelo;
Y encontróme en Lucania junto á Pesto.
¿Mas cómo me encontró? Mi dulce gesto,
Que á la celeste corte enamoraba,
Negro, sangriento, destrozado estaba;
Esparcido el cabello, ensortijado;
No como quando con el Sol dorado
En ondas vaguëantes competía,
Sino como el que cría
El tostado africano de Guinëa.
Miróme atenta la sensible Dëa;

Y, llorando con lugubre lamento
La rabia vengativa
De la Saturnia altiva,
Mis heridas atroces al momento
Con sus perlas hermosas hinche, y baña:
Cobro asi nuevo aliento,
Aunque con forma de mi ser extraña.
Mis pies tórnanse un vástago crecido,
De punzantes espinas guarnecido;
Mi roxa sangre flor qual rubí ardiente
Mi destrenzada crin follage ayroso;
Y como nube densa prestamente
Esparzo en torno el nectar oloroso,
Con que había mis hojas rocïado:
Con ambiente tan dulce, y regalado
Partieronse contentos
Los retozones vientos,
Haciendo florecer el seco prado.
Venus, ufana del reciente hecho,
Colocóme en su pecho
Como primer adorno
De un tierno corazon enamorado,
Que á su querida ofrece igual retornò;
Entregóme tambien el principado
De todas quantas flores
Produce la fecunda Primavera;

Y con risa graciosa, y placentera
Mil ósculos me dieron los Amores.
Mas ¡ay de mí! la cólera del Cielo
No se halla satisfecha todavía,
Pues del Averno envía
Tropas, que me destruyan con anhelo.
Ya me vés otra vez ensangrentado,
Triste, abatido, mustio, destrozado.
Los Hados ¡ay! me ordenan que me aleje
De este mi antiguo sitio, y que te dexe.
Á Dios, querida Tirsa; á Dios: mi llanto
Te muestre á donde llega mi quebranto:
Á Dios...... Y suspendido de mi cuello,
Revuelto con el suyo mi cabello,
En sus amantes brazos me enlazaba,
Y mi rostro con lágrimas bañaba.
Yo con él juntamente me afligía;
Y quando me creía
Estar con él llorando, y abrazada,
Me desperté aturdida, y congojosa;
Y al punto como sombra vagorosa
Esta amable ilusion fué disipada.
Calla; y sus ojos dicen lo restante,
Pues en llanto abundante
Rompieron, inundando el rostro hermoso.
Marcela se enternece, y con gracioso

Semblante su temor quitar procura.
¿Dar fé á sueños? La dice: ¡Que locura!
Pues son efectos de un vapor que sube
Como á los Cielos la cargada nube;
Y, agitada del viento,
Hombres, caballos, águilas figura;
Los deshace al momento;
Otros de nuevo forma;
Y nunca en su ser fixo se conforma.
Que era la tal Marcela muy sabida,
En casa de un Canónigo nacida;
Y despues educada
En la de un Abogado de Granada.
Con disgusto la escucha la afligida,
Que toda chanza á su dolor enfada.
Dexa la pluma ociosa;
Y en el suelo se pone presurosa,
Sin que reciba de Marcela ayuda.
Y asi medio desnuda,
Movida del recelo, que la afana,
Sus pasos encamina á la ventana.
Oh Musa, que inspiraste
Al cantor esmirnëo
La ira crüél del Hijo de Pelëo,
Que estubo para dar con todo al traste
Por la imprudencia del divino Atrëo,

Ayuda á mi deseö;
Y á mi cansada voz aliento presta
Para cantar la cólera funesta,
Que agitó el consternado
Altivo corazon de Tirsa, viendo
Con ludibrio, y escándalo estupendo
Su vistoso balcon desmantelado,
Y en el suelo desechos sus rosales.
No fueron nunca tales
Los alaridos, ni mayor la pena
De Hecuba por su amada Polixena,
Y el niño Polidoro,
Á quienes inmolaron
Amor de Aquiles, y la sed del oro;
Como los que la pena demostraron
De Tirsa, al contemplar los tristes restos
De su pasada gloria,
Hechos añicos sus graciosos tiestos;
Y del contrario la feroz victoria.
Quedó pálida, atónita, pasmada;
Y, en brazos de Marcela desmayada,
Mostróse viva imagen de la muerte.
Pero su pena fuerte
Prestándola vigor, y movimiento,
Mil desatinos hace en un momento;
Sus manos tuerce; del semblante blando

Aja las rosas con rabioso anhelo;
Y, las rubias madejas arrancando,
De oro entapiza el suelo:
Ya tiembla; ya se alienta; ya furiosa
No halla en la sala cosa
Ni limpia, ni con orden colocada;
Ya riñe con furor á la crïada;
Ya un profundo silencio se apodera
De su afligido tétrico semblante;
Y ya con flaca voz titubëante
Explica su dolor de esta manera:
¿Lo vés, Marcela? ¿Vés como no ha sido
Por un vapor mi sueño producido,
Sino aviso del Cielo?
¿Vés ya cierta mi pena, y desconsuelo?
¿Qual ¡ay! será la mano robadora,
Que vino así á deshora
Á turbar mis contentos?
¡Ay, que no estamos ni en el lecho exêntos
De insultos, de venganzas, de trayciones!
¡Que no hubiara sentido á los ladrones
De mis amadas rosas!
¡Que no tubiera fuerzas poderosas
Para dar fin á vidas
Tan fieras, y homicidas!
¿Yo sin mis rosas? ¿Sin mi dulce Ornato?

¿Yo sin aquel encanto delicioso,
Que á todos fué tan grato;
Y me daba un lugar tan ventajoso
Sobre mi sexô debil, y envidioso?
Los que así me han robado
Habránlas presentado
Á quien, con pompa, y arrogancia vana;
Mostrandose con ellas mas galana,
Venceráme sin duda. ¡Oh pensamiento
Que horrible es tu tormento!
¿Vencida yo? ¿Yo de otra avasallada?
Mas vale en un Convento
Morir desconocida, y encerrada.
Á Dios blondas, encaxes, gasas, telas;
Á Dios joyas preciosas, y brillantes:
Pues se arman contra mi tantas cautelas,
Para aquietar mi mal no sois bastantes:
Á Dios..... Mas ¡ay! en tanto mi contraria
Gozará con descanso la victoria;
Y del mundo borrada mi memoria
En vano lloraré mi suerte varia.
¿Mas que puedo yo hacer? ¿Á donde triste
Acudiré llorando?
¿Quien oïrá la pena que me asiste?
¿Quien á mi angustia mostraráse blando?
¿Á donde encontraré lo que deseö?

¡Ay Marcela! Si pronto no lo vëo.
Es mi dolor tan fuerte,
Que al instante será mi triste muerte.
Calla; gime; y cerrando la vidriera
Con ímpetu violento,
De sus miembros el pasmo se apodera;
Y con gran sobrealiento
En un sofá mullido toma asiento.
¡Oh desgraciada joven! ¡Oh infelice!
Con extraño estupor Marcela dice.
No merece tal trato tu persona.
Mas, Señora..... Ninguno se corona
De lauro hasta acabada la batalla;
El héroe no se rinde, ni avasalla
Si hay esperanza alguna;
Que es inconstante, y vária la Fortuna.
No temais; que si acaso á saber llego
Los fieros robadores,
Que han talado el balcon á sangre y fuego,
Les juro.... Pero vale á los dolores
Dar vado lo primero;
Que despues vengaréme como quiero.
Venid conmigo, que antes de una hora
Estareis ya, Señora,
Del todo sosegada.
La hermosa Tirsa, sin chistar á nada,

Con un velo cubriendo su cabeza,
Á su socia obedece con presteza.
Por dos hileras de árboles frondosos,
En donde los graciosos
Paxarillos su música entonaban,
Las dos jóvenes bellas caminaban.
Una casa á su vista al fin se ofrece,
Qual la suelen pintar en sus consejas
Cerca del fuego las parleras viejas
Quando la noche con el frío crece;
Humilde, pobre, estrecha, y aseäda,
De un estendido bosque rodeäda;
El fúnebre ciprés, la erguida palma
El adusto silencio, y una calma
Pavorosa que en torno difundía,
Todo, todo oprimía
El corazon de Tirsa, y ya resuelta
Estaba en dar la vuelta:
Pero Marcela su temor disipa;
Y con osado paso
Á la afligida Tirsa se anticipa;
Llega á la puerta; toca,
Pica, repica, grita; no hacen caso
De los esfuerzos de su mano, y boca:
Se enfada; y arrempuja,
Ó fuese auxîlio de benigna bruja,

Que allí contigua estaba,
Ó fuerza mugeril, pues la hay tan brava;
Lo cierto es que el postigo de repente
Se abrió, y la casa se mostró patente.
¡Que emblemas, que figuras espantosas!
¡Que de espectros miraron, que de cosas!
Discurrían los largos corredores;
Y llenas de temblores
Estaban al oír que solo el eco
De su voz resonaba
En aquel sitio solitario, y hueco;
La una temía, la otra recelaba;
Y ya no osaban penetrar adentro;
Quando con tardo pié, y ayre afectado
Sálelas al encuentro
La admirable Lëoncia, que ha logrado
Por su grande virtud la digna suerte
De ver su apotëósis
Aun ántes de la muerte.
Sus tocas reverendas, que tapando
El rostro confundían sus facciones,
El color macilento, sus acciones,
El triste suspirar de quando en quando,
Sus ojos enclavados en el suelo,
Y el tono de su voz de llanto, y duelo
Á Tirsa la teínan trastornada:

Mas ella entre medrosa, y animada
¿Que hado feliz, exclama, que fortuna
Se me entra por las puertas de mi casa?
¿Que una Señora de tan noble cuna
Busque una humilde de favor escasa?
¿Quando lo grande fué tras lo pequeño?
¿Es verdad lo que miro? ¿Acaso sueño?
Dixo Lëoncia; y la sagaz Marcela,
Todas las cosas la virtud nivela,
Responde con sereno continente.
El sabio mas humilde, y abatido
Merece levantar su ilustre frente
Á par del que contento ha recibido
Una suerte feliz quando nacía.
Asi, Lëoncia, la Señora mía
Tu ciencia estima; tu virtud adora;
Y tu benigna proteccion implora.
No virgen encogida, y retirada,
Al oír su tratado casamiento,
Mas suspensa quedó, mas perturbada,
Revolviendo en su mente cosas ciento;
Y matizando su semblante hermoso
Con un carmin süave, y vergonzoso:
Que Lëoncia escuchando su alabanza.
¿Que puede hacer, replica, ni que alcanza
Un reptil como yo tan despreciable?

Solo la ciencia es dable
Al que, á grandes estudios entregado,
Su vida entre los libros ha gastado;
La virtud no es comun; apenas uno
Este nombre merece
De quantos con el rostro triste, ayuno,
La vil hipocresía nos ofrece.
Yo menos sábia, menos virtuosa
Que quantos viven sobre la haz del mundo,
Me arredro, me acobardo, me confundo
De que penseis tal cosa.
Tirsa, que estaba oyendo sus razones
Suspensa, y admirada,
Al contemplar virtud tan acendrada,
Estubo por dexar sus pretensiones:
Mas tal era el desëo de la rosa,
Que al fin dixo con lengua fervorosa:
¡Ay Madre! La humildad, que en vos advierto,
Mas que todo me anima
Para que mi dolor intenso exprima
Ante quien me parece ya de cierto
Será para mi pena dulce puerto.
En tanto recibid, Lëoncia mía
Mis cortas oblaciones.
(Y Lëoncia con mano humilde, y pía
Recogió los doblones)

Y decid ¿quien robóme mi alegría?
¿Quien rompio mis macetas delicadas?
¿Por quien mis rosas fueron destrozadas?
¿Y quien conserva osado los despojos?
Patente haciendo todo ante mis ojos.
La sábia atenta oyó sus tristes quejas;
Frunció los labios; enarcó las cejas;
Volvió la vista con desden al cielo;
Rodëóla espantosa por el suelo:
Y qual en otro tiempo, arrebatada
La délfica sibila de entusiasmo,
Causaba á todos pasmo
Con su faz encendida, y demudada;
Erizado el cabello,
Los ojos con furor, hinchado el cuello,
Y su tremenda voz como torrente
Que entre las rocas resonando baxa:
Así Lëoncia con ardor trabaja,
Y este oraculo dice finalmente:
»La que tenga la rosa
»La palma llevará de mas hermosa:
»Guerras, horribles guerras vëo en tanto;
»Y el sexô femenil sumido en llanto.»
Calla, la mira, y con sangrienta boca
Á rabia, y fiero encono la provoca;
Y al punto de su vista desparece.

Asi, como acontece
Llenarse el ayre vano
De luz en una noche de verano
Por una exâlacion, que corre presta
Ácia la parte opuesta;
Y el que está descuidado
Al nuevo resplandor queda asombrado.
Huye Lëoncia con activo vuelo,
Causando asombro, dando desconsuelo:
Conoce entonces Tirsa á la venganza,
Que en trage humilde se mostró vestida;
Teme su furia, teme su pujanza;
Y así se postra triste, y abatida.
Oh Diosa, dice, si mi ruego alcanza
Ser de tí en este lance socorrida;
Véngame del ultrage, que me han hecho;
Las rosas vuelve á mi desierto pecho.
Tu altar soberbio del humor sabëo
Se verá de continuo rocïado;
Quanto exîste en el mundo á tu desëo
Será con prontitud sacrificado;
Con tal de conseguir este trofëo,
Te ofrezco, oh Diosa, mi perrillo amado,
Mi Cachafás, que tanto me complace,
En tus manos pondré si es que te place.
Leoncia, no Leoncia ya, que había

Descubierto su faz, y ser divino,
Por el azul etéreo se subía;
Y ya llegaba al Cielo cristalino;
Mirando el sobresalto que tenía,
Llenó su pecho de vigor ferino,
De modo que quanto ella pronunciaba
Una fiera venganza respiraba.

LA QUICAYDA.

CANTO V.

En tanto sacudiendo el torpe sueño
Ligero se levanta el valeroso
Ardiente Capitan, Mendo famoso;
Y con adusto ceño
Interrumpe á los suyos el reposo.
¿Hasta quando, les dice, entorpecidos
Habeis de prestar gusto á los sentidos?
El descanso, el sosiego, los colchones
Desdicen de los ínclitos varones.
El campo de batalla sanguinoso,
Las duras armas, el cañon tremendo,
El clarin penetrante, el sonoroso
Parche, la sangre, el fiero estruendo
Convienen solo al corazon valiente;
¿Y no dormir süave, y dulcemente.
Despues de conseguir una victoria
De inmarcesible gloria;
Y que el Tiempo fugáz, ni el tardo Olvido
Arrancarán jamás de la memoria;
Mi exército dormido

Vëo, de sus troféos olvidado?
¡Que rabia! ¡Que desdoro!
¿Quien hubiera pensado
En vosotros hallar tal apatía?
¿Quien que explicára con amargo lloro
Lo que nunca en vosotros me creía?
Levantad esos cuerpos soñolientos;
Sacudid la pereza;
Recoged, pues, los bélicos fragmentos;
Y llevadlos á Quica con presteza.
Ella os espera con ardiente anhelo;
Y, al mirarse vengada tan aprisa,
Dará con dulce, y agraciada risa
Á vosotros placer, á ella consuelo.
Como suele una tropa fatigada
De un combate tenaz quedar rendida;
Y en un profundo sueño sepultada,
Reparar en la noche tenebrosa
Sus estenuadas fuerzas: mas oída
La música horrorosa
De la presta alarmante Generala,
Sacudir el letargo; y al instante
Oponer al azero, y á la bala
Desnudo el pecho con jovial semblante;
No de otro modo Pardo, y Nuño olvidan
La pluma perezosa;

Y á otros nuevos asaltos se convidan
Con pecho fuerte, y alma fervorosa.
Y mientras en pañuelos delicados,
Por manos primorosas festonados,
Colocan los despojos de la guerra;
Y el Capitan encierra
Baxo el manto un rosal fresco, y entero,
Único en la batalla prisionero,
El mismo que arrojado
Por Mendo con esfuerzo arrebatado,
Hace á Nuño por poco un mal servicio;
Con rostro afable, y ademan propicio
Prosigue su discurso de este modo:
Ya el trabajo mayor está vencido,
Ó por mejor decir ya se halla todo
Con valor conclüido:
Solo falta sacarlo del olvido.
¿De que sirven acciones señaladas
Si quedan en silencio sepultadas?
El desëo de fama
Es lo que al corazon valiente inflama.
Á Quica la primera
De los despojos demos
Los mas aventajados, los que quiera:
Mas tambien con las rosas adornemos
Los pechos generosos

De nuestras dulcinëas.
Al verlos con adornos tan graciosos,
Y al ver desbaratadas las idëas
De Tirsa, que ser única quería
En semejante ornato,
Á todo el sexô le será muy grato
Nuestra gallarda accion, y bizarría;
Creciendo nuestro nombre
Tanto que al mundo, y al impíreo asombre.
Calla, y prosiguen; el palacio encuentran;
Y en los salones presurosos entran.
La generosa Quica, que apercibe
La vencedora hueste, la recibe
Con tal demostracion, tal alborozo,
Que por poco en sus brazos los estrecha;
Contempla llena de indecible gozo
Desbaratado su enemigo encanto;
Y de puro contenta, y satisfecha
Sus ojos se expresaron con un llanto
Tan dulce, tan precioso
Como el que vierte la rosada Aurora.
¡Oh dia para mí muy venturoso!
¡Oh noche singular! ¡oh feliz hora!
Exclama Quica en tono de alegría:
Ya me vëo de Tirsa vencedora;
Ya se ha logrado la ventura mía.

Y vosotros valientes campëones,
Cuyas grandes acciones
Enmudecen los ecos resonantes
Con que la Fama alaba
Los griegos, y romanos arrogantes,
(Solo mejores porque fueron antes)
Mi corazon no acaba
Como es obligacion de agradeceros
Semejante fineza.
¿En que puede una dama complaceros?
Pedid, pedid, vereis con que presteza
Os sirvo agradecida;
Y os doy, si es menester, la misma vida.
Mendo entonces declara el pens miento,
Y Quica se turbó por un momento;
Como tan orgullosa ella quisiera
Ser única entre todas, no primera:
Mas tuvo que ceder, porque temía
Á una hueste triunfante, que podía,
Si al partido contrario se pasaba,
Quitarla la victoria,
Que á su favor estaba.
¡Lo que puede el deseö de la gloria!
Entonces, desatando
Los hinchados pañuelos, descubrieron
El bello contrabando;

Y en tierra lo extendieron
Con un cierto desorden en las flores,
Que daba mas rëalce á sus colores.
Al punto repartieron los despojos
Del modo que se había decretado.
La grande Amira de lucientes ojos,
La agraciada Belisa
De ayroso cuerpo, y pecho levantado,
La delicada Anarda,
Amante de los juegos, y la risa,
La robusta blanquísima Berarda,
La muchacha Drusila bien hablada
De Marte, Apolo, y Venus estimada,
La alegre Silvia de dorada frente,
Ina de corazon dulce, y ardiente,
Sensible Filis, singular Nerina
En cuerpo, en canto, y en talento fina,
Y otras Deydades que mi labio calla,
Porque mi musa no halla
Voces para alabarlas qual quisiera,
Fueron nombradas por la hueste fiera
Para el repartimiento de las rosas:
Y dando las mas frescas, mas hermosas
Á Quica, las restantes regalaron.
¡Quan contentos quedaron
Al contemplar las rosas ya robadas,

Á su gran protectora complacida,
Y la preciosa presa repartida
Entre sus dulcinëas adoradas!
¡Y que! Quica exclamó: ¿Tan solo un día
Tendrá de duracion la gloria mía?
¿Como las rosas fragil he de verla
Nacer, y marchitarse en un momento?
Mas pesar me ocasiona ya el perderla,
Que quando la alcanzé tuve contento.
No lo he de permitir de modo alguno.
Ese rosal, librado
Del combate importuno,
Y de grasienta tierra rodëado,
Debe ser colocado
En una ancha maceta
De las que adornan el jardin vecino.
Ni mas ligero tiro de escopeta,
Ni mas veloz revuelto torbellino,
Ni mas vivo el humano pensamiento
Fueron jamás, que al nuevo, y raro intento
Los fuertes campëones obedientes.
Salieron diligentes
Por una dilatada galería,
El déposito Quica conducía
Con reverente pompa, y á sus lados
Marchaban Nuño, y Pardo mesurados;

Mendo detrás su paso encaminaba;
Y en sus robustos brazos sustentaba
Un instrumento de cabar pequeño.
Llegaron con risueño
Y apacible semblante;
Y al contemplar delante
La dichosa maceta, destinada
Para ser en su seno perpetuada
La agradable memoria
De tan completa singular victoria,
Hinchóse el ayre de algazara, y gozo;
Concedióse lugar al alborozo;
Los oprimidos pechos se explayaron;
Y en seguida callaron
Para escuchar á Quica atentamente,
Que así dixo con dulce continente:
Quando contemplo el exîto dichoso,
El secreto, y el modo prodigioso,
Con que tan alta empresa se ha acabado;
Crëo que el mismo Cielo, penetrado
De mi gran sentimiento,
Quiere premiar mi afan, darme contento.
Las rosas están todas destrozadas,
Las damas con honor desagraviadas,
Mi contraria abatida,
Y su altiva arrogancia confundida;

Yo en extremo contenta, y satisfecha
Porque miro desecha
La causa principal de mi desvelo.
Ya vëo con anhelo
Los hombres desertar de sus banderas;
Ya no estarán como antes deslumbrados
Con vanas apariencias lisongeras;
Ya no mas, engañados
Con graciosos adornos seductores,
Juzgarán por primores
Lo que era un artificio solamente;
Ya mirarán patente
Mi cándida hermosura;
Y verán que á la suya sobresale
Como el día esplendente
Sobre la noche obscura.
No habrá conquistador que á mi se iguale
En tener prisioneros.
¡Quantos, ay; y quan fieros!
¡Quantos ilustres! ¡Quantos poderosos!
Y todos en servirme presurosos.
Y vosotros guerreros
Fortísimos, valientes, y atrevídos,
¡Oh que gloria inmortal habeis ganado!
Por todos los nacidos
Será vuestro alto nombre respetado,

Sonando en los oídos
Lo mismo que el de Alcides, ó Teseo;
Que si ellos libertaron
La tierra, y mar de tanto monstruo feo;
Vuestras heroicas manos arrancaron
Unas flores mas fieras, y dañinas,
Envidia, y comezon de damas finas.
En tanto yo oficiosa
Cuidaré de esta linda, y fresca rosa.
Apenas por las puertas del Oriente
Muestre su luz el Sol resplandeciente
En el risueño abrasador Verano,
Será regada por mi activa mano;
Quando en el medio esté de su carrera,
Cubriréla con sombra placentera,
Porque pudieran sus ardientes rayos
Borrar su lustre, ocasionar desmayos,
Y quando el frío Invierno contra el suelo
Blancos copos arroje, ó duro yelo,
Con cristales cubierta, y animada
Con estufas calientes,
Será de sus rigores preservada.
Mis manos diligentes
En todo tiempo cortarán las ramas,
En que se vëan las ardientes llamas,
Que animan su hermosura, ya apagarse,

Para que nunca llegue á marchitarse;
Y con cuidados nuevos
Trasplantaré constante sus renuevos:
Á fin de que, aumentando
Su progenie graciosa,
Se vaya con los siglos perpetuando.
Mi familia, eficaz, y cuidadosa
Repetirá con ansia mis anhelos.
Y quando quieran los eternos Cielos
Despues de una feliz vejez tardía,
Llevar al hoyo la hermosura mía;
Este afan de la rosa, este cuidado
Quedará entre mis bienes vinculado.
Otro fuego de Vesta inestinguible
Será el rosal (memoria duradera
De un corazon sensible,
Que hasta alcanzarlo tuvo pena fiera)
Aquel solo, que muestre ardiente zelo
En conservar las flores con desvelo,
Dueño será del rico patrimonio
Que en el día posëo.
Daré así al mundo eterno testimonio
De vuestra bizarría, y mi desëo.
Sí, valientes guerreros, sí, yo crëo
Que dure vuestra fama merecida
Tanto como esta rosa tenga vida.

Dice: callan. ¡Ay Dios! Nunca completa
Fué la dicha del hombre;
Ni quando gana nombre
Al son de la trompeta;
Ni quando duerme en regalado lecho;
Siempre pesares hay contra su pecho.
Pues en medio del triunfo se levanta
Un revuelto uracan con fuerza tanta,
Que, sacudiendo la agraciada rosa,
Que en sus nevadas manos
Llevaba la guerrera jactanciosa,
Empieza á dar vayvenes inhumanos;
De suerte que por poco cäe en tierra
El bello fruto de la horrenda guerra.
Mas, del impulso fuerte menëadas
Algunas tiernas hojas destrozadas,
En el pecho de Quica se abrigaron;
Y algunos duros pinchos se enredaron
En el rico finísimo pañuelo,
Que otras rosas encubre, y otro Cielo.
Fué á quitárselos Quica; y al instante
Sintiose mal herida
Por uno penetrante;
La sangre, de sus dedos despedida,
Manchó á los campëones;
Temblaron sus valientes corazones

Con semejante agüero,
Señal de estrago sanguinoso, y fiero.
Pero, no dando oídos
Á los tristes avisos repetidos
Del Cielo disgustado,
Con valor denodado
Una hermosa maceta rodëaron;
Nuño, y Pardo cabaron;
Sostubo el rosal Quica; y con su apoyo
El presto Mendo púsolo en el hoyo.
Los tres al punto, con ligeras manos
Elevándola ufanos,
La colocan con ayre respetuoso
Sobre un pilar grandioso
En medio de una doble encrucijada;
Para que siendo vista, y admirada
Desde qualquiera punto, aunque distante,
Quedarán al instante
Todos bien informados
Del valor de sus pechos esforzados.
Mas ellos al momento,
Ó advirtiendo tal vez en las señales,
Que veían fatales,
Ó de algun interior presentimiento
De súbito movidos,
Ó de su misma accion arrepentidos,

En amargo silencio pavoroso
Quedaron sumergidos;
Nadie alzaba la vista, temeroso
De perturbar el serio continente
De la augusta asambleä,
Que empezaba á pensar profundamente
Los males que acarrëa
Para el mismo agresor una accion fëa.
Mas unos huebos moles,
Por Quica fabricados,
Borraron de la mente los cuidados
De aquellos arrogantes españoles.
Clara llamólos con su voz graciosa,
Y la valiente hueste victoriosa,
Como tan consumada
En las estrechas leyes, y ordenanzas
De la Caballería,
Siguióla apresurada
Con noble gallardía
Á henchir de dulce sus hambrientas panzas,
Que es al doble mejor que romper lanzas.
Entran en el salon, y ven hinchados
Los moles, qual las olas combatidas
Por vientos encontrados;
Ven muchos instrumentos
En contra preparados,

Furiosos huebicidas,
Que estánlos esperando por momentos:
Pero, mirando la anchurosa frente,
Y el dorado color resplandeciente
De la mole substancia
Pierden el brío, pára su arrogancia.
Así qual suele el javalí cerdoso,
Al mirar, que le sigue presuroso
El esquadron ladrante de sabuesos
Por los montes espesos,
Arrimándose á un tronco
Con un gruñido ronco,
Revolver sus colmillos aguzados
Con terrible furor por todos lados,
Y la caterva espesa amedrentada
Quedar mirando sin hacerle nada:
Todos los quatro quedan deslumbrados,
Sín que nadie se atreva
Á hacer en ellos de su fuerza prueba.
Mas Nuño levantando
La luciente cuchara,
Las cejas enarcando,
Y haciendo mil visages con la cara,
Exclama enardecido:
Siempre yace en olvido
Quien vuelve las espaldas vergonzoso

Á las arduas empresas importantes:
No se diga jamás, que temeroso
Con manos vacilantes,
Desdixe mi valor acreditado
Á vista de enemigo tan menguado.
Dice; y metiendo la cuchara dentro
De la profunda fuente hasta su centro,
Sácala tan colmada,
Que en hilos prolongados
Derramando se vá por los costados.
Con exemplo tan noble ya animada
La hueste valerosa,
Menëa las cucharas presurosa;
Qual suelen ir ligeros los batanes
En un molino de papel florete;
Así á los moles rápida acontece
Como si fueran bárbaros titanes:
Y en un instante dexa tan vacía
Y tan limpia la fuente como el día,
Que salió de las manos del artista;
Tan valiente la hueste fué, y tan lista:
Y así para perpetua, y alta gloria
Celebraron los quatro la victoria.

LA QUICAYDA.

CANTO VI.

Este triunfo jovial fué presenciado
Solo por Clara, y el galan Paulino,
De todos los crïados el mas fino,
Que de Quica ocupaba siempre el lado
En el coche, en la calle, y en el templo;
Este, de travesura, y vicio exemplo,
Estaba de Marcela enamorado,
Y para ser su esposa le faltaba
La santa bendicion únicamente.
Pero no era Paulino el que presente
Á la algazara estaba;
Era el agudo Chisme, que, tomando
Su figura, y talante,
De todo el hecho estúvose informando.
Parte el Chisme al instante,
Y á la incauta Marcela
El secreto revela:
Grita la jóven con amargo tono,
Y asustada refiere á su Señora
El furor, el encono

De Quica, y de la hueste robadora.
Estaba Tirsa al tocador poniendo
Sobre la rubia frente varias flores:
Pero fueron tan grandes los temblores,
La novedad oyendo,
Que tres veces llevó desde la falda
Al encrespado pelo
Una linda guirnalda,
Y tres veces cayósela en el suelo;
La mano vaciló toda turbada
Sobre el fragrante bote de pomada,
Y fué algun rizo en punto tan funesto
Por sus trémulos dedos descompuesto.
Miró á Marcela; un ay lanzó profundo;
Estuvóse gran rato silenciosa;
Mas luego con semblante furibundo
Exclama: ¡Que, Marcela! ¿Jactanciosa
Ha de estar de su triunfo mi enemiga?
¿Sin afan, sin trabajo, sin fatiga
Conseguirá abatir mi fiero orgullo?
¿Destrüír tantas rosas, sin dexarme
Ni siquiera de lástima á un capullo?
¿Lo tengo de sufrir, y no vengarme?
No: al instante declárese la guerra
Contra Quica; estremézcase la tierra;
Y vëa el fin funesto que se alcanza

Moviendo una muger á la venganza.
Marcela su dictamen desaprueba
Con dulces amorosas expresiones:
Ay Señora, la dice, nunca os mueva
El ansia de imitar á los varones:
Naturaleza sabia ha señalado
Los límites del sexô, y del estado:
El hombre corpulento,
De miembros refornidos, debe ufano
Manejar con nudosa, y firme mano
El bélico instrumento;
Pasar al Sol, al ayre, á la intemperie
Aquella horrible serie
De trabajos, que al templo de la Fama
Le lleva como Alcides:
Pero de una muchacha, de una dama
Otras las penas son, otras las lides;
Y mas quando no está como la yedra
Al fuerte muro asida,
En tanto recatada, y encogida
Todo la dá temblor, todo la arredra.
La insinuacion, la gracia, la dulzura
Deben acompañar á la hermosura,
Quando rendir intenta
Á un contrario que altivo se presenta:
Pero quando á la vista se recata,

Quando perfidias, y cautelas trata,
Se debe pelëar del mismo modo.
Crëed mi parecer: ya veis que en todo
Procuro vuestra gloria, y vuestro gusto:
Desechad el pesar, borrad el susto;
Y apenas de la noche el negro manto
Á unos cause placer, á otros espanto,
Iremos juntas al palacio, en donde
Vuestra alegría la traicion esconde;
Y siendo por segunda vez robada
Quedareis con su hallazgo consolada.
Hiciéronla tal fuerza sus acentos,
Que se fué sosegando por momentos;
Y tranquila esperó la feliz hora,
Que debía sacarla vencedora.
En fin la hora llegó tan desëada;
Y Tirsa apresurada
Con Marcela á la casa se dirige,
Donde se halla el trofëo ya erigido
De la victoria, que á su pecho aflige:
Quando á lo lejos siente un ronco ruido,
Que el corazon le dexa comprimido,
¡Ay Marcela! Exclamó: ¡Marcela mia!
Como la suerte impía
En angustiar mi pecho se complace;
Y todos los placeres me deshace!

¿No adviertes el sonido estrepitoso,
Que por la angosta calle se difunde?
¿No te arredra, y confunde
El eco pavoroso,
Que se vá por las plazas derramando?
Como negra tormenta,
Que viene de los polos retronando,
Resuena en los oídos.....
Ya el estruendo se aumenta;
Y tambien de mi pecho los latidos......
El suelo se estremece,
Se agitan las vidrieras y ventanas;
El son horrendo crece.
No soplan las violentas Tramontanas
Á la falda del cano Pirinëo
Con impetu mayor. ¿Pero que vëo?
¡Que resplandor activo! ¡Que vehemente!
Las casas ilumina;
La luz resplandeciente
Por puntos, por momentos se avecina.
¿Que será? ¡Que pavor! Yo tiemblo, y temo
Que mis males ya tocan al extremo.
Mas ¡ay Dios!. ¿Será cierto lo que miro?
Es fixo; no deliro.
Aquella es ¡ay! Marcela, la carroza,
Con que la áltiva Quica se alboroza;

Aquellos los caballos espumosos,
Que de las aguas béticas sonantes
Tomaron los alientos generosos;
Aquellas las libreas rozagantes:
Allí vá, mira, mira quan ufana
Está del triunfo; mírala que vana.
No sin razon el ruido
Ha causado en mi pecho sobresalto.
No te adelantes mas, hagamos alto;
Si nos descubre, todo se ha perdido.
Oh Diosa, que pusiste á tu cuidado
La empresa, que medito vengadora,
Mira mi amargo estado;
Y sácame, Señora,
Del conflicto que tiene mi alma ahora.
Dixo: y con una nube la circuye
La Venganza al momento;
El triste Temor huye,
Y la afligida Tirsa cobra aliento:
En fin prosigue, pasa, casi roza
La brillante carroza,
Sin que nadie repare en las guerreras,
Que llegaron ligeras
Y alegres á la casa deseada
Con una proteccion tan declarada.
Paulino, el de la blonda cabellera,

Ó el Chisme en su figura,
A recibirlas sale á la escalera,
Y un exîto feliz les asegura:
Y, guïando sus pasos, las conduce
Adonde el triunfo está de la victoria;
Su presencia en las jóvenes produce
Una tierna amarguísima memoria.
A los ojos de Tirsa se asomaron
Mil lágrimas ardientes,
Y sus brillantes luces eclipsaron.
Miró la rosa; y contempló presentes
Los gustos que le había producido
Este adorno sencillo, y delicioso;
Y como todo el sexô codicioso
Había igual fortuna apetecido:
Que ella sola gozaba en mas felices
Tiempos de sus matices;
Y solo su fragrancia regalaba
Su seno altivo; en donde se abrigaba
Como en su propia cuna:
Mas ¡que inconstante le era la fortuna!
En estas reflexîones abismada
Estaba Tirsa sin moverse á nada,
Quando exclama Paulino:
El Tiempo como presto torbellino
Arrebata las horas:

Y vosotras Señoras
Dexais pasar instantes tan preciosos,
Mirando con semblantes dolorosos
Las glorias ya pasadas.
Si pretendeis vengaros, no paradas
Gasteis el tiempo en tristes reflexîones;
Imitad á los fuertes campëones,
Que en el silencio de la noche obscura
Causaron vuestra pena, y su ventura.
Arrancad esa rosa:
Vos, Tirsa, demostrádla jactanciosa
A vuestros enemigos, porque vëan
Que en vano todos contra vos pelëan.
Pero primero tú, Marcela mía,
Que sabes dar fomento á los placeres,
Señálate entre todas las mugeres.
Por tu ardiente valor, y gallardía;
Y así en todo serás la mas completa.
Ni este palacio, ni el jardin respeta;
Haz doscientos pedazos
La encantada maceta;
Y vuela luego á mis amantes brazos,
Que en premio de una hazaña tan gloriosa
Te esperan qual si fueras ya mi esposa.
Dixo: y Marcela que de amor herida
Con delicioso encanto le escuchaba,

Nacer siente una fuerza horrible, y brava
En medio de su pecho; y, conmovida
Del deseö de gloria, y de venganza,
A la hermosa maceta se abalanza.
En vano su furor parar procura;
En vano los alegres robadores
Pusieron á la Reyna de las flores
Encima de un pilar de inmensa altura;
Y en vano prometió la altiva Diosa,
Que á Quica ampara, con la faz graciosa
Su vida defender constantemente;
Pues Marcela con mano diligente
La ase, la agita, y á su ardor violento
No puede resistir; pierde su asiento,
Tiembla, vacila, cäe despeñada:
Qual suele rebentar mina preñada.
De salitre, carbon y azufre unidos,
Que los robustos muros sacudidos
Á tierra vienen con horrible estruendo,
Acá, y allá esparciendo
Los desechos sillares;
No de otra suerte cascos á millares
De la rota maceta derramados,
Con lástima declaran
El rigor de los hados,
Que en rosas, y macetas no reparan.

Al no esperado ruido
Vuelve en sí la afligida
Del éxtasi, en que estaba sumergida.
¿Que es esto? Exclama en tono dolorido.
¿Que ha de ser? La responde vigorosa
La triunfante Marcela.
Volveros vuestra rosa,
Destrüír del contrario la cautela;
Arrancar de sus manos la victoria;
Y coronaros de perpetua gloria.
Aqui teneis la flor tan suspirada:
Ya estais asegurada
De tener èl imperio soberano
De todas las mugeres;
Ya os vereis sumergida en los placeres;
Pues se halla en vuestra mano
Este moderno Palladión Troyano;
Ya el oráculo sabio se ha cumplido;
Y los Cielos por vos se han decidido.
Tomadla, y presentaros con audacia
Ante la altiva Quica;
Mostrad vuestra hermosura, vuestra gracia,
Y esta preseëa delicada, y rica;
Ella brille á sus ojos,
Y padezca al mirarla mil enojos,
Mas venid: no conviene á quien alcanza

Victoria tan cumplida,
Digna de una continua remembranza,
Ir sin la pompa á su valor debida.
El tocador afable,
Ese amigo constante, y cariñoso,
Ese, que os sirve ansioso
Con prontitud, y gusto incalculable,
Ese, que siempre vuestro puerto ha sido
En todos los reveses de fortuna,
Que tanto vuestro afan ha complacido,
Ahora os llama, os insta, os importuna;
Pues tiene preparadas
Mil esencias, mil polvos, mil pomadas,
Que á vuestra gloria ofrece.
Venid, Tirsa, venid; pues me parece
Que algun numen, bullendo en mis entrañas
Me dicta las acciones mas extrañas;
Y que teniendo el ánimo agitado
Tengo de *improvisaros* un peynado.
En él expresaré con todo esmero
Vuestro pesar primero,
Y luego vuestro triunfo prodigioso
De un modo singular, pero gracioso.
Las rosas se verán câer rodando
Desde la cumbre de su solio augusto,
Rosas, marchitas, lánguidas, causando

Llanto á los ojos, á los pechos susto.
Pero, qual suele la fecunda clueca
Quando cáe un turbion, que el cuerpo ahueca,
Las anchas alas tiende,
Y del agua defiende
Á la caterva inmensa de polluelos;
Con la misma actitud, tales anhelos
Una rosa estará sobre el batido:
Allí como en su nido
Estenderá sus hojas numerosas
Sobre las que se abaten presurosas
Con mísera caída.
Dando á las muertas con su sombra vida
Demostrará bien claro
Que vuelve á renacer baxo su amparo
Vuestra gloria pasada;
Que cayó qual las flores despeñada
De la mas alta cumbre:
Y á fin de que deslumbre
Mas, y mas al contrario ya vencido,
Se encuentra prevenido
El esquadron de hierros tortüosos,
El brasero, los peynes, *papillotes*;
Mis dedos primorosos
Pondrán mil letras, formarán mil motes
En rizos diferentes,

Que estos triunfos al mundo hagan patentes.
No me contento solo con peynaros;
Quiero, Tirsa, tambien, quiero adornaros
Segun mi fantasía:
El vestido denote la alegría,
Que reyna interiormente.
El pecho altivo la victoria ostente;
En medio de su fuego colocada
La rosa verdadera, libertada
Del duro cautiverio,
Muestre su gala, dexe ver su imperio.
No haya en torno colores,
Que puedan eclipsar sus resplandores;
Brille en el pecho, qual el Sol luciente
En los Cielos ostenta su luz clara,
Que á su fulgor activo cara á cara
No puede resistir ningun viviente.
Así, al verla en un trono tan precioso,
Todo pecho envidioso
Interiormente sëa consumido;
Y haga así vuestro triunfo mas cumplido.
Dixo: entrególa con gracioso gesto
La rosa de cien hojas,
La rosa origen del ardor funesto
De las penas acerbas, y congojas
Del sexô delicado.

Tomóla Tirsa con jovial semblante,
Haciéndola cariños al instante,
Qual Madre, que advirtió precipitado
Caer al agua el Hijo pequeñuelo,
Se llena de opresion, y desconsuelo,
Creyéndole en las ondas anegado:
Mas al verle volver alegre, y bueno
Le estrecha dulcemente
Al amoroso seno;
Le besa, y le rebesa;
Y su contento expresa
Con silencio eloqüente;
Que siempre calla quien de veras siente:
Así Tirsa callando
Su extremado placer está mostrando;
Ya la acerca, y recrëa
Con su esencia el olfato;
Ya la contempla un rato;
Ya, mudando de idëa,
Entre sus blancos dedos la coloca;
Ya la llega á la boca;
Y con besos süaves repetidos
Regala al alma, agrada á los sentidos.
Haciendo estos extremos de alegría,
Se sale la contenta compañía
En pós de su destino:

Quando el blondo Paulino
Bate las palmas en tan alto tono,
Y con tal algazara,
Que una, y otra se para,
Absortas de aquel raro desentono:
Mas al volver la cara,
Al conductor no encuentran de la empresa;
Solo una nube espesa
De polvo con revueltos remolinos
Advierten, como suele en el Verano
Al recio soplo de uracan insano
Levantarse en las plazas, y caminos.
¿Lo veis? Marcela exclama alborozada.
¿Mirais ya vuestra gloria asegurada?
Sin duda una Deidad fué quien piadosa
En la figura del hermoso page
Quiso vengaros del atroz ultrage,
Conduciendo esta empresa prodigiosa:
Dice: y ambas postradas
En tierra con postura reverente,
Las manos á los Cielos levantadas,
Al incognito Dios, al Dios clemente
Rinden gracias, ofrecen oblaciones
Con humildes, y alegres corazones.

LA QUICAYDA.

CANTO VII.

Oh Musa, que benigna te has dignado
Inspirar en mi pecho
Las causas, y progresos de aquel hecho,
Que tanto al sexô hermoso ha trastornado;
Mírame ya cansado,
Que apenas puedo con pesado aliento
Un asunto seguir de tal momento:
Y así tu influxo bondadoso presta
Para cantar lo poco que me resta,
El ánimo inflamando;
Á fin que pueda yo de quando en quando
Tronar furioso como hacía Homero,
Que no es menos feroz lo que refiero.
Qual suele en una noche de Verano,
Quando la turba está de los vivientes
En plácido reposo sumergida,
Llenarse el ayre vano
De aromas diferentes,
Que consuelan el ánima afligida;
Sin que allí sëa oída

Ni bronca voz, ni acento,
Que interrumpa el silencio, ni el contento:
Así el grande salon de Otondo estaba,
Otondo que sociable en él juntaba
Tertulia tan amena, y numerosa,
Que jamás otra igual se vió en la Corte;
Como estaba gozosa,
Y cada qual seguía tras su norte,
Se advertía una calma,
Que de un gusto interior llenaba el alma.
Quando Tirsa soberbia se presenta
En medio del concurso; y á sus ojos
La linda rosa con placer ostenta,
Para dar á las otras mil enojos.
No suelen, trabajando en la colmena
Susurrar las abejas diligentes
Con murmullo mas ronco, que las damas,
Pasadas de dolor, llenas de pena,
Regañando entre dientes,
Al ver desechas sus astutas tramas;
Y poco á poco el ruido fué creciendo
Con tan horrible estruendo,
Que el orden que al principio se advertía,
Se volvió confusion, y algaravía.
Sobre todas furiosa
Estaba Quica hermosa,

Por mirar quan en vano
La destructora mano
De sus tres campëones
Desmanteló de Tirsa los balcones.
Miróla ayrada con torcido gesto;
Y arrancando de presto
Para salir afuera
Con la bata volcó (¡quien lo creyera!)
Un juego de algedrez ya adelantado.
Hallábase apremiado
El Rey por un Arfil con furia brava
Que á la mano derecha le enfilaba;
Un caballo saltando
Ardoroso le estaba amenazando;
Y estrechando una Torre poderosa;
Ya la gente de á pie por todos lados
Cercábale animosa;
Ya estaban destrozados
Los fuertes batallones;
Ya no había Oficiales, ni pëones;
Ya la Reyna contraria
Viendo la suerte varia
Á su favor, cansada del combate;
Le daba un jaque-mate;
Y ya el Rey inclinaba su cabeza
Tanto á su brío como á su belleza:

Ella iba á laurëar su hermosa frente,
Quando qual terremoto de repente
El campo de batalla se conmueve
Con el porrazo aleve,
Que al pasar le dió Quica con la bata.
La lid se desbarata,
Y se miran postrados juntamente
Regias coronas, y plebeya gente;
Y los soldados de los dos partidos
Mezclados, confundidos,
De suerte que aquel día
Al lado se veía
Del humilde pëón el caballero,
Y del ya vencedor el prisionero.
Los dos, que la batalla dirigiendo
Con el talento, y mano, marcialmente
Se estaban divirtiendo,
Con aquel accidente
Inmóbiles quedaron de repente.
Quica sale entretanto,
Y por Clara pregunta á toda prisa:
He aquí á Clara, vertiendo amargo llanto,
Que con trémulo pie la sala pisa;
Y con la voz turbada á su Señora
Estas razones dice:
La rabia de los Cielos vengadora

Se acaba de mostrar á una infelice.
Ya todo se ha perdido.
¡Quanto mejor nos fuera no haber sido
Un tiempo afortunadas,
Para vernos ahora desgraciadas!
Fué un tiempo venturoso,
Que sobre el sexô hermoso
Tuvisteis el imperio mas cumplido;
Fué el gusto, fué el obsequio, y fué de Quica
La joya mas preciosa, la mas rica:
Pero en el día es polvo, es humo, es viento
Lo que era entonces el mayor contento:
Ya en el jardin no exîste aquella rosa,
Aquella que servía de trofëo
Á la hazaña mas grande, y mas gloriosa.
Siento ruido, me alarmo, corro y vëo.....
¿Como podré sin lágrimas decirlo?
?Ni vos tampoco sin pesar oírlo?
Clara aquí se detuvo, y enjugando
Sus rosadas mexillas, ¿Quando, quando,
Exclama con el rostro enardecido,
Hubiera yo creïdo
Que el Cielo tan en contra se mostrara?
¡Oh fortuna crüél, fortuna avara!
Yo, yo misma, Señora, por mis ojos
He visto su abandono, sus enojos.

La maceta, que erguida descollaba
Sobre todos los quadros recortados,
Echa pedazos con dolor estaba,
Y sus preciosos tiestos derramados.
Quedéme muda á vista de un suceso
Que nunca imaginé.... Subitamente
Me faltaron las fuerzas, lo confieso:
Volví del susto, y con afan ardiente
Busqué la rosa; en vano: que los Cielos
Para darnos furiosos desconsuelos
Su robo decretaron;
Y quizá á los ladrones ayudaron.
Calla Clara; y ardiendo en rabia Quica
Con torvo ceño su furor explica,
Mudando cada instante
De color, y de gesto su semblante.
Así un rato callando permanece,
Y la graciosa Clara se estremece;
En fin la dice: Vamos, pues lo quiere;
Ni gracia, ni favores de mí espere.
Mas antes, Clara, juro,
(Y este es un juramento firme, y duro)
Juro por mi abanico, que, apartado
Del diente elefantino poderoso,
No crecerá ya mas, ni codiciado
Será del africano belicoso;

Pues en manos del diestro ingles ha sido
En muy distinta forma convertido.
Juro, digo otra vez, por este escudo
Esta arma, esta defensa, este portento,
Que nos suele servir en todo evento,
Y solo un sabio producirlo pudo
(Y ya ves que una dama no es posible
Que encuentre juramento mas terrible)
Que con Tirsa jamás haré las paces;
Veréla abandonada
De todos sus sequaces,
Y de mí no tendrá consuelo alguno.
Y algun día vendrá que el importuno
Aquilon su peynado descomponga;
No hay miedo que la mano en él yo ponga;
Dexaré que el cabello á su alvedrío
Ondëe por los hombros, y la frente;
No compondré algun pliegue impertinente;
No pondréle alfiler: auxîlio mío
Ni jamás se lo piense, ni lo intente.
Dixo: y entrando en el salon, repara
Á Tirsa que del uno al otro lado
Con paso mesurado
Y gallardía rara
Anda, vuelve, se para;
Qual gallo jactancioso, que ha logrado

Con un combate sanguinoso, y fiero
Al contrario arrojar del gallinero,
En medio del serrallo se pasëa
Se goza, engríe, ufana,
Y en una, y otra juvenil sultana
Su vista pone, su aficion emplëa.
Igual en la soberbia, no en los hechos,
(Que nunca son capaces
De amores tan fugaces
Los generosos pechos)
Tirsa á todos con ayre afectüoso
Y semblante sereno
Demuestra el don precioso,
Que por trono logró su ardiente seno.
Á vista de un lugar tan distinguido,
De una flor tan hermosa, del vestido
Que el triunfo rëalzaba,
Y del nuevo peynado, que llevaba,
Cada qual á porfía
Á la triunfante Tirsa repetía
Requiebros, y gracejos con dulzura.
Óyelo Quica, y, llena de amargura,
Maldice interiormente
Su bárbara ventura;
Mas luego con furioso continente
Se encará á Tirsa, y dice: Turbadora

De todo mi contento,
¿Imaginas que ahora
Con esa nueva especie de tormento
Abates mi valor? ¡Quan engañada!
¡Que mal conoces la terrible furia
De una muger ayrada!
Jamás perdona la pasada injuria;
Y no la estorva nada
Hasta encontrarse á su sabor vengada.
Así, si eres tan fuerte como altiva,
Preparate al combate, yo te reto.
Tirsa responde al punto: Yo lo aceto.
Y resuena la sala: Viva, viva.
Esta fué la señal de un choque ardiente;
Á las armas acuden prestamente;
Cruxe la seda; el abanico suena;
Hecha pedazos salta la ballena;
Ríese la tertulia á carcajadas;
Retumban las palmadas
Con un estruendo enorme estrepitoso;
Enciendese la lid, y con furioso
Ímpetu se entremezclan los partidos.
¡Quantos jóvenes fueron mal heridos
Por una risa, un toque, una mirada!
Ardiendo en ira Tirsa, y agitada
Se encuentra con los fieros combatientes,

Que sus rosas robaron:
Atonitos quedaron
Al contemplar sus prendas excelentes,
Y á una sola mirada se rindieron.
¡Quanto los tres sintieron
Haberla ocasionado tanta pena!
Mas Quica, que los vió, de furia llena,
Cobardes, dice; ¿con vileza tanta
Os dexais arrancar de vuestra frente
El lauro, que ganasteis altamente?
¡Una muger tan debil os espanta?
¿Á donde está el valor tan ponderado?
¿Acaso vuestro esfuerzo limitado
Está á robos nocturnos? ¿Por ventura
Temeis mas que al rigor á la dulzura?
Me averguenzo de verlo. Vamos, vamos,
Lo una vez emprendido prosigamos.
Calló Quica; y los inclitos varones,
Á tan fuertes razones
Cubiertos de rubor, en sí volvieron;
Mendo, y Pardo siguieron
Sus consejos, y huellas al instante:
Mas Nuño vacilante
Entre el honor, y Tirsa se detuvo;
Embelesado estuvo
Contemplando su rostro placentero;

Y al fin se declaró su prisionero.
Pasa Quica adelante;
Y se encuentra á Balbino, que arrogante
Pretende disputarla la victoria;
Balbino, que, nacido
Entre el luxo, y molicie,
Merece un puesto clásico en la historia,
Por haber recorrido
Toda la superficie
De Europa qual balija de corrëo,
Haciendo del talento digno emplëo:
Pues se viste de Holanda, y á la Inglesa;
Fuma á lo Turco; come á la Francesa;
Bayla en Polaco; canta en Italiano;
Llora en Dinamarqués; ríe en Prusiano;
Se enfada á lo Alemán; grita á lo Ruso;
De cada parte admite el mejor uso;
Y tal es su manía, y embeleco,
Que hasta echarse á dormir lo hace á lo Sueco.
Acercase con ayre desdeñoso;
Clava los ojos en la hermosa Quica;
Y, hablando con reposo,
De esta manera su eloqüencia explica.
¿Porque es esa qüestion? ¿Por una rosa?
¿Por tan pequeña cosa?
No merece el enfado de una dama.

Dexad ya vuestra pena;
Y que Tirsa la goce enhorabuena;
Que á mayor lauro la fortuna os llama.
¿No lo conoceis ya? Pues aseguro
Que nunca yo me he visto en tanto apuro.
Bien claro lo demuestra mi semblante.
Inferid vos, Señora, lo restante,
Dixo, y se sonrió: y, echando mano
Á la hueca corbata, se la estira,
La ordena, la compone, la da gracia;
Al verlo tan ufano
Quica se enciende en ira;
Y, no pudiendo soportar su audacia
Le mira con furor, le aterra, abate,
Y al fin le pone fuera de combate.
No menos atrevido se presenta
El muchacho Florindo,
Como las Gracias, como Adonis lindo,
Que apenas veinte Primaveras cuenta:
El luciente cabello ensortijado
Ondëa por la frente deliciosa;
La leche pura, y la encendida rosa
Se mezclan en su rostro con agrado;
Sus ojos fuego arrojan; y su boca
Á la virgen mas tímida provoca;
Como Naturaleza

Á manos llenas le otorgo belleza,
No cuida del ornato, y compostura;
Y así encanta su mórbida figura
Como aquellas estatuas griegas, donde
Ninguna gracia natural se esconde.
En sí propio Florindo confïado,
Al combate con Quica se prepara;
Y con ayre risueño, y desenfado
Por enemigo suyo se declara.
Yo, yo la dice, vengo pecho á pecho
Á probar que tu robo fué mal hecho:
Dice, y aguarda: y el salon resuena
Como quando algun río, derrocado
De un peñasco elevado
En torno todo con su ruido atruena.
Al uno, y otro lado
Se dividen los fuertes combatientes,
Que ocupan la tertulia, y ya pendientes
De la pugna trabada,
Baxan sus armas, fixan sus escudos;
Están atentos; se mantienen mudos;
Y al fin, y al cabo no consiguen nada:
Porque Quica irritada
De tener por contrario un tierno mozo,
Que al labio superior no adorna el bozo;
Al modo de un mastin, quando embestido

Se mira de perrillos indecentes,
Que no hace caso del sutíl ladrido,
De sus saltos y esfuerzos impotentes;
Sigue con paso lento, y comedido:
Mas si vé que se jactan insolentes
De que el triunfo por ellos se declara,
Alza la anca, los moja, y no se para.
Ella sin agitar su grave paso
Le mira con desden, no le hace caso.
Corrido el joven del desprecio, llora;
Y en un rincon se mete sin consuelo:
Las damas que lo advierten forman duelo;
(Tanto un rostro enamora
Si en él se pinta la crüél angustia)
Le cercan todas con la cara mustia;
Le consuelan, le halagan, le recrëan,
Que darle gusto con ardor desëan.
Tiene empero tal fuerza la lisonja,
Que en sí vuelve; se ensancha qual la esponja;
Y girando los ojos con agrado
Hace resucitar todo el estrado.
En tanto Amira abate á Fenisardo,
De cuerpo ayroso, y corazon gallardo;
Belisa á Felix, á German Drusila;
Silvia toda una fila
Desbarata de ilustres combatientes,

Que á sus plantas imploran la clemencia;
Filis hace pröezas excelentes;
Nerina vé rendir en su presencia
Las armas, y el sosiego á los soldados,
Que están de su osadía mas preciados;
Ina, y Berarda con igual ventaja
Cada qual por su lado rompe, y raja.
Mas á la parte opuesta se advertía
Que los hombres llevaban la victoria;
Por el gran Filemon Clöe gemía,
Que la supo vencer con tanta gloria;
Salicio extremos de valor hacía
Dignos de conservarse en la memoria;
Rindiendo á Clori, á Marcia, y á Lidora
Con su dulce eloqüencia encantadora.
Cantaba Paco, y á su blando acento
Venían las muchachas como á Tebas
Las piedras que formaron su cimiento;
Ó como se salían de las cuevas
Las duras fieras admiradas, quando
Anfion, y Orfëo estaban entonando.
Su modulada voz, su dulce gracia
En tocar la vihuela sonorosa,
Su gesto complaciente, su eficacia
Hacían la armonia mas gustosa.
¡Que de cosas cantó! No hubo Tirana

Halagüeña, saltante, y abatida,
Que no fuese tres veces repetida;
Cantó la Malagueña, y Sevillana;
El Fandango de Cadiz puntëado,
Con nuevo tono en cada diferencia;
La Jota bulliciosa de Valencia;
El quejumbroso Polo agitanado;
Seguidillas manchegas placenteras;
Y de Murcia las rápidas Boleras.
Á cada cosa nueva que cantaba,
El furioso Tristan se levantaba
Con el rostro encendido,
Ojos desencajados,
El ropage al desgayre, y desceñido,
Los brazos levantados,
Á guisa de Maestro de Capilla;
Y, poniendose en pie sobre una silla,
Bomba, bomba, clamaba. Y en profundo
Silencio le atendía todo el mundo.
Entonces con la lengua balbuciente
Diez versos enhilaba de repente,
Alabando al cantor, y echando flores
Á las damas que oían embobadas;
El techo retumbaba á las palmadas;
El piso retemblaba á los clamores;
Y estos dos rëunidos

Á fuerza de cantares, y epigramas
Tenían á los hombres aturdidos,
Quitando muchas ramas
Del laurel inmortal de la Victoria,
Que con tanto trabajo, y tanta gloria
Estaban adquiriendo las guerreras,
Agitando el salon por frïoleras.

LA QUICAYDA.

CANTO VIII.

Indeciso el combate se mostraba
Quando Lucinda hermosa se aparece;
Sobre toda la gente descollaba,
Como un roble que erguido al lado crece
De la abatida desmedrada planta;
Y á todos los mas altos se adelanta.
Era Lucinda la mas fiel amiga
De Quica, y era toda su esperanza;
Tembló al mirarla Tirsa su enemiga,
Y Quica se llenó de confïanza.
Entra en combate, y con volver los ojos
Vence, avasalla, desordena, y mata;
Todos sus armas rinden por despojos;
Y las fuerzas de todos desbarata;
Y aunque por sus rigores todos mueren;
Ser sus esclavos, sus vencidos quieren.
El primero de todos fué Faustino,
Siempre callado, pero siempre fino,
Que eterna lëaltad juróla al punto;
Rindió Emilio despues su erguido cuello,

Aquel raro conjunto
De amargo, y dulce, de deforme, y bello;
El tercero fué Alonso, deslumbrado
De su inmensa blancura,
Mas que la leche mantecosa, y pura,
Quedó á su plantas con rubor postrado.
De esta suerte abatiendo á los varones
Con sus raras acciones,
La victoria por ella se declara;
Y sin embargo su furor no para.
No de otro modo el Xanto vorticoso
Vió correr sus orillas presuroso
Al formidable Aquiles,
Desbaratando á miles
Los cobardes atónitos Troyanos,
Que daban en sus manos;
Y hollar á los caballos espumantes
Escudos de diamantes,
Los cuerpos moribundos destrozando,
Cuya sangre saltando
Las ruedas, y los exes salpicaba;
Y su cara manchaba
Sin dar de compasion señal alguna:
Así de su fortuna
Lucinda satisfecha, se paseä
Con pompa, y magestad; así peleä;

Quando un guerrero con ardor se opone,
Y á singular combate se dispone.
¿Que nuevo Hector es este que atrevido
Quiere arrancarla el lauro merecido?
Decid, Musas, su nombre; haced patentes
Su rostro, su estatura,
Su vigor, y sus prendas eminentes,
Pues tuvo sobre todos tal ventura.
Mas ¡ah tiempo crüél! Tú que has querido
Preservar del olvido
Á Sinon, á Tersites, á Erostrato,
Y á tantos otros célebres brivones;
Te has mostrado mezquino, y aun ingrato
Con la nata, la flor de los varones;
Borrando para siempre el nombre augusto,
Del guerrero robusto,
Que con ayre sereno,
Sin artificio alguno, y con el seno
Descubierto, preséntase á Lucinda
La gran Lucinda siempre vencedora,
Que á ninguno se opone, que no rinda;
Y juzga ser de todos ya Señora:
Mas ¡ay! que en el momento, que le mira,
Se estremece, y suspira;
Y, dando un paso atrás, medio difunta
Câe en los brazos de Elia, que allí junta

Estaba, y la recibe con espanto.
Bañada entonces con amargo llanto
La valiente amazona exclama: ¡Ah! muero.
Y en un sofá sentóse desmayada.
Quica que vé el estrago del guerrero,
Y por él la victoria declarada,
Se aturde, y palidece:
Pero mas su pesar, y rabia crece,
Quando vé que el contrario toma aliento,
Y que la fiera Tirsa en un momento
Consigue mil ventajas prodigiosas,
Haciendo gestos, y diciendo cosas
En señal de alegría
Del triunfo, que consigue en áquel día;
Pues todos los guerreros concurrentes
Le aplauden de mil modos diferentes;
La cercan, y la escuchan con tal pasmo,
Que el gusto se convierte en entusiasmo.
Entonces sus balanzas de oro toma
El Padre de los Dioses, y los hombres;
Pone en un lado los soberbios nombres,
Que lustre dieron á la Grecia, y Roma;
Puso allí su valor; puso su gloria;
Y sus hechos mas dignos de memoria;
Y en el otro el furor de las guerreras:
Y esta, cayendo con su peso al suelo,

Eleva la primera sobre el Cielo.
Pone luego las causas verdaderas
De esta guerra fatal contra la rosa.
¡Oh fuerza prodigiosa
De esta flor delicada!
Apenas la tocó, que derribada
La balanza quedó, qual si tuviera
El peso mas enorme.
Preciso es que al destino me conforme,
Dixo el Padre con cara placentera.
Llama á la Presuncion, y á la Venganza.
Marchad, marchad, las dice, sin tardanza;
Á Quica, y Tirsa dadlas vuestro amparo;
Por mi teneis licencia:
Mas tambien os declaro
Que no he de permitir vuestra presencia
En esta lid horrenda, sino en tanto
Que de la rosa exîsta el dulce encanto.
Parten: la Presuncion hinchada, y vana
Espectros, y visiones lleva en torno;
La Venganza con cólera inhumana
Víboras venenosas por adorno
En su frente coloca;
Y rayos centellantes
Arroja por los ojos, y la boca.
Corren ganando instantes;

Llegan, y pisan el salon, y al peso
De la fiera Vènganza se estremece:
Pero la Presuncion qual humo espeso
Las calientes molleras obscurece.
Se acerca la Venganza, y vé á Lucinda
En un mórbido asiento desmayada;
Vé sus ojos de fuego, su tez linda
Los unos sin su luz, la otra manchada
De un cárdeno color como el de muerte;
Y exclama al contemplarla de esta suerte:
¡Oh vil ociosidad, oh indigno estado
De un pecho belicoso, y esforzado,
Que se dexa arrastrar de la congoja!
Y arrancando con rabia de su frente
Una vívora ardiente,
La dá al ayre tres vueltas, y la arroja.
En el pecho de marmol cäe, y luego
Por medio de la gasa se desliza;
Recorre lo interior con vario juego;
La nieve apremia, y el coral atiza;
Donde mas yelo encuentra pone fuego;
Y el corazon süave volcaniza;
Ella arde, gime, llenase de enojos
Venganza esparce por la boca, y ojos.
Levántase con ayre de despecho
Del persiano sofá; busca al instante

Al guerrero triunfante,
Que tantos daños con su vista ha hecho;
Mas no son sus esfuerzos de provecho:
Que el glorioso adalid al otro lado
Con ánimo esforzado
Prosigue, consiguiendo mil troféos,
Que halagan sus belígeros deséos.
Vélo Lucinda, vé que su contrario
De lauro ciñe la orgullosa frente;
Contempla su valor extraordinario;
Y llora su desdicha amargamente:
Se le desprenden lágrimas pesadas
Sin querer de sus ojos; y, arrojando
Un suspiro crüél de quando en quando,
Produce estas palabras mal formadas:
¡Y que! ¿Veréme con rubor vencida?
¿Veré que mi contrario ya triunfante,
No aprecia la victoria conseguida,
No estima un corazon tierno, y amante?
¿Con este fin ¡ay Dios! me ha sujuzgado?
¡Oh, libertad hermosa! ¡Oh libre estado!
Él qual abeja en medio de las flores
Á todas liba, y en ninguna para;
Y yo le doy en cambio de rigores
Por templo el pecho, el corazon por ara.
¡Que vergüenza! ¡Que rabia! Sin tardanza

Venguemos el agravio. Si: ¡Venganza!
Y venganza repite la tertulia;
En el hueco salon venganza suena;
Y el eco de venganza el ayre llena.
Lucinda, qual lëona de Getulia,
Parte, prosigue, y logra mil despojos,
Girando en torno sus hermosos ojos.
Mas la fiera Venganza, no contenta
Con el encono de esta todavía,
Nuevos combates con furor fomenta,
Y nuevas huestes á la lid envía:
Á Quica, y Tirsa busca, y con su aliento
Les infunde su rabia, y ardimiento.
Al modo de dos vientos encontrados,
Partiendo de dos sierras diferentes,
Que derriban los troncos elevados,
Y derrocan las peñas eminentes;
Llegan, chocan, retruenan; y espantados
De los continuos rayos refulgentes
Los pastores recobran su cabaña
Con medroso temblor, y prisa extraña:
Quica, y Tirsa cada una por su parte,
Tremolando de amor el estandarte,
De victoria en victoria se adelanta;
Donde ponen la planta
Un lauro erguido crece;

El concurso á su vista se estremece,
Y teme los efectos de su furia:
Mas ellas, siempre atentas á su injuria,
Á fuerza de rendir jóvenes necios,
Á fuerza de desdenes, y desprecios,
Y á fuerza de rigor se abren camino;
Se avistan, palidecen; y sin tino
Corren, vuelan, se abanzan; y ya quando
Se llegan á juntar, la lid se para.
Tirsa entonces, tomando
La linda rosa con risueña cara
Á Quica la presenta.
Toma, toma, la dice: estoy contenta
En que te la coloques en el pecho:
El mío, satisfecho
Con los humos, inciensos, y oblaciones,
Que debo á los varones,
No necesita adornos extrangeros.
Tú, que armaste feroz á tres guerreros
Para que mis balcones asaltaran,
Y mis graciosos tiestos destrozaran,
Á fin de parecer al mundo hermosa,
Necesitas sin duda de la rosa.
Tómala, te la cedo:
Que ni aun con ella me ocasionas miedo.
Como suele un mastin valiente asido

Á la recia cadena,
Regañar entre dientes, si atrevido
Alguno le provoca:
Así la hermosa Quica se enagena,
Y arroja espesa espuma por la boca;
Y con la voz turbada
Replica á su enemiga afortunada:
Ni quando las macetas poseïas,
Y á ninguno sus rosas regalabas,
(Prueba del grande miedo que tenías)
Ni quando los aplausos desfrutabas
En mas dichosos días
De aquellos insensatos,
Que en tu obsequio empleäban muchos ratos;
Ni el contemplarte ahora
Como reyna y señora
De la mas linda rosa que vió el mundo,
Me produxo jamás pesar profundo.
Solo, sí, he pretendido
Abatir ese orgullo desmedido,
Con que ultrajar pretendes todas quantas
Damas hermosas en el pueblo brillan,
Poniéndolas rendidas á tus plantas.
Mugeres como yo nunca se humillan,
Nunca ceden la palma de mas bellas:
Esta es la causa al fin de mis querellas.

Así no pienses desfrutar serena
De esa rósa, ni dar con ella pena;
Que para unos ultrages tan villanos
Tengo yo atrevimiento, y tengo manos.
Dixo; y haciendo, con furor se arroja
Sobre la hermosa flor; se la arrebata;
Con el golpe terrible la maltrata;
La rompe, la marchita, la deshoja.
Como los copos densos de la nieve
Cubren los montes en el Norte elado;
Así las hojas al porrazo aleve
Descienden, y entapizan el estrado.
Mas ¡oh caso estupendo, y espantoso!
Tódas las rosas, con que el sexô hermoso
Adornaba su pecho rozagante,
Cayeron destrozadas al instante
Que la rosa de Tirsa fué abatida.
Con esta general triste caída
El salon, y tertulia conmovióse:
Pero en ninguna vióse
Mas señas de furor, mas arrebato
Que en Tirsa desgraciada;
Estuvo grande rato
Á su intenso dolor abandonada.
La vana Presuncion, que vió cumplidos
Los decretos del Padre soberano;

Desecha ya la rosa, y aturdidos
Á todos los guerreros, y guerreras,
Tomando á la Venganza de la mano,
Vámonos, dice, vámonos ligeras;
Dexemos descansar, pues es preciso,
Los corazones tu, yo las molleras.
Sigue su sabio aviso
La furibunda Diosa;
Parten, y calma la inquietud rabiosa.
Vuelve Tirsa por fin; se irrita, llama
Á su socorro á la Venganza horrenda:
Mas esta ya se huyó, y en vano clama;
No hay nadie que la ayude, ni la atienda.
Mas entonces Otondo, compelido
De la graciosa Paz (que al ronco ruido
De la empezada guerra
Abandonó el extremo de la tierra,
En donde se encontraba desterrada)
Púsose en medio de la lid trabada;
Y para sosegar sus corazones
Les dixo estas dulcísimas razones:
¡Oh graciosas mugeres, destinadas
Para inspirar dulzura al ser humano,
Quan erradas vivis, que equivocadas,
Si pensais que un adorno endeble, y vano
Os dá rëalce para ser amadas!

Y ¡que dolor tan grande, que, al tirano
Imperio de la moda sometidas,
Gasteis en ella las preciosas vidas!
Nosotros aplaudimos lisongeros
Un peynado con gusto concebido,
La gracia de las cintas, y plumeros,
Y el primoroso corte de un vestido;
Mas justos en los juicios, y severos,
No es jamás nuestro voto concedido
Sino á la mas hermosa, mas galana,
Aunque se muestre envuelta en tosca lana.
Y á veces en extremo nos agrada
Encontrar en el bosque, ó la maleza
Una flor olorosa, y agraciada;
Porque excede infinito su belleza
Á la que en un jardin como forzada
Nos suele producir naturaleza,
Que á pesar de los gastos, y cuidados
Son sus engendros siempre desmedrados.
Si, penetradas de verdad tan pura,
Pusieseis cuidadosas vuestro esmero
En asuntos mas nobles, de mas dura,
Vuestro triunfo sería verdadero;
Y al punto detestada la locura
De hacer por un objeto tan ligero
Una guerra tan fuerte, y horrorosa:

Pues ¿que vale un adorno? ¿Que una rosa?
¡Oh triste condicion de los mortales
Que por nada se agitan! ¿Que una avena
Los enciende en las guerras mas fatales;
Y el orbe todo con su furia truena!
Y andando el hombre siempre tras los males,
Nunca en pós de la dicha se enagena;
De aquella dicha, que la paz infunde,
Y nunca con el vicio se confunde:
Mas dexemos al mundo que prosiga
Con sus vueltas qual loco desatado;
Y pongamos ya fin á la fatiga
Que sin razon la rosa os ha causado.
Ambas podeis con amistosa liga
Obtener de lo hermoso el principado;
Y, unidas vuestras fuerzas poderosas,
Quedar en todo evento victoriosas,
La causa de la guerra aniquilada
Está por permision del justo Cielo;
No exîstiendo las rosas, escusada
Es ya toda contienda, todo anhelo.
Esta asamblëa os pide arrodillada
Que la volvais al punto su consuelo;
Pues su mayor contento consistía
En vuestra antigua risa, y alegría.
Dixo: y postrados á sus pies ya todos

Las palabras confirman
Del grande Otondo por diversos modos;
Y en sus ruegos se afirman.
Una, y otra guerrera
Sus explendentes ojos rodëaron;
Y á una vista tan dulce, y lisongera
Inmóbiles quedaron:
Mas luego mutuamente se arrojaron
Con ímpetu á sus cuellos: derramando
Un torrente de lágrimas preciosas;
Con ellas demostrando
Aquellas sensaciones deliciosas,
Que tiene una alma noble, arrepentida
De una accion no debida.
Estuvieron un rato así abrazadas,
Perdiendo con el gusto los sentidos;
Resonaba el salon con las palmadas,
Con los vivas, y aplausos repetidos;
Y todo lo que un tiempo imprimió susto,
Daba entonces placer, causaba gusto.
Oh vosotros amantes,
Si teneis todavía en la memoria
Los felices instantes,
Bañados de placer, llenos de gloria,
En que despues de tiempo de enfadados
Volvisteis otra vez reconciliados

Á los brazos hermosos,
Que os causaban deliquios deliciosos;
Conocereis la fuerza del contento,
Que sintieron las dos en el momento
De arrojar de sus nobles corazones
Las pasadas injustas sinrazones;
Excediendo su heroyco vencimiento
Á todas las acciones
De Alexandro, de Cesar, y de quantos
Solo causaron con su espada llantos.

Por mas esmero que se ha puesto en la impresion, han sido casi inevitables algunos descuidos, los que se advierten aquí, porque pudieran desfigurar el sentido de los versos.

Pág. 25. lín. 18. Qorque, *léase* Porque.
Pág. 49. lín. 4. *la* (;) *que está despues de* eloqüente, *debe estar despues de* callando.
Pág. 97. lín. 21. *quítese la partícula* de.
Pág. 114. lín. 12. pronto, *léase* presto.
Pág. 185. lín. 21. descansuelo, *léase* desconsuelo.
Pág. 188. lín. 15. reclino, *léase* reclinó.
Pág. *idem* lín. 24. fuoron, *léase* fueron.
Pág. 193. lín. 1. RUBEN, *léase* ROBEN.
Pág. 230. lín. 12 y 17. al al, *léase* el el.
Pág. 287. lín. 16. acontece, *léase* acomete.
Pág. 289. lín. 22. *quítese la partícula* á.





